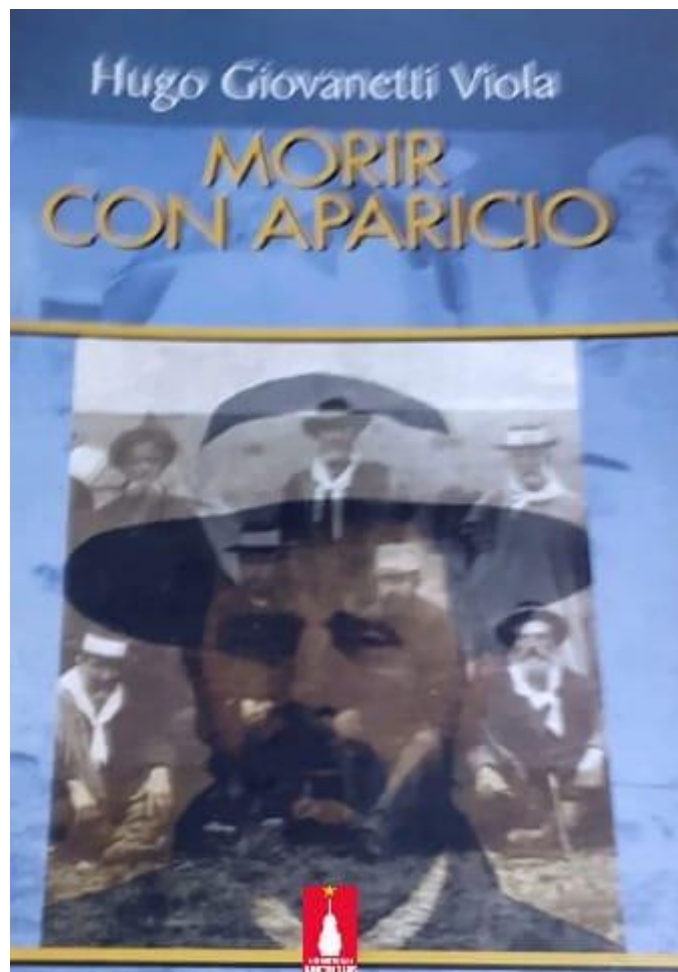


MORIR CON APARICIO

**BIBLIOTECA HUGO GIOVANETTI VIOLA /
EL PASADO DEL CIELO 5**



6ta edición / 2da edición Web

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

RÓMULO COSSE

EL RELATO TOMA UN NUEVO DISEÑO

Esta obra que hoy vuelve a reeditarse, reabrió en 1985 la gran línea de la novela histórica, entonces desatendida y hoy de moda. Pero eso no es todo. *Morir con Aparicio* revitalizó el cauce de la ficción histórica en cuanto al asunto que se cuenta, en este caso el levantamiento de Aparicio Saravia de 1904, pero rompió con todos los antecedentes en cuanto al lenguaje narrativo en sí mismo.

De modo que hay dos rasgos muy fuertes que la caracterizan y la distinguen del resto del relato uruguayo actual. En primer término le corresponde el mérito de reabrir la gran vertiente del relato histórico que luego se explayaría en gran parte siguiendo una tendencia considerable en América Latina. Pero lo curioso es que este aspecto tradicional, se materializa con procedimientos narrativos absolutamente modernos, a tal grado que se debe ubicar el texto en lo que hemos llamado tendencia de la ruptura del modelo realista y que se abre hacia 1940 (*El pozo* 1939). (1)

Aquí nos vamos a detener en los aspectos más salientes de este texto, que permiten claramente incluirlo en ese amplio movimiento de renovación que presidió Onetti y al que luego se incorporaron tantos narradores que vinieron a plantear un modelo del relato sustitutivo del canon realista que ya resultaba insuficiente para expresar los procesos culturales e históricos de la segunda mitad del siglo.

Se hará un examen sintético de dos de los más importantes factores constructivos de *Morir con Aparicio*, lo que permitirá ilustrar lo dicho. Estos dos factores son *el punto de vista del relato y las relaciones intertextuales que el texto establece*.

Sin embargo vamos a hacer una rápida observación preliminar, para referirnos al tema de la novela. Como ya lo indica el título, con sus resonancias y connotaciones, este tema remite a gran parte del despliegue social de comienzos de siglo y en especial a los levantamientos blancos, acaudillados por el célebre terrateniente nortño y tradicional enemigo de Batlle y Ordóñez, Aparicio Saravia. Esta referencialidad carga a la novela

de un explícito sentido histórico, que como se verá se materializa y se constela en un lenguaje poético. Pero el abanico epopéyico de la historia, se alterna con representaciones de la vida cotidiana, atravesados por las pasiones crecidas en la neocolonial Maldonado. Son los amores que estremecen a Justo Regusci y Magdalena Tomillo; a Sabino Regusci y Carolina Tomillo.

De forma que los procesos de las grandes tensiones nacionales, se humanizan, se vuelven particulares y tangibles, en el perfil de aquellos rostros fernandinos, de aquellas islas y de aquellas costas.

La novela polifónica

Ahora bien, uno de los factores constructivos que notamos como fuertemente distintivos de *Morir con Aparicio*, es la movilidad en el punto de vista del narrador. Es decir, que la visión o el ángulo desde el cual se cuenta, de pronto está coincidiendo con un personaje, de pronto con otro, o bien con un narrador exterior a la historia y no representado -sin rostro, sin nombre, en tercera persona, pura función narrativa entonces-. De modo que el aspecto diferencial aquí es el desplazamiento en el punto de vista narrativo.

Esto es lo que se observa en el pasaje siguiente, donde un personaje secundario viene a informar a Magdalena, que Justo ha muerto según la trágica anunciación del título:

La llave y el pestillo se movieron despacio, pero de golpe la silueta del sueco enlutó doblemente a la muchacha (que abrió de un tirón): él se sacó el chambergo y bajó la cabeza sin hablar. Ella lo miró fijo hasta que un ramalazo de humedad le despojó los ojos de la última esperanza. “¿Cuándo fue?” preguntó. “En la batalla de Paso del Parque” contestó Jonás (...) Pobre hombre, pienso siempre: no lo volví a mirar. Me fui corriendo al cuarto y ni siquiera alcancé a agradecerle que hubiese esperado que mis padres no estuvieran en la casa. Entonces pude tocar el piano por mi hermano y por Justo (...) ()

Como se advierte fácilmente, el pasaje en su primera parte está visto por el relator exterior no representado que antes se describió; en cambio en la segunda se identifica con Magdalena. Estos vaivenes en las voces que instrumentan el relato y establecen el régimen de su información, son bien expresivos de una concepción del mundo más matizada y compleja que la

plasmación en la ficción clásica. Se ha roto con la presencia hegemónica del narrador exterior, ya no hay más verdad revelada -como la comunicada por ese tipo de informante en tercera persona con su acento sapiencial-. Al contrario, se impone por fin la *visión polifónica* en permanente contrapunto consigo misma, introduciendo matices y refracciones en la información, según quién sea el relator.

Por añadidura se demuestra una vez más, que es un grave error metodológico, la recurrencia a la antaño distinción de fondo y forma. Y se reitera que la estructuración o sea disposición relacional de los materiales constructivos, puesto que valora, acentúa y jerarquiza, es fondo, mientras que los elementos conceptuales, ya que no existen en abstracto sino objetivados en una secuencia y en un lenguaje, son a su vez, forma. Por eso los cambios en la perspectiva, se expanden significativamente más allá del plano de la cadena del relato en que se manifiestan y constituyen determinaciones de la propia visión del mundo de la novela. Y la novela se define entonces, por la dialéctica y polifónica representación de la vida.

De los lanceros a la poesía

El otro factor a considerar es el de las relaciones intertextuales instituidas centrífugamente a partir de *Morir con Aparicio*. Aquí no nos referimos solamente a las muy conocidas formas de aludir a otro texto como los acápites o citas expresas, que mantienen su condición de segmentos ajenos al discurso en el que se insertan. No, hablamos de la integración del poema transcrito -“Como un jazmín del país” de Washington Benavides-, con el texto en el que se inserta, y con el que se articula como una sola y homogénea cadena del discurso.

En estas situaciones el texto trasladado se incorpora sistemáticamente a la totalidad del relato y con el mismo estatuto narrativo que los demás segmentos. Vale la pena copiar ilustrativamente el pasaje en el que los promisorios amantes -Justo y Magdalena- se despiden, cuando él parte, literalmente a *morir con Aparicio*.

“Yo me voy con Aparicio” dijo Justo de golpe: *“sé que otra divisa labran tus manos, y llevarán los varones de esta casa. Yo me voy con Aparicio, pero mírame a la cara, que lo que voy a decirte se dice una vez y basta”*. Entonces me besó. Magdalena Tomillo dejó de oír las dianas durante la fracción de tacto intemporal que los hizo reinar a cada uno por siempre en la carne del otro. Me murmuró el Te quiero y enseguida agregó con los ojos

cerrados: “*Sólo una cosa podría detenerme: una palabra. Di que me quede y me quedo, jazmín del país, muchacha*”. Magdalena sacó los pechos de la reja. De golpe me miró otra vez y me asusté, porque parecía otro. (...) “*Ella lo miró a los ojos, pero no le dijo nada -y nada dijo después, cuando cayó con Saravia*”. “Adiós” murmuró Justo tratando de besarme otra vez. “Ya no se oyen las dianas” advirtió la muchacha ofreciéndole una flor en lugar de su boca a través de las rejas: “No me escribas: volvé”. (...) (El subrayado es mío para destacar el poema de Benavides).

Habría que remontarse hasta *Dejemos hablar al viento* de Onetti, para encontrar otra solución intertextual tan audaz y efectiva.

Pero además están brillando los sujetos de la acción, esas figuras conmovedoras y trágicas, como Justo y Magdalena; o apasionadas hasta la desesperación, como Sabino y Carolina; o las terribles escenas de la invalidez de la madre de Magdalena, y el despliegue del gran movimiento histórico, como el relato de la guerra de 1904.

Por todo esto, podemos decir que la novela que hoy se redita es una pieza decisiva de la ficción uruguaya actual.

Notas

- 1) El concepto de *tendencia*, utilizado para sustituir al de “generación” - que resultaba totalmente inoperante para describir el lenguaje específico de la obra literaria- fue empleado y descripto por nosotros en “Fracturas y modelos en la ficción uruguaya”, 1987, pp. 6-8; y en *Fisión literaria – Narrativa y proceso social*, Monte Sexto, 1989, pp. 139-141.

UNO: ÁNGELES Y LOBOS

para Jorge Infanzozzi y Olga Pierri

para Washington Benavides
que grabó sobre piedra la canción fragmentada en el libro segundo

lobos o ángeles / sostienen / la vigilia de la luz
Jorge Arbeleche

verán ya de regreso, los ciegos
César Vallejo

GENEALOGÍA

Jonás Erik Jönson (1866-1940). Astrónomo sueco nacido en Malmö, donde se casó con Liv Palme, famosa equilibrista sueca de la generación de la legendaria Elvira Madigan. Abandonado por su esposa, se enroló en el Ciudad de Santander, a bordo del cual encalló frente a la Isla de Lobos en 1894. Trabajó y predicó en una chacra de Punta Ballena durante nueve años: los peones lo llamaban el Cristo Amarillo. A principios de 1904 aceptó la cátedra honoraria de astronomía de la Sección de Secundaria anexa a la Escuela Ramírez, que le fuera ofrecida por el Inspector Camacho. En 1908 se empleó como farero en el segundo faro de la Isla de Lobos, desde donde dejó de bajar a tierra definitivamente en 1911.

Sabino Regusci (1876-1906). Hijo mayor del peluquero de San Carlos, **Napoleón Regusci (1820-1892).** En 1898 se casó en Buenos Aires con Carolina Tomillo, después de raptarla de la Isla Gorriti. Trabajó como verdulero en la Boca hasta 1904. Murió en un manicomio bonaerense.

Carolina Tomillo de Regusci (1875-1904). Hija de **Fausto Tomillo (1845-1898)** y **Julia Bruel de Tomillo (1855-1939).** Esposa de Sabino Regusci, de quien tuvo tres hijos: Natacha, Juan y Teobaldo. Murió tuberculosa en Buenos Aires.

Teobaldo y Juan Regusci Tomillo (1901-1903). Hijos mellizos de Sabino Regusci y Carolina Tomillo, muertos en Buenos Aires durante una epidemia de viruela.

Natacha Regusci Tomillo (1899-1989). Hija de Sabino Regusci y Carolina Tomillo. Fue criada por su abuela Julia a partir de 1904, fecha en que

perdió el habla misteriosamente (sólo hablaba tocando la guitarra) al despedirse de su padre y viajar de Buenos Aires a Maldonado. Recuperó el habla de golpe en 1919, después de conocer en un baile a Dominique Boursault, importador francés. Al terminar la segunda guerra mundial tomó clases de guitarra durante varios años con Olga Pierri. Dio clases de guitarra en Punta del Este hasta 1986.

Dominique Boursault (1896-?). Importador francés que visitó Maldonado en marzo de 1919. Fue servidor en el ejército italiano durante la primera guerra mundial. Se comprometió informalmente con Natacha Regusci Tomillo y zarpó a los ocho días. No volvieron a verse.

Justo Regusci (1882-1904). Hermano menor de Sabino Regusci. Servidor del Ejército Nacional Revolucionario en la guerra de 1904, a las órdenes del coronel Juan José Muñoz. Fue herido mortalmente en la batalla de Paso del Parque.

Magdalena Tomillo (1879-1979), hija de **Pedro Tomillo (1869-1934)** y de **Luz Iribar de Tomillo (1865-1930).** Prima hermana de Carolina Tomillo (Pedro y Fausto Tomillo eran hermanos) y novia de Justo Regusci. Murió en la misma casa de Maldonado donde quedó esperándolo cuando él se fue a la guerra.

José Luis Tomillo (1875-1904). Hermano mayor de Magdalena Tomillo. Servidor del ejército gubernista en la guerra de 1904. Murió en la batalla de Paso del Parque.

Priscilla Barnes de Tomillo (1880-1925). Hija del reverendo **Joshua Barnes (1854-1904),** que emigrara de Irlanda en 1887, después de enviudar. Fue criada por **Rosaura del Río (1840-?),** ex-esclava emparentada con la nodriza de Carolina Tomillo. Se casó en 1903 con José Luis Tomillo, de quien tuvo un hijo. Perdió la razón al quedar embarazada.

Guillermo Tomillo Barnes (1904-1980). Hijo de José Luis Tomillo y Priscilla Barnes. Fue criado por su tía, Magdalena Tomillo. En 1934 se radicó en Montevideo para dedicarse a la pintura, siendo discípulo directo de Joaquín Torres García.

Pablo Regusci (1948). Hijo del sastre de San Carlos **Wellington Regusci (1919-1975),** y nieto del hermano intermedio entre Sabino y Justo, **Florián Regusci (1877-1930).** Alumno de guitarra de Natacha Regusci Tomillo.

Leonardo Regusci (1953-1995). Hermano menor de Pablo Regusci, cantautor y fundador de la Banda del pez. Murió cuando ya había sido rebautizado como Jesús de Punta del Este por la prensa farandulesca.

Aparicio Regusci o Pacho (1925-1979). Hermano de Wellington Regusci en cuya casa vivió Pablo Regusci mientras hizo sus cursos de perfeccionamiento musical en Montevideo, antes de radicarse en París.

Lucas Rosso (1878-1960). Amigo inseparable de Sabino Regusci y posteriormente de su hermano Justo, durante la guerra de 1904, donde perdió el brazo derecho.

Jorge Rosso (1930). Sacerdote católico, sobrino nieto de Lucas Rosso. Encargado de la reeducación de Alondra Pérez.

Alondra Pérez (1955). Hija de **Liborio Pérez (1932-1990)** y **Dalma Rodríguez de Pérez (1933)**. En 1962 le fueron extirpados ambos ojos en operaciones sucesivas, debido a un tumor del nervio óptico del tipo sarcoma. Vivió con su familia en la Isla de Lobos. Actualmente es pedagoga especializada en la enseñanza de la música transcrita al Braille.

Isaías Cruz (1894-1977). Capataz de lobería en la Isla de Lobos y el Cabo Polonio durante quince años. Hijo de **Leocadio Cruz (1860-1930)** y **Noel Bou de Cruz (1865-1910)**, que perdió la razón tras la muerte de Pedro, su hijo mayor, único hermano que conoció Isaías.

Chela Santos de Cruz (1900-1960). Esposa de Isaías Cruz, de quien tuvo tres hijos: **Caupolican o Coco (1928)**, **Chela II (1930)** y **Pablo o el Piava (1935)**.

? Cruz (1893). Primer hermano de Isaías Cruz, muerto al día de nacer en la Isla de Lobos, donde su padre trabajó por primera y última vez como farero.

Bonifacio Caltieri o el Bonito (1899). Primo hermano de Isaías Cruz, que dejó de ser lobero para cuidar una barcaza encallada al noroeste del Cabo Polonio, a sueldo de la Compañía de Seguros Marítimos.

Antonio Saldivia o el Mudo (1880-1950). Capataz de lobería en la Isla de Lobos durante cuarenta años. Testigo de la formación de un cementerio de tres cruces (construidas y encaladas por Jonás Erik Jönson) en el lugar donde se enterrara al primer hermano de Isaías Cruz y posteriormente a dos supuestos franceses cuyos ataúdes fueron bajados de un carguero en 1922.

EL ECLIPSE

ANTEAYER me acorde del padre Jorge. Primero estaba sola, a eso de las seis de la tarde, escuchando cómo los chiquilines jugaban al fútbol y oliendo la gallina que mamá había empezado a hervir para la Nochebuena. Entonces me puse triste, de repente. Fui para adentro y le pedí por favor a mamá que me dejara lavar algo. Ella gritó que “bueno pero tené cuidado” y si me había peleado con los otros. Yo no le contesté. Fui hasta el canasto, agarré el jabón y me enrollé una sábana en el brazo. Pero cuando me di vuelta para salir mamá estaba parada en la puerta de la cocina, respirando mucho. “¿Eh?” preguntó: “Se pelearon, ¿eh?”. “No nos peleamos nada” dije acercándome a ella. El delantal tenía un olor feo pero yo me paré al lado igual, tratando de reírme. Mamá me besó el pelo y me peinó. Cuando salí de casa volví a escuchar a los chiquilines jugando cerca del atracadero. No había ningún otro ruido, porque La Chancha ya había vuelto a Punta del Este y papá y el telegrafista y los fareros se pasaron el día tomando sidra. Así que fui hasta el borde de la quinta como haciéndome la perdida, y al pisar unas plumas me di cuenta que estaba frente al cantero (el Negro rompió como diez flores al matar la gallina y papá le pegó) me di cuenta y elegí algunas zinnias rotas, de petalitos arrugados. Después empecé a caminar lo más rápido posible por el trillo que recorremos todos los días para ir a lavar la ropa al manantial. Ya hace más de ocho meses que vivimos acá y me lo conozco de memoria. Al costado están las calagualas, llenas de conejos (para cuando hay mucho mar bravo y la Chancha no viene y nos deja sin carne) y a veces llenas de lobos, con el temporal. Mientras andaba fui sacando las zinnias de adentro de la sábana y haciéndolas un ramo. Cuando doblé la curva el viento no me despeinó: ya no había viento grande, ni el de Punta del Este ni el del sur. Por eso me di cuenta que venía temporal. Entonces dejé de caminar con los talones y después me caí. Me caí muy cerca del cementerio y me di un golpe fuerte en las rodillas, aunque quedé con la cabeza arriba de la sábana y unas zinnias metidas en la boca. Fue como si se me hubiesen destapado las orejas de golpe y me entraran a la cabeza ochocientas gaviotas asustadas. Y atrás de todo había ese ruido con olor a podrido de los lobos, ese ruido redondo que se escucha nomás que prestando atención, como ahora estaba yo. Porque ahora estaba ciega. Entonces me acordé del Padre Jorge y de a poco me imaginé la tierra, las tres cruces y todo. Me levanté, saqué las flores viejas de adentro de las botellas y coloqué las nuevas y recé.

Después lavé la sábana en el manantial y corrí para casa: teníamos que aprontarnos para la Nochebuena. Mamá gastó todo el perfume que tenía en nosotros y abajo del jabón olía como a la olla. A papá lo trajeron entre el viejo Cruz y Guitarrero, un peón de lobería. Nos gritaron de afuera Feliz Nochebuena y se fueron. Por la puerta entró olor a algo dulce podrido y una respiración con flemas y un paso de papá, hasta que mamá corrió a agarrarlo y él dijo una mala palabra. Pero no pasó nada enseguida y mamá nos sirvió. “Bárbara” dijo papá después que terminamos: “Bárbara bárbara. Capaz que este era el bicho que llevaba las flores al cementerio”. Y eructó y yo temblé y casi devuelvo. Nadie habló más. El Negroto chupaba los huesos de todos. “No” suspiró papá: “No ha de ser esta porque me batieron que hoy hay flores de nuevo”. “Bueno” dijo mamá: “Terminala con eso. Y andá a buscar otra sidra al faro, Negro. Vaya”. El Negro fue corriendo. “A ver: ¿quién arranca las flores, eh?” volvió a gritar papá: “¿Es algún degenerado que le tiene bronca a mi cantero? Lo voy a ma-tar”. Y le dio un piñazo a la mesa. “Basta, viejito, basta” dijo mamá trayendo la compota: “Mirá, tenés compota que te gusta”. “Metétela en el culo” dijo él, y levantó las patas de la mesa. Los platos son de plástico y llenaron el piso de salsa y mamá suspiró. Yo hice como que iba a lavarme las manos en la palangana y di vuelta rápido la mesa, pero mi hermano se había olvidado de volver a poner la silla en su lugar y me pegué un porrazo. Cuando destaparon la botella nos dejaron brindar a nosotros también. Yo me tomé todo de un trago aunque no me gustó. Después papá largó un bruto bostezo y gritó Desgraciados y se sentó en el catre a hablar de fútbol con el hermano muerto. Al rato salimos en puntas de pies a mirar los fuegos artificiales de Punta del Este. Mamá me los contaba. “Son relámpagos anaranjados” decía: “Parecidos a luceros que explotan y forman una bandera que viene y va en el horizonte” mientras los otros chiquilines hacían Aaaa sin parar. Al terminar los fuegos me quedé tan cansada que me dormí enseguida. Lo malo fue haberme despertado demasiado temprano. Entonces me levanté y salí a la puerta sin hacer barullo. Debía de estar amaneciendo porque me estuve que aguantar más de cuatro estornudos apretándome la nariz. Todavía no había ningún viento grande ni gaviotas chillando ni el mar rompiendo mucho -nada más que los lobos se quejaban igual y hasta más fuerte, como si los pobres bichos supieran que pronto va a haber zafra y que van a matarlos a palazos. De repente me salió un chorro amargo de la boca.

Mamá se la agarró con papá, ayer de mañana. Yo aproveché para pedir la radio al terminar el informativo y fui a sentarme un rato en el atracadero.

Me tuve que colocar el aparato cerca de la oreja por las gaviotas y los pelucas perdedores: son insoportables. Pero de golpe oí arrastrarse los pasos de papá. Se sentó al lado mío y apoyó la botella de leche en el suelo y empezó a hablar de las gaviotas con una voz de desgraciado bárbara. “Ahí están paradas todas juntas en la playa las pajarracas” dijo: “Porque los pelucas comen a tarascones y nunca comen todo: algo queda flotando allí en la orilla”. Chupó de la botella y se secó la boca con el brazo. “¿Sabías que la mitad son grises?” me preguntó. Yo torcí la cabeza. “Grisés de pico negro. Y atacan a las otras. Las de pico amarillo se defienden nomás, pero no atacan nunca”. Al rato se oyó un chillido y un vuelo bárbaro y muy corto, y enseguida el ronquido de los lobos sonando más fuerte. “Ahí volaron pal agua las pajarracas, ¿escuchaste?”. Yo hice que sí con la cabeza. “Decime che, ¿y tu madre nunca te explicó cuál es el cuartel de los patos?” me preguntó papá apoyando la botella en el suelo (el olor a leche curando borrachera me dio en la cara de costado). Yo le dije que no. “El cuartel de los patos es un resto de barco, el Santander, que se hundió aquí nomás frente a la isla hace como cien-“. “Sí. Eso me contó Cruz”. “Ah. Y se llena de patos, es curioso”. Después me pareció que las gaviotas volaban otra vez para la orilla, porque el barullo de los pelucas se achicó. Yo ya estaba pensando que papá se iba a ir, cuando de pronto se escucharon motores. “Putá madre carajo, allá vienen las lanchas” dijo papá parándose de un salto: “Son los turistas de Punta del Este. Paran quince minutos y se van. ¿Querés volver a casa?”. “No” le dije: “Me quedo”.

“Hola Chucho” gritó papá cuando atracó la primera lancha. El Chucho vino a abrazarlo y me dio un beso con olor a vino. El ruido de la gente bajó. Al rato desembarcó Pereyra y también vino a darme un beso con olor a vino. “¿Se pueden sacar fotos a los lobos?” preguntaba la gente todo alrededor nuestro. “Cómo no, cómo no” contestaba papá: “Pero sin acercarse a los animales, señores, por favor. Aquella es la factoría donde viven los loberos durante la zafra. No señora: con un palo los tumban a los lobos. Primero se arrean como si fueran tropa y se meten en corrales. Enseguida se miden, se matan los que sirven y se suelta a los otros”. Ya estábamos caminando frente a los galpones. De golpe paré la oreja. “¿Te fijaste la nena que va con el cuidador?” dijo en secreto una mujer, bastante lejos mío: “Tiene ojos de vidrio. Pasá por el costado disimuladamente y la mirás. Fijate”. Y hubo un perfume a mi derecha que enseguida volvió. “Bueno, todos estos machos que están aquí en la arena se llaman pelucas” seguía diciéndoles papá: “Y estos son los pelucas que acaban de perder su lugar en la familia”. Entonces una mujer le preguntó una cosa con voz triste que él no contestó, porque estaba diciéndole a un fotógrafo que no se le acercara a los pelucas. Después se oyó correr un billete y papá suspiró: “Bueno, señor, acérquese

nomás como un caso especial, pero una sola foto por favor: si no los animales se me asustan”. Y escuché caminar al fotógrafo y un rugido y el clic y el peluca cayéndose, mientras papá me soltaba la mano. Tuve que irme despacio para no tropezar con nadie, pero al pisar el pasto me apuré y corrí. Después me quedé un rato con la radio apagada al lado del cantero.

SIEMPRE vuelvo a pensar en aquel día de zafra, cuando le empecé a llevar flores a los muertos. Ya era primavera y mamá me dejaba acompañarla todos los días al manantial. Hasta que un día oí un ruido de beso entre los dedos. “Por qué te persignaste, mamá” le pregunté. “Porque pasamos frente al cementerio, Alondra”. “¿Es grande el cementerio?”. “No, hay nomás que tres cruces”. “¿Y de quién son?”. “Dicen que hay dos franceses que bajaron de un barco envenenados. Y el hijo de un farero muerto al día de nacer”. “¿Y alguien les pone flores?”. “No, pero se ve que alguna vez alguien les puso flores porque delante de cada cruz queda una botella partida llena de telarañas”. Y esa tarde, sentada al lado del cantero (esperando a Isaías) me pareció escuchar un viento raro y corté tres cartuchos sin disimular. El lío vino después, cuando los otros se enteraron. Ya era noviembre y yo llevaba el ramo una vez por semana lo más tranquila, hasta que en un asado Isaías comentó que había vuelto a haber flores allá en el cementerio. Nadie prestó atención, y a mí no me dio miedo ni vergüenza. Pero hace cerca de un mes papá llegó borracho y armó un escándalo por el asunto de las flores. “Nadie es santo por gusto” gritó hasta quedarse ronco y atorarse, mientras caían los platos de la mesa. Esa noche fue horrible para mí. Estuve horas despierta, pero lo peor fue que al final soñé que estaba en Maldonado sola, esperando el ómnibus azul para ir hasta San Carlos. De repente sentí que alguien se había parado al lado mío. No lo quise mirar pero igual me di vuelta: era un hombre de negro, con sobretodo y gacho y una cara verdosa que me miraba riéndose sin ruido. Lo blanco de los ojos era verde también. Y a mí me daba tanto miedo que no podía mover la lengua. Cuando me desperté papá tomaba leche conversando con Cruz en la puerta de casa. Yo me tragué bebido el tazón de café. “¿Dormiste mal, Alondra?” me preguntó mamá. “Sí. Los mosquitos” dije. Entonces ella se acercó a peinarme mientras iba diciendo: “Tu padre siempre ha sido así, hija. De mañana es muy bueno. Papá es bueno de veras, aunque el vino que toma lo enloquece”. “Al viejo Cruz no lo enloquece el vino” le hubiera porfiado. Pero me callé.

Ahora pienso en el día de mi primera comunión y me parece estar parada en la puerta del cuarto todavía en camión, con los ojos enfermos llenos de lagañas. Estoy pidiendo que se me pase todo de una vez y acordándome del eclipse y de la fiesta que hubo en la casa nueva el mes pasado, cuando nos

mudamos. (De noche hicimos un asado en el fondo y vinieron mis tíos, mis primos y todos los que ayudaron en la obra: vecinos, peones del puerto y hasta guardas de ómnibus.) Veo que está amaneciendo y una luna celeste baja por la ventana y alumbra el florero que nos regaló tía. Más acá de las flores hay una estampa de la Virgen del Carmen y la foto de nosotros cuatro que salió en los diarios cuando sacamos la lotería. Más acá de la estampa hay una vela: tiembla y se va apagando con el amanecer. De golpe oigo el ruido de una puerta y los pasos descalzos de mamá por el porlan. Veo que trae en la mano mi túnica de comunión y las medias y los championes blancos que me compré anteayer. Trato de irme y no puedo. Ella pone las cosas arriba de una silla y se hinca frente a la Virgen. “Pacho” dice en secreto: “Dónde estarás, mi amor”. Después cierra los ojos, los levanta y reza. Cuando los vuelve a abrir se le caen dos caminos brillosos por la cara.

Siempre pienso en la casa, también. Me acuerdo que mamá me dijo un día allá en Montevideo -después de la segunda operación- que papá iba a alquilarla porque nos había salido un buen trabajo de cuidadores en Laguna del Diario. Y yo me lo creí. Al Negrito y a mí nos gustaba sentarnos lo más cerca posible de la chimenea del chalé y escuchar retorcerse y reventar las piñas. “Y digo yo, mamá: ¿no podríamos hacer una chimenea de estas en casa, cuando volvamos?” le pregunté una noche mientras asábamos churrascos. Ella no dijo nada. Yo me escapé corriendo al cuarto y ella no me siguió. Fue la primera que corrí sola, tanteando sin errarle a los bordes de los muebles. Después me encerré en el baño y me puse a rezar. “Jesús” dije: “Yo ya no sé quién soy pero sé que tú sos el Padrenuestro. Ayúdame a ser buena y feliz y no me dejes olvidarme de los colores del mundo. Amén”. Entonces tuve hambre y el olor del churrasco me tentó. Pero en ese momento llegaban ellos del trabajo. Olían a frío (y papá a grapa) y a mí me volvió el miedo. Después parece que el Negro trató de arreglar el fuego y tiró algunas piñas arriba del parqué. “Mierda” gritó papá y allí empezó a pegarle como bestia. Mamá le decía al costado: “Basta Liborio, por favor. Dejalo. Mirá que lo hizo sin querer” hasta que él la calló de un cachetazo. Al rato, desde el cuarto, escuché a papá hablando con el hermano muerto, contándole cómo había tenido que vender la casa para pagarme las operaciones.

Y otra vuelta me despierto de un salto, manoteando lo negro como loca. Busco la mesa de luz al costado, la pelela en el suelo, pero no encuentro nada. Entonces oigo el ruido redondo de los lobos y me termino de despabilar. Cierto: nos acabamos a mudar a la isla, pienso y paro la oreja.

Mi hermano ronca cerca de mí: es de noche. Y hay voces levantadas en la cocina. “No vieja” dice él: “Nunca más volvemos a sacarla”. “Sí, vas a ver que la sacamos. No te preocupes, viejo”. “No, ya no vuelve más: la lotería no vuelve, vieja”. “Sí, vamos a sacarla. Pero tenés que portarte mejor y no pegarle al Negro y tratar de querer a la nena”.

DESPUÉS de dormir la siesta me fui a ver a Isaías, que cuando hace calor se sienta a tomar mate a la sombra de los galpones. A veces se respira primero la ventolina fresca, si no hay tormenta preparándose. Hoy se olía sólo a naco, a yerba y más de cerca de Cruz. “Buenas tardes señorita” me saluda con la chala en los dientes (nunca se afeita bien y es narigón de ojos azules, dice mamá). Después escupe el pucho y me pone la boca en el pelo. “Feliz Navidad” dice con mal aliento. “Feliz, Navidad, Isaías. Lástima que hay tormenta”. Y al rato me animo a preguntarle: “Dígame Cruz: ¿usted no sabe por casualidad quién era la mujer que antes ponía las flores en el cementerio, no?”. “Ah, no: no era una mujer, señorita” dice el viejo prendiendo el cigarrillo: “Era un farero sueco que se llamaba Jonás Erik Jönson, un gigantón astrónomo que hablaba como cinco idiomas y que al ser traicionado por una esposa equilibrista que tenía en Malmö se enroló en el Ciudad de Santander, el vapor que encalló aquí nomás frente al atracadero. Eso se lo conté los otros días. Aunque ahora voy arrancando desde más atrás: desde cuando el Ciudad de Santander toca Beirut allá por el año 94. Me acuerdo que me contaba que era la primera vez que pisaba el Oriente y que a la segunda mañana el capitán los cargó en carretones para que la tripulación conociera las ruinas de la primera ciudad humana, Byblos” (la bombilla hizo ruido en el mate vacío). “Pobre sueco Jonás” dijo Isaías al rato: “Yo reconozco que la madrugada que salí a refrescarme al manantial y lo pesqué infraganti cambiando las flores lo creí un loco bravo, como pensaban los demás loberos. Dios mío, y qué susto me pegué cuando lo vi pararse: medía casi dos metros. Pero él se me acercó tranquilamente y me acompañó hasta el faro agarrándome un hombro. Entonces me contó la historia de su vida. *Acá estaba el anfiteatro* dijo en cierto momento y dibujó un semicírculo con un palito sobre el mapa de Byblos rasqueteado en la tierra: *Eso era romano y era maravilloso. Lo único romano maravilloso que vi en Byblos, muchacho. Pues créanme que aquí mismo se tiraron los marineros a jugar a los dados mientras tomaban alcohol árabe y mojaban el pan (unas tortas redondas sin gusto ninguno) con esa pasta amarillenta que llaman el hommos. Diabla, yo era bastante joven todavía, y maldije a los hombres y me tiré en el pasto con los ojos cerrados. Pero esa misma tarde Erik Jönson no tuvo más remedio que meterse en un cuartucho de bodegón medio metro más bajo él para poder cumplir con sus necesidades. Y allí de golpe se filtró entre las latas una típica música*

oriental decía el sueco poniendo ojos de loco: Venía desde la calle o quién sabe de dónde. Y me sentí tan lejos de mí mismo que clavé las rodillas en la tierra empapada y le hablé a mi ex-mujer por primera y única vez después de separarnos". Cruz sacó más tabaco del bolsillo. "Ya no te amo, mujer me dijo que le dijo: Pero cómo me muero sin amarte, Liv. Y parece que fue en ese momento que la música típica paró y hubo un viento sagrado que lo llamó a volver urgentemente Al mundo de la patria o a la patria del mundo como decía Jonás agrandando los ojos. Aunque lo más curioso debe haber sido el hecho de que cuando encallara el Santander unos meses después frente a esta misma isla, Erik haya jurado lo mismo que terminó porfiando en aquella letrina: Yo ya no vuelvo a hacer equilibristas, y elegido pasar de un sueño al otro mientras el resto de los hombres peleaba por salvarse. Tuvo que venir el capitán en persona a golpearle al camarote para que se despertara. Quieren tirarse al mar, ayúdeme le dijo. Yo no pude negarme a acompañarlo decía el sueco levantando los hombros: Pero no fue piedad. Fue sólo lástima, muchacho. Les hablamos aquí en la capilla dijo y clavó el palito contra la popa del barco dibujado en la tierra: Aunque yo no los vi primero a ellos, porque cuando el capitán empujó la portezuela me rendí a la visión de la Virgen eterna flotando en equilibrio sobre el horror del mundo, invencible y hermosa entre los cabos de vela que los hombres de fe aguantaron hasta el alba (o mejor dicho hasta la salvación, ya que cuando aclaró llegaron a buscarnos) "

"Entonces Erik Jönson no tuvo más remedio que agregarse otro nombre" dijo Isaías al rato con la chala en los dientes: "*Fíjese que ya íbamos en uno de los vapores de Lussich me contó esa mañana levantando el palito hacia el resto del barco cuando yo me di cuenta, mirando el Santander, que había estado en el fondo del mundo. ¿Ahora cree que estoy loco? Y allí nomás se levantó y se dio su par de vueltas carnero diarias, dejando un surco gigantesco en la tierra revuelta. Pero dígame señorita: ¿usté no se acuerda lo que yo le conté los otros días de aquella Nochebuena fatal frente a la iglesia de Maldonado, a principios de siglo?*". "*¿La del Cristo Amarillo?*". Isaías se rio. "Claro, el Cristo Amarillo era el sueco Jonás: así lo habían bautizado los náufragos que se conchabaron con él en una chacra que quedaba entre el Rincón del Diario y Punta Ballena (un terreno arenoso ideal para la siembra de la batata blanca) porque les predicaba un Evangelio propio donde el altar mayor lo tenían las mujeres: *Las que jamás reniegan de la vida ni en el pozo más hondo de este mundo según palabras del propio profeta. Yo conocí la historia por mi padrino el Sordo, que trabajó con ellos unas cuantas cosechas*". Cruz suspiró y volvió a prender el cigarrillo. "Aquella madrugada mamá estaba sentada bajo la luna que entraba por la puerta de casa cantando villancicos catalanes, me acuerdo.

Ya hacía bastante tiempo que habíamos terminado de quemar al Judas de mi cuadra. Papá me estaba hablando de Aparicio Saravia: decía que era imposible que viniera otra guerra como la del 97. De repente escuchamos una corrida por el terraplén y entró el Sordo boqueando, con uno de los ojazos celestes más torcidos para arriba que nunca. Pero no pudo hablar. *¿Qué pasó? Hablá, caray* dijo mi viejo entreparándose. *No parió nadie* dijo mi padrino. *No: él te está preguntando qué pasó* le grité yo acercándome a la oreja. *Vino el Cristo a la plaza* gritó el Sordo. *Pero si estás borracho, coño, Haber avisao antes* rezongó mi viejo. No interrumpió mamá chupándose una lágrima: *Me parece que tiene algo para decirnos- Vino el Cristo, cuñada* repitió mi padrino de repente y subió el ojo loco: *Aunque yo me salvé porque no quise ir a timbear. Y no por puritano: lo que pasa es que me encontré con el Justo Regusci y otros muchachos de lo de Cavallo. Por eso nos quedamos en el mostrador del Billar dándole al tinto y mascando tabaco. Y ellos meta timbear allá frente a la iglesia- ¿Quiénes?* gritó papá. *Los marineros, quién va a ser: los náufragos. Dale al dado nomás a la luz de un farol, frente al portal de Nuestra Señora.* Y ahí el Sordo contó cómo vieron llegar a Jonás parado sobre un carro que desembocó en la plaza iluminada *a giorno* destripando el colchón de serpentinas que habían dejado las parejas guerreando en la retreta, mientras se oían los latigazos al lastimar las ancas plateadas de las mulas. *Sí, era el Cristo Amarillo* dijo el Sordo y después se persignó: *De seguro que estaba de visita en lo de don Camacho y alguien fue con el cuento y cayó a castigarlos. Los pobres náufragos se quedaron helados mirándolo venir. Él saltó del carro con la melena y la barba encrespadas y ahí nomás repartió los latigazos. Después se metió en la iglesia donde un par de horas había estado cantando el Te Deum tan campante en la misa del gallo) hecho la misma furia.* Y entró a enfrentarse con Nuestra Señora nomás, como él mismo contaba enfermo de vergüenza, Alondra: *imagínese a un hombre de dos metros embadurnado de sudor y polvo y echando fuego oscuro por los ojos. Que se les pudra el alma, Madre* dijo que les dijo: *Ya ves que no entendieron. No les tengas piedad o yo me muero- Suelta la fusta* le ordenó la Virgen (y él recién se dio cuenta que ni siquiera estaba arrodillado): *¿Tuviste tú piedad de Liv, Jonás?- Sí, madre, como de mi carne- ¿Y no voy a tener piedad para mía?* dijo la Virgen mirando a su Hijo: *Pecaste tú, profeta, más que el mundo. Fuera. Ahora es tuya la luz pero en silencio”.*

“Y así fue que Jonás Erik Jönson, el astrónomo sueco, terminó de farero” dijo Isaías empezando a pararse. “Espere un poco, Cruz” le pedí desde el suelo: “¿Jonás no le habrá explicado por qué le llevaba flores a los muertos, no?”. Él se volvió a sentar y escupió el cigarrillo. “Esas cosas no pueden explicarse, señorita” me dijo: “Yo no le conté a nadie más que a usted el

secreto de las flores, ¿sabe? Ahora me voy al faro. Pero me gustaría que me acompañara cuando ponga el cordero en la parrilla”.

LAS CRUCES

NATACHA Regusci Tomillo se despertó invadida por gritos de otro tiempo y al sentarse en la cama descansó. Los gritos habían bajado la escalera entre el vuelo polvoriento del amanecer. Un gato -Dominique VI- se desenroscó y atravesó la cama y saludó a Natacha. La mujer lo acarició con los ojos rajados por un sufrimiento que revolvía ramajes de corales. Pero el iris brilló con transparencia cuando la sarabanda de Roncalli levantó un humo azul, lavando su memoria. Después puso al gato en el suelo con delicadeza y abrió los postigos: por la antigua ventana entró la luz del mar. Dominique era gris y blanco, y frotaba las piernas de la vieja mujer desnuda hasta erizarla. No era un frufu de gasas, pero por la memoria de Natacha volvió un vals que borró a la sarabanda. Cuando entraron a la cocina ella llevaba puesto un batón oscurecido y el pelo blanco recogido atrás, y al pasar por la sombra de la boca de la escalera que daba a la torre sus corales volvieron a inyectarse. Después abrió la heladera para sacar un plato con garrón. No corrió las cortinas. Le gustaba esperar en esa luz dorada mientras cortaba cada bocadito que formaría la fiesta del gato. (Le gustaba la forma de todas las calderas y el color y el perfume de la yerba empapándose como arena brillando entre luz verde.) La sarabanda entonces volvió a aparecer. Pero volvió al final del otro movimiento, cuando después de un Re Mayor -hecho con media ceja- surgían un Sol Mayor y un Sol de la primera cuerda y después el Re de Cuarta que bajando hacia el Do Mayor atravesaba el dolor de Natacha. Entonces corrió la cortina. Era un amanecer que azulaba resplandecientemente el contorno de la Isla de Lobos, con su faro gigante y su alto lomo verde. La mujer había visto el crepúsculo espejado en el cielo del Este, la tarde anterior. Había visto cruzar la primera tormenta -compacta y sin agua- y encapotar el Oeste. Pero cuando la luz horizontal rebasó la tormenta y empezó a reflejar en las torres de nubes que venían del Sureste (y traían agua) tuvo la sensación de estar arrodillada frente al Tiempo al revés. Se empezó a ver las brumas de las lluvias arcoirizadas bajo cada nube como humeantes prodigios creciendo y apagándose, y avanzando entre truenos contra la península. En menos de una hora Natacha Regusci Tomillo tuvo que agarrar el paraguas y empezar a correr hasta la Punta misma para encontrar la brasa terminal -o la zona del rojo inapresable como Bach o su padre.

Ahora miraba el mar con los ojos mojados. Después tomó unos mates y escuchó terminar la sarabanda, hasta que volvió el vals y el hombre la sacó a bailar.

Fue durante el carnaval de 1919, cuando abuela Julia ya se había decretado un luto interminable, aunque por aquel tiempo empezó a maquillarse demasiado y a decir que jamás se iba a casar de nuevo y a nombrar a los viudos con los ojos horribles que le quedaron después en la torre. Pero entonces no estaba paralítica. Yo todavía no hablaba más que con la guitarra y ella seguía poniéndose rabiosa todas las tardes después de la siesta. Ya me hacía cocinar y barrer y lavar, y durante los vasos de oporto que tomaba después de merendar le gustaba insultarme como si yo fuera mamá y papá ya me quisiera. Yo me pasaba esperando que volviera papá en los pinos de las dunas. Lo que sentía era que algo me volaba adentro de la cara, sin poderme salir. La hermana María Luisa, que venía a darme clases dos veces por semana (de música y de todo) me juraba que al tocar la guitarra me iba para otro mundo. Eso me hacía reír. Nadie trataba más de hacerme hablar con nadie y el domingo en la misa comulgaba y todo, y en vez de confesarme lloraba contra las rejas de madera. Un domingo de febrero, al salir de la misa se acercó un viejo viudo -don Vital Placeres- para invitarnos a bajar a un baile cuando el carnaval. Esa semana abuela estuvo insoportable con el asunto de que yo era loca. Igual hizo que me cosiera un vestido tan blanco que me dolían los ojos en las dunas. Yo tenía diecinueve años y la tarde del baile, cuando empezábamos a cruzar la península y entró un viento dorado en la volanta tuve la sensación de que volaba todo y me puse a brillar. Me brillaba tan fuerte aquel vestido blanco que abuela dijo que estaba lindísima. Me sacó el abanico y dijo: “¿Yo también?”.

Las Tomillo llegaron al baile vestidas de blanco y de negro. Yo ya estaba tocando y casi paro: Natacha se quedó endurecida estudiando el violín, como si fuera el rostro que tengo de veras. No era linda: era rara, con los faros azules de los ojos levantados demás y una cara de pájara furiosa. Bueno, la historia de aquella muchacha ya era conocida por lo menos en tres departamentos, pero Monsieur Dominique Boursault -el “dichoso francés”- había llegado ese mismo domingo a Maldonado. Decían que había venido en un buque mercante para importar pieles de lobo, aunque nunca se supo cómo diablo desembocó en el baile del viejo Placeres. Y allí estaba pues, chapurreando con todos en un cocoliche tan desastroso como pretencioso, con su panamá blanco y su traje de crema y el chaleco floreado donde caía la barba de Búfalo Bill. Yo no le había prestado

demasiada atención, pero al verlo pararse totalmente borracho enfrente de Natacha me empecé a enlentecer. Perucho (el pianista) tuvo que pegarme un gritito porque ya el vals no se podía seguir -hoy día supongo que yo debía tener la boca abierta lo mismo que Monsieur Boursault, aunque lo que asombraba eran sus ojos: unos pozos de luz entornados y dulces como un fondo de niña. Eso me pareció. Me pareció lo mismo cuando empezaron a bailar y el violín me temblaba viendo valsear a la pájara muda mucho mejor que todas las mujeres de Maldonado juntas. Fueron una sola figura blanquísima bailando durante todo el tiempo que pudimos tocar. Y no hablaron palabra, aunque después supimos que el francés la curó de aquella mudez rara y compró a doña Julia a puro protocolo y le llevó a La Torre (a Natacha) un baúl forrado con pieles de lobo para que ella guardara eso que aquí llamamos el “ajuar de los ángeles”.

Aquella noche me dio tanta emoción que casi me desmayo. Pero después pensé: Esta muchacha es una actriz más tremenda que el padre, todavía. Loca también, pero loca y actriz (y eso que una la quiere, pobrecita). Cuando salimos del baile el tipo nos acompañó como embobado y antes de que subiéramos a la volanta ya me había dado un beso en cada mano. Yo debía estar borracha porque me dio hasta risa. Y qué francés buen mozo. Estaba tan contenta que por el camino le dije a la nena que no podía perder esta oportunidad aunque fuera una loca y quisiera hacerse la muda con todos nosotros. Ella miraba todo con los ojos lindísimos y buenos, y al llegar a La Torre me preparó un café y al llevármelo a la cama se quedó quieta contra la ventana. Cuando me desperté seguía clavada allí, contra la luz del sol, y de repente abrió los postigos y se le voló el bicho por la boca: yo le vi el plumerío haciéndola parpadear igual que si se asqueara. Le demoró en salir como un minuto y después se tapó la boca y me gritó a los ojos: “Se murió papá”. Yo le dije que hacía bastante tiempo ya, y ella sacó la cara por la ventana y gritó: “Mamá Teobaldo y Juan y papá son de luz y se me voló el cuervo”. Ah grandísima actriz, pensé para mí misma: Te llegó el pretendiente y te curaste, viva. Pero la cosa es que cuando el francés le mandó la sombrilla Natacha ya hablaba unas cuantas palabras sin guitarra y teníamos visitas nada más que por eso, era fantástico. El hombre mandó la sombrilla (que era toda de encaje y con mango de nácar y una puntilla color hielo cruzada por un pasacinta que terminaba en una moña rosa) y al final vino a vernos sin avisar nada. Casi me muero cuando lo vi plantado en la puerta, tan borracho y tan lindo que asustaba. Yo me di cuenta que él no se dio cuenta que yo fui veinte veces más linda que Natacha. Pero igual le serví unos oportos y ni discutí cuando me contó el plan que tenía con mi nieta: viajar solo a París (se fue a los ocho días casi sin despedirse, el desgraciado) y empezar la “jrandiosa impogtación” y

volver a casarse para vivir aquí en el Uruguay. “Todos los hombres son una inmundicia” le inculcaba después a la nena, mientras ella esperaba aunque fuera una mísera postal y veíamos el escándalo de las porteñas en la playa de enfrente (porque cuando murió Tomillo y empecé a edificar aquí en Ituzaingó nadie podía pensar que esto iba a ser la meca del escándalo: Punta del Este). Natacha no decía nada y yo veía la playa con la gente desnuda -hasta el tobillo y más- y algo se me quemaba entre los huesos. Cada verano se olía el perfume aquel de las playas flamantes y me dio por pensar en la felicidad.

La vieron embarcarse una mañana de 1930 y el pescador que la llevó y la trajo recién el domingo (en ese tiempo se demoraba mucho en cruzar a Lobos) cuenta que Natacha durmió en el faro las tres noches y habló incansablemente con el farero sueco -Jonás Erik Jönson- y que incluso después siguieron escribiéndose. Otra mañana mansa de ese mismo verano me tocó revisar a doña Julia y encontré a la muchacha vestida de luto. Nunca se volvió a hablar de Dominique Boursault. No se podía decir que ella hubiera vuelto al viejo autismo, pero cuando su abuela aulló desde la torre y salimos corriendo Natacha trancó su dolor igual que en otros tiempos. Doña Julia murió en el 39, paralizada por una miastenia. Natacha la maquillaba de mañana y esperaba tocando la guitarra junto a Dominique I, un gato gris y blanco que patriarcó el color de seis generaciones. Doña Julia tenía dificultades para cerrar los ojos y gritar y tragar, pero no perdonaba. Una de las últimas veces que me tocó subir con la muchacha la escuché repetir aquel cuento secular del desembarco en Buenos Aires y volver a insultar a Sabino y al mundo con un odio tan grande que me descompuso. Otras veces se inventaba una vida de puta vocacional con detalles tristísimos, y sobre todo se remordía de toda la maldad que le quedó abortada entre las tripas mientras su maquillaje se embarraba. La muchacha miraba el ventanal. Tenía corales turbios en los ojos, aunque la transparencia de su azul siempre fue sordomuda (o invencible). La tarde que enterramos a doña Julia salimos del cementerio juntos en mi coche. Natacha ya era una mujer de casi cuarenta años con cara de viuda, y al mirar para atrás cerró los ojos. “La perdono, doctor” dijo y lloró callando mientras atravesábamos los pinares. Y al llegar a La Torre me mostró aquella carta que Sabino le dio a la vieja en Buenos Aires y la vieja le dio a Natacha recién horas antes de morir insultando a todas las porteñas (1).

(1) *Natacha: en este momento me estás mirando y estoy tratando de no toser. Papá fue a trabajar en la verdulería. La italiana de arriba se ofreció a lavarme la ropa y a cocinar porque no están los hijos. Entonces se me*

ocurrió escribirte esto. Para cuando te cueste ser mujer. De golpe vas a estar volando con tu traje de novia todavía enganchado en las nubes y va a venir un viento venenoso. No te asustes, hija. Papá dice que todo es una fiesta. Y cuando íbamos a los parques papá decía que se podían partir los parques con la mano. Yo no entendía pero me daba cuenta. Después Teobaldo y Juan se volvieron de luz y pasábamos horas sin hablar nada más que tratando de no entristecerte. Pero un domingo negro yo te llevé a la casa de los italianos y bajé y me acosté al costado de tu padre. Cómo hay que hacer para resucitar, le pregunté agarrándole una pierna. Así, me dijo. Y me agarró una pierna. Nunca dejes decir que no hay amor. Nunca desprecies el amor que das. Nunca piensas que no hay nadie perfecto.

Se me presentó al poco tiempo de empezada la guerra vestida de medio luto, con unos zapatos polvorientos y un sombrero de paja que alguna vez fue negro. Me dijo que ella tocaba la guitarra desde hacía mucho tiempo pero que nunca pudo progresar. Venía a tomar clase en tren desde Punta del Este una vez por semana, y empecé a conocerla un día que le enseñé una sarabanda de Roncalli. Primero la toqué, y al torcer la cabeza vi una humareda azul mojándole los ojos. Después la acompañé hasta la Estación Central y unos segundos antes de que arrancara el tren ella me agarró un brazo para darme las gracias “por tener a mi padre guardado en las manos”. Claro, Natacha aprendió rapidísimo -y eso que no era edad para poder pensar en conciertos ni nada. Aunque lo que ella quiso siempre fue enseñar. Fue insoportablemente escrupulosa para apuntar el método paso por paso “para no acalambrar ni estropear sin saber una mano de nadie”. Me acuerdo que cuando Segovia estrenó en Montevideo el concierto de Ponce la invité a que durmiera en casa y se quedara. Ella se entusiasmó. Nunca voy a olvidarme de la cara que puso cuando los vio a Segovia y a la orquesta juntos. Fue un concierto genial, y al final todo el mundo pidió un bis y Segovia arrancó con una obra de Moreno Torroba y al principio nomás se trancó y no zafaba. Yo me empecé a clavar las uñas en la mano y de golpe Natacha me alcanzó la otra punta del pañuelo gris perla que ella estaba comiéndose. Lo seguimos mordiendo mientras el maestro pasó sin parar a otra obra de Torroba “sin que nadie notara la resurrección”. Eso dijo Natacha al subirse al tren la otra mañana. Y la próxima vez volvió sin luto.

Natacha se levantó de golpe y cruzó la cocina con el gato adelante. En el living había viejos sillones y una guitarra desenfundada en la penumbra. No abrió la ventana. En un rincón del living había un gran tocadiscos y un mueble tachuelado con fotografías: de Olga y Álvaro Pierri y de Pablo Regusci, su sobrino segundo. Al costado del mueble estaba el baúl forrado

por Dominique Boursault: la piel de lobo parecía vieja y limpia como su contenido. Pero Natacha podía repasar la frase del baúl (bordado sobre la piel con letras desaparejas) para desenterrar el resplandor del hombre. Lo demás no importaba. Nunca importó tampoco lo que decía la frase (*C'est minute d'éveil m'a donné la vision de la pureté*) porque Natacha leía sólo el dibujo de las letras. Y en el trazo del hombre quedó la verdad. Ahora miraba el lomo del baúl sin atreverse a oler el ajuar de los ángeles. Una intacta tristeza le rebasó la cara. Otros podrán, pensó, sonriéndose de golpe. Lo que más importaba esa mañana era salir a comprar chocolate para hacerle una torta a un alumno lustrabotas y después repasar las partituras nuevas que le mandó Olga Pierri de un tal Leo Brouwer. Dominique VI se tiró a dormir sobre un estuche de guitarra vacío. Ella le revisó las pulgas, mientras pensaba cuántos chiquilines podrían dar el examen de diciembre. Cuando salió a la calle con una canasta y un legendario chal que tejía Carolina sintió un vuelo de fiesta en el batón. Le gustaba cruzar el viento del otoño, remontando el declive hasta Gorlero: Punta del Este anclada en un abril casi vaciado del curso turístico. (Le gustaba pasar por los altos jardines y le hubiera gustado vivir en cada casa, encuadrar a la luna en todas las ventanas y amanecer oliendo el sol bajo los pinos.) La cortísima vida, pensó al bajar al puerto adentro de un fragante frufu de palmeras.

Cuando desembocó en la rambla se paró en una esquina y respiró el temblor del rosado ventoso de los edificios reflejado entre pájaros y yates. “Voy a comprar majuga” se anunció. Y cruzó y bajó al muelle de madera donde dos hombres con un mediomundo cosechaban racimos y racimos de limaduras vivas y chorreantes. Cerca andaban dos lobos. Uno era un fino y otro era un peluca, pero los dos nadaban en la transparencia con la misma mirada hinchada y dulce. La mujer se sentó en el muro de ladrillo y escuchó resoplar y comer a los lobos entrecortadamente. Arriba había turistas filmando los yates. Deben ser alemanes que viven en Brasil, pensó Natacha estudiando las caras. De repente pasó por adelante suyo una familia entera. Adelante iba un hombre con paso borracho y una boina de vasco tapándole la frente. Ya no era joven, pero conservaba un asombro infantil enterrado en los ojos. Más atrás caminaba la mujer, agarrando de la mano a dos chiquilines. La mujer era hermosa y tenía la cadencia de un orgullo mulato envarándole el paso. A la izquierda caminaba un adolescente de expresión extraviada y a la derecha una infanta mulata de perfecta nariz y ojos de oro vidrioso. Natacha Regusci Tomillo pudo ver que era vidrio verdadero cuando la chiquilina se frenó con la cara torcida en dirección al muelle. “Son dos lobos marinos que están roncando, Alondra” dijo la mujer. Pero la chiquilina subió un brazo canela y su madre y Natacha recién empezaron a escuchar un suavísimo zumbido. “Ah: nos

están filmando” murmuró la mujer. Se peinaron las tres al mismo tiempo. (Un fulgor de humildad y humillación se fugó por el agua.) Entonces la familia se apuró a pasar por la parte baja del muelle para subir al barco anaranjado que llaman la Chancha. Cuando Natacha vio a la chiquilina con sus ojos dorados (y volados) levantados demás sobre la borda, tuvo la sensación de que su alma zarpaba otra vez para Lobos.

EL ECLIPSE

UNA de las mañanas que estuvimos conchabados en Laguna del Diario yo me había tirado en el porche del chalé cuando de golpe sentí volar la punta de un chiflido que se metía al jardín como un hilo dorado. “Hola Padre” le dije levantándome. Era la primera vez que venía a vernos después de la segunda operación, pero él me saludó como si yo pudiera verlo y entonces salí corriendo a la cocina a avisarle a mamá. Esa tarde estuvimos charlando hasta que empezó el fresco, todos sentados en el porche del chalé menos papá, y el padre Jorge nos contó primero la historia de la catedral de Maldonado -desde que la mandaron levantar los reyes españoles, prometiéndonos una Virgen milagrera- hasta que la invasión de los ingleses la volvió fortaleza. Recién a fin de siglo el Padre Podestá pudo terminarla del todo. Entonces encalló el Santander aquí frente a la isla, y el capitán convenció a los marineros de que no se tiraran al agua y que le prometieran a la Virgen del Carmen (la patrona del barco) colocarla en la iglesia de más cerca, si se salvaban. Pero los barcos de Lussich la desembarcaron en Montevideo, y al final el marqués dueño del Santander mandó que la llevaran de vuelta para España.”

“Hasta que un 24 de octubre de 1896 los fernandinos salen a la calle para recibir a la Virgen del Carmen” dijo el Padre cebando el primer mate: “Como lo quisieron el Señor, el mar y nuestro pueblo representado en el Padre Podestá, que desenterró la promesa olvidada de los reyes y le escribió al Ministro uruguayo en España -don Juan Zorrilla de San Martín- para que intercediera frente al Marqués de Comillas. La peregrinación por mar que la trajo desde Montevideo estaba integrada por el vapor Cacique y la cañonera Artigas y esa tarde la plaza fernandina fue víctima de un contramilagro, como contaba mi tío Lucas. *Claro que en ese entonces ni teníamos idea de lo que podía ser el impresionismo, te imaginarás* me contaba tío Lucas ya muy viejo, masticando una pipa apagada que compró

en Cogolin: Aunque mi compinche Sabino Regusci ya dibujaba con unas deformaciones perfectamente postimpresionistas. Y era inventor, músico y peluquero (porque una vez que Napoleón Regusci -su padre, el peluquero de San Carlos- lo echó de la casa por revolucionario Sabino se cambió de apellido, puso una peluquería enfrente sin haberle cortado jamás el pelo a nadie y lo fundió en tres meses hasta forzar la reconciliación). Bueno, y la tarde del contramilagro íbamos los dos solos a caballos bastante más adelante que el resto de los carolinos que se dignaron a bajar (en aquel tiempo carolinos y fernandinos rivalizábamos hasta en los templos, por más que los diarios galantes como El conciliador no dijeran lo mismo) cuando aquella visión de la plaza fernandina nos obligó a gritar al mismo tiempo: “Esto habría que pintarlo a cielo abierto”. Y entonces apareció ella decía tío Lucas entornando los ojos: Era un Monet, Dios mío. Pero eso lo supe recién en París corriendo el año veintipico, cuando nos encontrábamos todas las tardes en el Jardin du Luxembourg con un gringo grandote que yo veía escribir en los cafés, los dos muertos de hambre -se nos notaba por la forma de mirar las palomas- y él devoraba su Cézanne y yo mi dama etérea. Sí, Carolina Tomillo fue el Monet que bajó del coupé color damasco flotando bajo unos tules que ni la capelina ni la sombrilla dejaron incendiarse. Justo adelante nuestro. Y entonces tuvo que darse vuelta un momento (ella, la más hermosa y copetuda muchacha fernandina) para poner los ojos en Sabino Regusci. Se sostuvieron la mirada hasta que una ex-esclava arrastró a la muchacha mientras le parecía advertir con ojos desbocados la prohibición de aquel fruto montesco. ¿Y cuál sombra tachonada de pétalos de acacia escuchó suspirar a Carolina cuando se recitó en lo ajeno de sí misma el “Prodigiosa fuerza del amor en mí, tener que amar a un odiado enemigo”? Y contaba tío Lucas que después arreció el contramilagro. Porque la plaza se oscureció de golpe mientras sombreros y sombrillas besaban el polvo y hubo que hasta correr atropelladamente cuando los goterones y el olor del mar anunciaron el final de la fiesta, ya que la Virgen náufraga (como se la llamaba) no iba a poder desembarcar a tiempo. Ellos ataron los caballos y se metieron en un despacho de bebidas donde en otro momento los hubieran mirado de reojo, a no ser por el miedo inconfesado que ultrajaba el orgullo de los fernandinos. Entonces fue que apareció un gigante con el pelo y la barba color azafrán, parado sobre un carro y latigueando una recua de mulas bajo el aguacero. Y aquel Cristo Amarillo, como le decían ellos me contaba tío Lucas recorrió la plaza por puerta desde el despacho de bebidas hasta el mismo altar gritándonos a todos que solamente aquellos que la pudieran ver en el vientre frutal de todas las mujeres, salvarían a la Virgen del segundo naufragio. Y la lluvia llenó los ojos de Sabino”.

“Aquella noche la pasamos en Punta Ballena seguía tío Lucas revoleando la pipa con el único brazo que le quedó de la guerra del 4: Nos sucucharon dos carolininos que trabajaban en la chacra donde se habían conchabado algunos náufragos del Santander. Y allí Sabino escuchó predicar por primera vez a aquel Cristo Amarillo que tomaba más vino que toda la peonada junta -aunque nos los dejaba eructar ni bostezar en público cuando se hablaba de Nuestra Señora. Yo me dormí enseguida, confieso, y entre sueños escuché la oración estrenada esa noche por los náufragos: Oh Madre y Reina celestial que oíste piadosa los deseos de los reyes españoles y prodigiosamente quisiste establecer tu morada en esta ciudad de Maldonado Extiende ahora sobre nosotros tu manto protector Sigue derramando sobre nuestras almas pecadoras la ternura de tu bondad Conserva nuestra fe Aparte de nosotros la corrupción de las costumbres que amenaza arrastrar al mundo a una total ruina Bendice nuestras empresas Acompáñanos en las luchas espirituales y después de nuestra muerte llévanos Madre a la patria celestial Amén. Y hay un recuerdo más de aquella madrugada decía Lucas entornando los ojos como frente a una tela: Fue al amanecer. Me parece estar viéndolos en la puerta del rancho pasándose el mate y discutiendo recortados contra la brasa madre que ya empezaba despuntar (Sabino no era bajo pero el astrónomo medía dos metros): uno decía que el sol era una estrella y que por lo tanto estaba condenado a apagarse, y otro que él no creía en esas bobadas. Pero más tarde, en la ronda del mate mañanero mi compinche tenía una palidez idéntica a la de un buzo, mientras que el sueco parecía arrepentido. Ese mismo 25, sin embargo, después de terminada la procesión (y colocada la Virgen en el altar) Sabino resucitó fervientemente sobre un banco de la iglesia que conseguimos a empujones justo detrás de los Tomillo. Se rezaba la oración a la Virgen, y algo me hizo temblar cuando noté que él empezó a cambiar las primeras palabras. Oh infanta y reina mía rezó Sabino bajo el perfume colgante de la muchacha que oíste piadosamente los deseos del sediento y prodigiosamente quisiste levantar tu belleza en esta ciudad de Maldonado Extiende ahora sobre mi sombra tu temblor luminoso Sigue derramando contra mi espanto pecador la ternura de tu silencio Conserva mi fe Bendice mi locura Acompáñame en la propagación de lo sagrado y después de nuestra muerte llévanos a la humanidad del sol eterno Amén. Pero jamás hubiésemos podido saber si Carolina escuchó la plegaria (porque la muchacha ni se animó a mirar a mi compinche mientras era arrastrada a la salida por la nodriza de los ojos locos) si Sabino no se hubiese obstinado aquella noche mismo en averiguar cómo podía llegarse a la mansión de los Tomillo. Tuvimos que agarrarnos a trompadas con todos los borrachos que piropearon obscenamente a Carolina antes de señalarnos la dirección de Suelo Santo para poder

montar medio deshechos y encontrar un camino de eucaliptos donde el viento arrastraba polvaredas de plata. Cuando llegamos a la quinta mi compinche se bajó del caballo y antes de que alcanzara los portones una gasa surgió desde la sombra, le dejó algo en la mano y volvió a tal velocidad que la luna quedó rebrillando entre el polvo. Era una capelina. Sabino se la llevó para San Carlos junto con aquel pensamiento perfumado y azul (me refiero a esa flor de terciopelo) que ella plantó en su mano para siempre bajo el himno ventoso de los eucaliptos”.

“Al poco tiempo Sabino se conchabó en la chacra de Punta Ballena” siguió contando el Padre Jorge después de haber parado un poco para comerse un pastel: “Pero tío Lucas ya no lo siguió. La próxima vez que se vieron habían pasado dos o tres meses y en Maldonado circulaban historias terroríficas acerca de una luz ensombrerada que langosteaba entre Punta Ballena y Suelo Santo. Nos encontramos en la chacra misma me contaba tío Lucas levantando la pipa hacia la lejanía: Por ese entonces mi compinche ya era algo así como una especie de lugarteniente del Cristo Amarillo, lo acompañaba en los sermones con una quena de caña tacuara y una preciosa guitarra nacarada que compró en un remate, me acuerdo, y hasta hacía equilibrimo en lo alto de los eucaliptos -y el gigante soltaba lagrimones dorados que oscurecían su barba misteriosamente. Bueno, y aquella noche hubo un fogón donde el Cristo contó la historia de una famosa equilibrista sueca llamada Elvira Madigan, y al final mi compinche sacó el tema de la maldita luz ensombrerada. “Tch: los fantasmas sólo existen aquí” dijo el Cristo tocándose la frente: “Lo demás son disfraces”. Y entonces yo (que ya me había bajado como un litro del tinto espeso y aterciopelado que hacían los mismos náufragos) desafié a aquel fantasma. “Te apuesto que esta noche lo baleo, si aparece” grité como un imbécil. “Mejor no apuestes, Lucas. Podés hacerte arriba” me advirtió mi compinche. Pero a mí me dio bronca y ahí nomás monté el zaino y recorrí al galope el camino sin luna que iba hasta Suelo Santo. Me parece que fue por nostalgia (o tal vez algo más) que elegí colocarme frente al portón de Carolina. Unas horas más tarde, cuando el revólver ya no me temblaba vi zigzaguear la luz entre los árboles. No pude razonar ni rezar ni tirar mientras aquel blancor con capelina langosteaba chillando y carcajeando. Yo ya estaba ensopado, sobrino (te imaginarás) cuando veo desmontar al mismísimo Sabino de unos zancos con sábanas y gritarme radiante, bamboleando un farol: “Dame un abrazo, hermano, que la conquisté”. Pero yo me enojé locamente con él decía Lucas rejuvenecido por el dolor: Hasta que un mes después nos enteramos por la prensa que Un carolino ladrón y violador se había enredado con los cables que el comisario ató de tronco en tronco alrededor de Suelo Santo, donde el demente entraba

disfrazado para sembrar terror y otras babas del diablo. Sabino fue encerrado y expulsado enseguida del departamento y no supimos nada de él durante meses, hasta que la leyenda payadora reveló que una sombra renegrida se las había arreglado para hacer llegar hasta el calabozo fernandino el nombre del convento donde Carolina Tomillo iba a ser internada en Montevideo”.

“Y aquí empieza otra historia” dijo el Padre Jorge comiéndose otro pastel: “Este capítulo me fue contado por el Padre Turón poco antes de morir postrado en el hospital de San Carlos, cuando ya no hacía más que recordar su vida. Sí, yo era demasiado joven en ese momento me contó una mañana: *Demasiado, hijo. Pero eso cuando aquella ex-hermana de voz niña y ojos que imaginé celestes se confesó conmigo no supe qué pensar: fíjese que ella había llegado a Maldonado sólo para presentarles disculpas a los Tomillo y no pudo dejar de confesarse y rezarle a la Virgen del Carmen. “No sé qué me pasó, Padre” decía castañeteando los dientes como una poseída: “Fue una noche de setiembre más estrellada que las del verano, y yo venía de recorrer los dormitorios de las pupilas (y de llorar otra vez con la pobre Carolina Tomillo) cuando vi aquel arcángel bajando por uno de los muros que dan a la calle. No precisé otro reconocimiento porque traía una capelina blanca colgándole de la espalda como un sombrero mexicano. Entonces le salí al paso sin pensar más nada, murmurándole igual que si rezara: ‘Dormitorio 5. Tienen dos horas para hablarse sin abrir los postigos. Todos los domingos cruzo por aquí después de anochecer’. Pero pecaron, Padre. Ella abrió los postigos y no fueron dos horas sino tres, más o menos el tiempo que precisa la Madre Superiora para ahogarse en la cama y salir a respirar al patio de los sátiros, como lo bautizaron desde entonces las pocas pupilas que fueron quedando”.*

“Aunque se equivocaron los que pensaron que Sabino fue preso aquella noche: se escapó por la misma pared por donde entró al convento. Esta vez Carolina fue encerrada en alguna quinta montevideana y hay testigos que vieron caminar a Sabino por toda la ciudad durante varios meses loco por el cansancio, trabajando de sereno y acechando con una fe animal la aparición del amor por la calle. Se cruzaron otro 24 de octubre en la plaza Libertad (aunque sólo él la vio) y a pesar de no haber testigos conocidos no es difícil soñar cómo la muchacha le mintió una disculpa a la familia y bajo del break para apoyarse contra un árbol mareada por el presentimiento, cuando el fantasma de la libertad la raptó suavemente calle abajo. Sé hasta lo que sintieron mientras ni oían los silbatos de la persecución en masa. Ya no pudo servir un calabozo montevideano para Sabino, ni la isla Gorriti

inadmisiblemente puesta a disposición de don Fausto Tomillo para encerrar a Carolina (ni los tres primos patricios que se prestaron a vigilar a la muchacha, patacones mediante). Porque contaba tío Lucas que a las pocas semanas hubo una carta-mapa trazada con la sangre de la muchacha y puesta entre las manos de Sabino Regusci por un carrero negro de ojos desbocados, la misma tarde en que su libertad salió del calabozo. En la carta constaba una fecha concreta así como los puntos estratégicos de la isla Gorriti no vigilados por los mercenarios. Nadie debe haber visto aquella noche el barco pescador ni la luna o la vela de juguete que brillaba en la espalda del falso mexicano. Y el patricio de guardia se debió haber emborrachado aceitando su escopeta en Puerto Jardín mientras dos manos blancas y dos moka serruchaban las rejas de la torre para que Carolina descendiera el tejado casi en vuelo, se despidiera con un gesto infantil de su madre de leche y atravesara las fortificaciones fantasmales para embarcarse en dirección a Lobos. Allí -con la complicidad de Juan Rocha, un grasero fernandino- esperaron el barco mercante que los cruzó a Buenos Aires”.

“Y a los dos o tres años hubo una carta desde Buenos Aires: un papel de envolver con un soneto copiado en el reverso que tío Lucas guardó como un texto sagrado sin mostrarlo jamás (1). Pero no hubo manera de localizar a Sabino en Buenos Aires hasta que Carolina murió tuberculosa. Cuenta Natacha Regusci Tomillo (la hija sobreviviente, que todavía da clases de guitarra acá en Punta del Este) que esa noche su padre volvió del hospital casi doblado en dos y la sentó en la falda y le explicó sonriendo que mamá se había vuelto de luz, pero que él le había escrito a abuela Julia para que la llevara a vivir a Suelo Santo. (*La mató, el desgraciado* repitió doña Julia empecinadamente hasta el día de su muerte, cuarenta años después: *Cuando fui a Buenos Aires a buscar a mi nieta él me esperó en el puerto y yo casi me muero al ver por qué esperpento se me chifló la nena: por un flaco encorvado cadavérico loco que ni siquiera se dignó llevarme al cementerio y hasta se encocoró cuando insistió y me dijo* La luz no se entierra y a Natacha Papá te va a ir a ver Eso nunca grité y ella abrió los ojazos y yo dije Sí vieja tu papá va a venir no te preocupes ¿no tenés hermanos? Se volvieron de luz *me contestó Dios mío grité y él me dijo riéndose* Otros podrán señora y entonces me dio tanta lástima que le puse un billete en la mano y él lo miró y volvió a ponérmelo en la mano Tengo un Sabino que trabaja *dijo*). Y cuentan que Natacha no volvió a hablarle una palabra a nadie: parecía sordomuda. Hasta que un día, después del fracaso total de cuanto médico y pedagogo fue traído a Suelo Santo doña Julia mandó buscar a la nodriza. Moka y de pelo blanco y casi paralítica fue arrastrada por su hijo el carrero hasta el monte de pinos donde Natacha se sentaba a esperar a su padre. Entonces la nodriza le pidió a la ex-patrona la

guitarra que estaba arrumbada en el sótano. *Fue un milagro del diablo, aquello decía doña Julia: Porque mi nieta empezó a rasquetear las cuerdas y a cantar un pastiche inentendible hasta que ya no pude más y mandé que archivaran la guitarra en el sótano y le dije a la negra que nunca más pisara Suelo Santo.* Pero en menos de un mes Natacha Regusci Tomillo serruchó las rejas exteriores del sótano y robó la guitarra y apareció cantando en los pinares aquel himno insondable que empezaba así: *Teobaldo Juan mamá cuando yo sea de luz vámonos a pasar otra vez cantando todojuntos*". "¿Y nunca volvió a hablar bien, Padre?" le preguntó mamá. "Sí: volvió a hablar, pero esa es otra historia demasiado larga para contárselas ahora". "¿Y Natacha nunca más lo vio al padre?" le pregunté yo. "No: Sabino murió en el manicomio. Decía tío Lucas que la tarde que lo encontraron muerto hubo un asombro general entre los cuidadores porque estaba sentado contra una pared, frente a un fresco geométrico donde un buzo con cara de Sabino volaba adentro del rayo de un faro que subía y se agrandaba desde el Fondo el Mundo al Sol Eterno, como rezaban las dos inscripciones pintadas respectivamente en el suelo y el cielo de la pieza".

(1) *Lucas te necesito para que me oigas hace un mes se murieron los mellizos Teobaldo y Juan Natacha es la única que sabe que de veras se volvieron de luz yo casi no sé nada cuanto más me conozco más conozco que lo único que importa es que los demás viven y que debo ayudarlos a vivir si pudiera mandar un Sabino con cada mujer que me compra verdura y un Sabino con todas las muchachas que se tambalean y las parejas que se quiebran un Sabino sentado en el techo de cada ropero y traerlos a este reino del Faro que me encorva más que el dolor hermano te aseguro que pasa porque cuando me inclino ilumina la cara de la gente todos saben que ya soy invencible pero a veces cuando atravieso de madrugada la cortina y Magdalena tose tiemblo en el pozo negro y pienso otros podrán podrán otros podrán podrán y al volver de la calle agarro la guitarra y hago cantar a Carolina y bailar a Natacha y pinto escribo poemas lo único que me importa es ser hermoso pero para los otros purísimo sagrado y cuando toco un alma me parece que escribo la historia de Dios y en la hora más espantosa de la muerte me acurruco a lamer a Carolina y rezo poco pero sueño mucho nunca lo busco a Dios pero lo encuentro. S.*

Elvira Madigan

*La estación del paisaje delicado
que concibiera Wolfgang Amadeo
lo verdaderamente verde y dado*

más allá del llover mausoleo

*glorioso rostro una muchacha veo
caminar sobre algún hilo dorado
y en el brotar de su equilibrio leo
lo estival lo intimal lo aparaisado*

*lo estelar lo total lo conmovible
si un campanazo de dolor arranca
furiosamente al viento el sol visible*

*pianamente otra vez la paz se estanca
y arderá una ternura en el poniente
como un himno a la luz serenamente.*

LAS CRUCES

ISAÍAS Cruz colocó el cordero en la parrilla recordando una vieja Navidad cuando su esposa estaba embarazada de Caupolicán, el mayor de sus hijos. Fue la primera vez que asó un cordero para Navidad, recordó levantando casi verticalmente la botella de sidra. Ahora tenía una oscilante sensación de lucidez inversa, como si no pudiera distinguir entre muertos y ausentes. Cuando apareció Alondra (apenas agitada por correr por el pasto) el viejo se bandeó: tuvo la sensación de haber entrado demasiado en la otra lucidez. La chiquilina se sentó enfrente suyo con el cuerpo delgado y canela brillando al ritmo de las brasas. Tenía un vestido blanco y una muda sonrisa de acompañamiento. Cruz besó la botella. “Yo estoy casi segura que va a haber temporal” dijo Alondra torciendo la cabeza. El viejo miró el faro y su ojo luminoso girando en la bruma. Su lucidez ya no oscilaba más. Dijo que a lo mejor, pero que no se preocupara demasiado por eso. Después arregló el fuego y vio a la chiquilina levantar la cabeza de ojos fijos en dirección al viento que movía las calagualas. No dijeron más nada por un rato. Cuando volvió a ver la sonrisa de acompañamiento Cruz removió las brasas largamente para poder llorar con ruido a llama.

El cementerio yo lo conocí allá por el año 34, cuando empezamos a viajar a Lobos con mis hermanos y el primo Isaías. Él era de Maldonado, pero nosotros fuimos los tres primeros loberos de Valizas que viajaron a Lobos.

Nos tomábamos un motocar en La Paloma y al llegar a San Carlos tomábamos un taxi que nos salía tres pesos, me acuerdo. Después cruzábamos en lanchas a vela y cruzábamos en bote, porque allá no hubo puerto hasta el cuarenta y pico. Era brava la cosa. La zafra empezaba en mayo y se iba hasta setiembre y en todo ese tiempo no matábamos más de ochocientos bichos sin seleccionar: hembra, chico y peluca. Éramos dieciséis y dos graseros (que eran de Maldonado) y en ese tiempo se hacían las corridas de la costa para arriba y el rodeo hasta un corral donde encerrábamos hasta trescientos lobos. Lo peor de todo era quedar de guardia, porque a veces los bichos arrasaban con todo. Una vez en Las Bóvedas un peluca me tiró un tarascón y me peló la boina. Pero en aquel entonces nadie protestaba. Lo que sí conseguimos -el segundo año- fue que dejaran de pagarnos veinte pesos mensuales y ocho centésimos por cuero: arreglamos a cincuenta centésimos por cuero y ningún sueldo fijo. Pero era bravísimo. Se trabajaba hasta entrada la noche y había que llevar los cueros a cacumba (que con grasa pesaban como sesenta quilos cada uno, lo menos). Bueno, para el primo Isaías la cosa fue más fácil: todavía era soltero y le gustaba estar cerca de Maldonado, donde murió la madre. Y había un farero sueco que a mi primo y al Papalote les enseñó hasta a leer. Era un hombre rarísimo, aquel sueco. Se llamaba Jonás y se daba unas brutas vueltas carnero por la tierra y no quería cruzar a Maldonado ni pa desempolvase. Claro que ya era viejo, el hombre. Me dijo un graseo que Jonás naufragó en el Santander y que después se hizo Cristo Amarillo allá en Punta Ballena. Isaías no me quiso contar nunca la historia porque lo quería tanto al loco que el día que murió lo llevaron al mar con el Mudo Saldivia, y al volver traía cara de cadáver. Me arrastró al cementerio y me dijo: “Bonito: fue la mano de Dios la que puso las flores en estas botellas”.

Fue al atardecer. Había ido a cambiar las flores de paso para el manantial (y aprovechando que los otros estaban borrachos) y a volver me serví del barril de caña de La Habana contrabandeada por Södergran, el mismo capitán que me regala los libros. Era una buena caña, pero no me hizo nada bien. Yo había estado leyendo *Heart of Darkness* y es posible que la escena final me haya predispuerto. Pero lo cierto es que ese atardecer esperaba el milagro, irrazonablemente. Ni siquiera había visto la vela de la lancha que se acercaba desde Punta del Este: la descubrí recién cuando ya estaba cerca y otras dos blandas velas circulares brillaban entre la luz anaranjada. Eran una sombrilla y una capelina. Tampoco sé si fue al verla en el bote con el pescador que adiviné quién era la muchacha. Pobrecita, pensé mirándole la furia. Ella me preguntó si aquí había un cementerio y se dejó llevar entre las calagualas sin agregar palabra. Cuando llegamos no se persignó. Bajó la cara y pasó del dorado al rojo y al violeta sin aflojar un músculo -solamente

sus velas circulares seguían temblando en la furia del viento. Cuando el viento fue azul ella subió la cara y dijo sin mirarme: “Me contaron que aquí hay dos hombres enterrados desde 1922”. “Sí” le dije: “El domingo van a hacer ocho años”. Los bajaron de un barco y pidieron permiso para-”. “¿Cuál era el barco?”. “Eso nunca lo supe, señorita”. “¿Y en qué idioma le hablaron?”. “En francés”. La muchacha empezó a resplandecer. Le voló un halo azul que atravesó la noche y al subir se llevó su adolescencia (no su inocencia) y la estrelló en la sombra. La mujer suspiró y me dijo: “Vamos”.

Esa noche durmió vestida en mi camastro mientras yo no velaba el mar sino su traje: me acercaba a la puerta y escuchaba el rumor de la gasa temblando en el camastro. Esa noche subí y bajé unas cuantas veces -casi trotando- y al amanecer recordé lo que me puso en el álbum del faro Helvecio Giovanetti, un empleado del gobierno que viene a Lobos para estudiar la reglamentación de las matanzas. (Giovanetti es un gran tirador y un hombre fieramente puro. Hace poco me trajo recortada una partida de ajedrez que jugó su sobrino Hugo en 1935 -a los quince años- contra el campeón uruguayo y casi no lo creo.) Pero lo que me asombra fue no haberle arrancado aquella noche su sentido machistamente triste a la dedicatoria: *Que este faro no sea para los buques lo que la luz para las mariposas*. La releí al amanecer y más abajo descubrí otra frase que me sobresaltó: *Le combat spirituel est aussi brutal que la bataille d’hommes*. Yo no había visto nunca aquella frase -demasiado sencilla para parecer simple- y el hombre que la escribió a escondidas en el álbum del faro tuvo que ser forzosamente un secreto Lord Jim. Eso pensé, tratando de acordarme qué francés vino a Lobos en los últimos años. Entonces me puse a temblar. Lo volví a ver desembarcando aquel atardecer de verano con su panamá blanco y la barba incendiada bajo el empozamiento de unos ojos desnudos. Era un gigante apenas más bajo que yo, curiosamente delicado y lúcido cuando hablaba de cosas que no le importaban -o ilustraba proyectos inasibles con amplísimos giros de las manos. Al principio le hablé de la faena y él no mostró interés más que cuando le expliqué lo del olor humano. “Ah, ¿los lobos se asustan de nosotros?” se rio: “Bueno, es algo muy lógico” (ellos dicen *normal* y él lo dijo con su rostro bretón fruncido hasta el desprecio). Después le hablé de Darwin y del fallido desembarco en Lobos, pero Monsieur Boursault desnudó una mirada de un desinterés tal que casi lo mando al diablo. Calma Jonás, pensé: La Virgen pidió paz. Entonces se me ocurrió ofrecerle una copa de caña. El francés reflató radiantemente: sacó a girar los brazos y me contó la historia de su increíble romance en Maldonado y después preguntó si estaba al día con la poesía francesa. Yo le dije que no -y era responsabilidad de Södergran, por cierto. Entonces Monsieur Boursault me recitó unos poemas tan maravillosamente

terribles que empecé a respetarlo. Eran de un muchachito que dejó de escribir a los veinte años, me dijo. De repente se paró y caminó hasta la puerta y olfateó la noche: “Voy a volver” me dijo: “Voy a casarme con esa muchacha y a quedarme a vivir en el Polonio, ese lugar donde no llega nadie y hay arena y tormentas y mosquitos. Vamos a vivir solos, defendiéndonos solos y sufriendo”. Lo miré terminar otro vaso de caña sin poder escapar de su otra sobriedad. Era como mirar una retina rota en un callejón. “¿Sabe?” dijo Boursault: “Rimbaud quiso cambiar la vida. Y lo castraron. ¿Nunca estuvo en la guerra?”. “Soy loco pero no tanto, hermano” contesté.

Mi hermano era invencible. Vivíamos en Marseille cuando empezó la guerra y él tenía veinte años y yo dieciocho. Philippe me explicó lo de la defensa de Servia y sobre todo lo que importaba para el futuro del mundo ser antimperialista. “Da lo mismo pelear en Italia que en Francia” dijo mientras llegábamos a Gorizia, una hermosa ciudad (que dejamos deshecha) a orillas del río Isonzo. Al principio fue fácil y hasta divertido, porque aquel uniforme grigio-verde y aquel casco de acero y la máscara antigás nos hacían parecer gente moderna. Nosotros estábamos en una Sección de Ametralladoras con tres aparatos que acudía en los momentos más difíciles, para aguantar una ofensiva o apoyar un ataque. Philippe era instructor -y Jefe de Sección- y los demás matábamos. Él murió sin matar. Me pareció que al principio nos pareció hasta hermoso hacer el sacrificio de dormir en el barro y llenarse de piojos y pasarse los meses sin cambiarse la ropa ni bañarse (lo que a mi hermano nunca le gustó fue que tantos soldados estuvieran peleando por pelear, y cuando alguien gritaba la consigna italiana -Defender al rey y a la patria- él decía para adentro: “Yo defendiendo al futuro”). Una mañana vino orden de avanzar bajo los bombardeos de ablandamiento y al volver esa noche a la trinchera los austríacos devolvieron el ataque. A mí empezaron a congelárseme los pies y esa noche dormí abrigado contra un muerto. Cuando empezó a aclarar me di cuenta que el muerto era mi hermano. Tuvieron que desmayarme a culatazos para que lo soltara. Cuando a los ocho días nos mandaron al hospital y trescientos muchachos perdieron las piernas (porque los médicos no nos mandaban enseguida para no resentir la fuerza de la patria): todos menos yo. Me frotaron con nieve, me pusieron pomada y me clavarón agujas en el dedo gordo hasta hacerme brotar una gota de sangre. “Soy un muerto muy fuerte” le grité al enfermero y él no me entendió. Al terminar la guerra estábamos en el monte Grappa, donde se peleó un año desde la retirada del Caporetto. Yo ya era capitán y tenía privilegios, aunque todo me daba un asco insostenible. Me gustaba matar, nomás: matar a los austríacos. Hasta que una mañana (habíamos estado

jugando al fútbol contra la división inglesa y casi les ganamos, me acuerdo) se dejó de almorzar por la mitad porque empezó una acción de diversión. Era un tanteo nomás -ellos ya estaban débiles- y al volver nos trajimos doscientos prisioneros. Ya era sabido que ellos tenían hambre, pero no que era tanta como para tirarse arriba de aquel barro en conserva con un delirio tal que di orden de dejarlos comer hasta hartarse. Pobre Philipe, pensé: Ni siquiera teníamos enemigos.

Entonces Boursault agarró la damajuana y se tragó un cuarto litro de caña con un ojo cerrado y otro inundándose de fiebre. Cuando dejó la damajuana se sentó y me contó que había forrado personalmente un baúl con piel de lobo para que la muchacha escondiera sus alas. “Ahora es una crisálida” me dijo: “Mire: lo que Rimbaud no dijo fue que el día que la gente crezca como las mariposas pero no al revés, el mundo va a salvarse”. Yo le di la razón. Pero cuando nos despedimos él ya tenía los ojos sobrios y oscurísimos, y me gritó desde la lancha en marcha: “Somos todos gusanos, camarada” (1).

(1) *Querida crisálida la rue Mouffetard arranca desde un mercado donde la sangre de los cerdos se coagula en las alcantarillas, y la gente que sube hacia la plaza lleva brillando una mancha en el pecho. Hoy fumé mucho hasch y el infierno del mundo me voló hasta el invierno de la plaza. “Oh la mosquita borracha en la letrina de la posada, enamorada de la borraja, y que disuelve un rayo”. Ah nosotros, nosotros: los que morimos antes de la eternidad. Una cucaracha podría caminar hasta con una sola pata, mi querida crisálida, pero mi corazón se arrastra sobre un vientre tristísimo lleno de llagas de alas arrancadas. Cuando te vi flotando en aquel carnaval sentí una mano besándome el hombro y la voz de mi hermano levantada en el fondo de la tierra: “¿La humanidad es algo sobrehumano? Todavía no: el amor es la fuerza sobrehumana”. Por la rue Mouffetard suben hombres con manchas de poesía incandescente. Pero son gusanos. Nada de alas de hasch ni de pernod amargo: se necesita verdaderamente la ciencia del cielo para ser una buena mariposa. Mi querida crisálida: cuando me crezcan alas otra vez, voy a volver a poner en tu mano esta carta soñada. Dominique Boursault.*

La señorita de la capelina se despertó al amanecer y aceptó café negro. Tenía un pelo rojizo y una nariz aguda afinándole un rostro de ojos azulísimos, donde la furia se había terminado. Sólo un asombro falso (o infantil) le subía la mirada más allá del dolor. Yo le miré las alas estrelladas

a contraluz y pensé: *No elegiste la muerte del amor sino la del amado. Porque la verdadera muerte del amado era la del amor. Y Dios te dio inocencia.* Ella me preguntó de golpe si se podía cruzar a tierra y le dije que sí. Me miró manoteando desde lejos, hasta que se animó a preguntarme: “¿Usted alcanzo a ver los cuerpos de los franceses que hay allá abajo, verdad?”. “No” contesté: “Bajaron los ataúdes”. Ella cerró los ojos y entrecurvó la boca. “Sí. Dominique volvió. Pero me lo mataron” dijo casi sonriendo. Cuando abrió la mirada -donde fosforecía el cielo entre corales- tuve la sensación de haber llevado flores durante ocho años a la tumba de un hombre que no estaba enterrado. Después la acompañé fuera del faro. La señorita Regusci Tomillo reverberaba vaporosamente mientras una tristeza interminable (y dulce) le agatunaba el *tempo* de su languidez. Iba a hacerle una seña al pescador para que la embarcara pero ella me agarró un brazo. “Espere un poco” dijo: “¿Usted conoció a Burnett?”. “¿El inglés que plantó los pinos de la costa?” le pregunté (y empecé a emocionarme frente a su indomabilidad). “Sí: el inglés que salvó a Maldonado de ser tumba de médanos” dijo con la imponentia de su padre: “¿Pero sabía que Enrique Burnett naufragó en esta costa a bordo del Bombay?”. “No” mentí. La mujer declinó su sombrilla y dejó que la luz la despeinara. “Él también se enamoró de una fernandina” dijo mirando el mar: “Después viajó a Inglaterra, arregló los papeles y volvió con el nombramiento de agente de la Lloyd’s. Y se casó con ella”. “Mire: yo no conocí a Burnett” dije para que se quedara un poco más: “Pero conocí bastante bien a Sabino Regusci, si eso le interesa”. Ella alzó la sombrilla. “¿Cómo sabe quién soy?” preguntó con los ojos casi verdes. Entonces le conté lo del Santander, lo de Punta Ballena y mi fracaso como profeta - además del truncado romance entre Justo Regusci (el hermano de Sabino que cayó con Saravia) y la prima de su madre, Magdalena Tomillo. Ella mandó inmediatamente un telegrama a Punta del Este y se quedó dos días oyéndome contar la historia de su gente. Volvió a Punta del Este una mañana azul y de allí me escribió unas cuantas cartas. Nunca más volví a verla. Yo no bajo a tierra y ella no viene a Lobos, pero el viento sagrado que atraviesa las cruces nos arrodilla juntos frente a la verdad.

EL ECLIPSE

AHORA estoy viendo los ojos del Negro cuando Juan Serrador le prestó la bicicleta. Yo tenía cinco años y todavía no había empezado a ir a la escuela ni al catecismo. Vivíamos en la casilla del fondo de la casilla de la tía

Felipa y de postre chupábamos flores, con mi hermano. Juan Serrador vivía al costado de la carretera, en un chalé muy lindo. Se hicieron tan amigos con el Negro que un viernes que ellos se iban a Minas Juan le prestó la bicicleta por el fin de semana. La trajeron de noche y mi hermano lloró como tres horas para que lo dejaran andar una vuelta. Papá le daba cachetazos y mamá le sonaba los mocos diciéndole: “Mañana de mañana andás hasta aburrirte, Negro. Hoy te podés matar”. Después tomamos el café con leche y nos fuimos a dormir: la bicicleta estaba abajo de la luna que entraba por el enrejado de madera y el Negro se había sentado a oscuras a mirarla. Cuando me desperté para ir al baño me pareció que iba a pasarse toda la noche así, porque los aujeros del enrejado ya se habían puesto verdes. Después papá se levantó para ir a buscar changas y al final lo dejaron sacar la bicicleta. Pero la encontraron pinchada. Entonces el Negro nos empezó a pedir un peso a cada uno por turno para comprar un parche, y no hubo quien le hiciera entender que no teníamos nada. Él miraba la llanta y nos miraba así, con una cara rara que me hacía arrodillarme por adentro.

A la otra temporada papá empezó a pilotear lanchas en Punta del Este y en febrero pudimos alquilar una casilla cerca de un campamento gitano. Ya no éramos tan pobres como antes, porque de noche comíamos arroz. Entonces los chiquilines de mi clase armaron programa para ir al cine el domingo de pascua. Yo la fui preparando a mamá toda la semana, aunque nunca en mi vida había ido al cine y la palabra *matiné* me sonaba a *kermese*. Pero fue un Turismo lluvioso -sin excursiones ni a la isla Gorriti- y tuvimos que volver a cenar café con leche. Así que cuando llegó el domingo, mientras volvíamos de la misa mamá me dijo que no me podía dar la plata. Yo me acosté y no comí arroz y traté de llorar hasta llorar de veras, de tanta rabia que me dio. Después ella se apareció corriendo y me puso un saquito celeste de mi prima y me llevó a la plaza. “No te olvides que te estoy dando sesenta pesos que no tengo” dijo por el camino: “Bueno, mucho cuidado a la salida, Alondra. No vayas a cruzar hasta que no me veas parada aquí, ¿me oíste?”. La *matiné* fue linda cuando dieron las tres primeras películas, de indios y caubois y del gordo y el flaco. Pero al final dieron una película de Don Quijote, un viejo medio loco que llegaba a un lugar donde le hacían de todo, hasta que lo reventaron a pedradas. Yo empecé a ver borroso por primera vez en mi vida, mientras los otros se morían de risa. Entonces me escapé, y al salir a la calle encontré a la gente haciendo cola para reírse del loco. En la plaza lloviznaba. Y mañana terminan las vacaciones y ellos hacen la cola tan contentos, Dios querido, pensé. Por eso me fui sola hasta casa, corriendo.

Me acuerdo que casi todos los chiquilines del barrio nos habíamos hecho amigos de los gitanitos, aunque mamá me dijo que tuviera cuidado con no ir al campamento “porque nunca se sabe bien qué es eso”. Pero cuando Carmela tocaba el acordeón nosotros nos escondíamos a escuchar entre los transparentes. Ella se había hecho amiga de mamá después del carnaval, cuando toda la tribu salió a buscar a la Gorrión y al cacharrero jipi que la robó en Gorlero. Carmela era la madre y Lucio el padre. Lucio no venía nunca al campamento pero tenía el camión más lindo, porque era el cacique. Nosotros lo vimos de espaldas una vez, cuando llegó de traje negro y gacho y entró sin hacer ruido. Ella se asustó tanto que el acordeón se le despatarró. Entonces se pelearon en otro idioma y abrieron la carpa más chica y vimos cantidad de vestidos colorinches tirados en cajones. Al otro día Carmela cayó a ver mamá, llorando como loca. A nosotros no nos dejaron escuchar, pero yo pesqué en la casa de la tía Felipa que Lucio había adivinado enseguida lo que ningún otro gitano descubrió en dos semanas. “Después fueron al camping de Punta Ballena. Y allí estaban los dos” le contaba la tía Felipa a doña Pepa (una curandera de la vuelta que le estaba leyendo las barajas): “Quince años la mocosa, y él más de treinta. Dicen que el cacharrero salió guapeando de la carpa, aunque no pasó nada. Al jipi lo arreglaron con unos cobres y ella volvió tan desilusionada que no se ha hecho otro moño hasta ahora que el de viuda. Dicen que está infladita, doña Pepa. Es eso. Y no quiere sacárselo ni a ganchos”.

Ese año yo ya estaba en tercero de escuela. Los gitanitos estaban todos en primero y segundo (aunque muchos tenían como diez años) porque se habían atrasado viajando desde Perú y Bolivia. Nosotros éramos amigos de los Urracas, unos mellizos hermanos de la Gorrión y la Torcaza. Siempre andábamos juntos, y tres noches después que sacamos la lotería -me acuerdo porque papá llegó con la noticia de que había comprado el terreno para hacernos la casa- nos invitaron a una fiesta. “Se desinfló mi hermana” dijo Tuco (el más feo): “Y están todos bailando por el angelito”. Nosotros ni pedimos permiso y rajamos a escuchar en la carpa más chica. Ya no había vestidos colorinches, y en un catre del fondo estaba la Gorrión, mirando para abajo. Después Tuco nos hizo entrar en la carpa más grande. En el medio había armada una mesa con botellas y fuentes y un montón de faroles a mantilla. Todo el mundo hablaba menos Carmela y Lucio (que estaba sentado de espaldas con una capa roja). “¿Y cómo se va a llamar el angelito?” le pregunté a Tuco. “Así nomás. Angelito” me dijo. Y me agarró de un brazo y me llevó otra vez hasta la carpa chica. Cuando nos acercamos a la Gorrión ella estaba tirada bocarriba, y yo viché un cajón que había al lado del catre y casi pego un grito cuando vi que a Angelito le habían

puesto monedas arriba de los ojos. Por eso le pedí a Tuco que le avisara a Lucio. Entonces nos volvimos a meter todos en la carpa más grande, donde Carmela seguía tocando el acordeón con la cara mojada. Tuco se arrió al padre y no sé lo que le habrá dicho, porque Lucio se dio vuelta de golpe y me clavó los ojos como si ya supiera dónde estaba yo. Fue una mirada verde que me miró con lo del medio y la parte más blanca del mismo color, rajándose los ojos.

SIEMPRE pienso en la tarde del eclipse, también. Fue justo el día anterior a que nosotros nos mudáramos a la casa nueva, y de mañana la maestra nos explicó en el pizarrón cómo la luna iba a meterse entre el sol y la tierra y después nos repartió los negativos para poder mirarlo. A mí el doctor no me quiso dejar, porque yo ya andaba lagañosa y borrosa y con unos dolores de cabeza más horribles que el que me vino al otro día del baile de Angelito.

AHORA estoy acordándome del miedo que me dio la noche de la matanza, este invierno pasado. Yo ya sabía bastante cómo iba a ser la zafra porque apenas vinimos a la isla Cruz me explicó que él se quedaba aquí para que nadie asustara a los animales. Al principio se pasaba vigilándolo al Negro para que no buscara colmillos ni maderas de barcos en las partes de lobos. “No se puede vivir donde están ellos” nos decía: “Porque el lobo se asusta del olor del hombre”. Me acuerdo que la mañana que empezó la zafra había cantidad de loberos jugando a la baraja, al fútbol y a las bochas. Tomaban mucho pero no se peleaban -al principio- y yo hasta me olvidé para qué habían venido. Pero una tarde empezó el temporal y después se pasaron hablando de donde iba a ser la corrida al otro día. Hablaban de las piedras que tenían que pisar y de los escarpines que usan para saltar sin resbalarse arriba de las piedras. Y esa noche hubo lío entre mamá y papá. “No hay problema mujer” decía papá borracho: “Siempre se necesitan más y uno va con un palo”. “Pero vos nunca fuiste, Liborio. Te podés lastimar”. “No jodas más mujer” gritó papá al final y se tiró en el catre a hablar con el hermano muerto. Al otro día de mañana esperamos todos juntos a que volvieran Cruz y otro puntero viejo, el Rayo: habían ido a las cañas para ver si largaban la corrida. Los loberos tenían olor a grasa y respiraban hondo cuando decían que el viento estaba “para acá”. Ya había pasado el temporal más fuerte, pero hacía un frío del diablo y nosotros estábamos temblando y de pasamontañas. Después que sonó el pito y arrancó la fila, mamá nos llevó para dentro y se puso a llorar. Yo me di cuenta que había empezado la corrida cuando chillaron todas las gaviotas juntas. Después contó papá que los lobos siguieron durmiendo los más tranquilos y el Rayo

les pasó entremedio, espantando gaviotas (porque ya habían estado toda la semana haciéndoles lo mismo, para que en la corrida no se despertaran). Entonces se largaron todos y les cerraron las salidas al agua. “No dejen armar chorro, no dejen armar chorro” dice que gritaban algunos loberos levantando los palos. Pero después se encoró un peluca y hubo que reventarlo a palazos y él mordió varios pies. A dos finos tuvieron que matarlos mientras iban arriándolos porque les vino rabia, y así pierden el pelo. De tarde los llevaron en lotes hasta el corral más chico y los bichos pasaban por al lado de casa, gritando y arrastrándose. Papá no pudo ni cenar porque vio la matanza y al acodillador clavándoles el naife para que otros dos hombres les pelaran la piel. Esa tarde soltaron a las hembras y a los pelucas y pusieron las pieles en la saga, que es una cuerda metida en el mar donde vienen los patos y los tiburones a comerse la grasa -al otro día Guitarrero pescó un pintarroja con un gancho de fierro al lado de la saga, y mamá hizo milanesas: las comimos con huevos de gaviota fritos. Pero esa noche el olor fue espantoso y en la cama me vino un miedo oscuro parecido al de cuando me morí.

LAS CRUCES

AQUELLA tarde Cruz volvía de telegrafiar a Punta del Este con un gusto doloroso en la boca. Había teleografiado para que le avisaran al señor Gurméndez que lo necesitaba urgentemente en la isla. Era octubre y la zafra ya se terminaba y hacía un mes que la gente no cruzaba a tierra. Pero nunca estuvieron tan insoportables, pensó Cruz, sentándose a descansar con la mirada fija en los cartuchos: O será que estoy viejo y ya no sirvo. Escuchó el griterío de algunos hombres que jugaban al gofo en los galpones y le vinieron ganas de pelear y después otras ganas bastante más graves. Entonces levantó la mirada desteñida en dirección al mar. Cuando volvió a bajarla se dio cuenta que Alondra lo estaba esperando. Había desembocado en el cantero por el lado de los galpones y lo esperaba sentada a lo Buda, con el pelo flotando contra el sur. Cruz la veía de arriba y de perfil, apoyada en las flores luminosas como una pájara color canela. Ella subió la cara de repente. Cruz aguantó un momento la respiración y la vio levantarse y arrancar tres cartuchos y doblar el galpón para recién aparecer por el trillo que pasa por el cementerio. Cuando el viejo la vio volver sin los cartuchos tuvo la sensación de que lo doloroso se le empapaba en luminosidad.

La chiquilina se metió en su casa mientras Cruz empezaba el rito de la chala. Una remota paz equilibrista le reazuló los ojos desteñidos. Se acordó de Jonás y de la madrugada cuando lo encontró hincado entre las cruces blancas y después se acordó de la otra madrugada, cuando el sueco murió agarrándoles los brazos a él y a Saldivia. Porque Jonás Erik Jönson sobrevivió a la batalla de Punta del Este y aguantó sordamente en su puesto del faro mientras el Ajax -uno de los cruceros ingleses que encerraron al Graf Spee- esperaba atrincherado contra la isla. Eso se los contó cuando empezó la zafra cinco meses después y se murió enseguida, a los dos días de zafra. Aquella madrugada les habló largamente de algo que no entendieron ni Saldivia ni Cruz, porque empezó hablando de Byblos y siguió con la Virgen y después con la guerra y después con los lobos hasta que dijo: “Lo que no hay que olvidar es lo cualitativo. Cualitativamente hablando, puede llegar a ser un animal perfecto. Aunque cuantitativamente pueda ser la vergüenza del planeta”. Cruz lo miró a Saldivia, que lloraba. *Nunca hablamos demás con don Jonás. Yo nací en Pan de Azúcar y empecé a faenar sin conocer la historia esa que le amasaban. No me gusta hablar mucho, y menos si es demás. Una noche una rata me mordió la cabeza en uno de los ranchos y él me curó y me regaló esta boina. Y otra noche ayudamos a cargar unos ataúdes que bajaron de un barco unos gringos barbudos y a mí se me ocurrió enterrarlos donde había un angelito desde las épocas del primer faro. Pero me sorprendió cuando vi a don Jonás clavando y encalando las cruces para formar el cementerio. “Perdone don Jonás” me animé a preguntarle: “¿Pero usted conocía a los difuntos?”. Él me miró con una cara fiera y me dijo que no. Yo me di cuenta que la había embarrado porque la primera vez que vi morir un lobo tuve ganas de hacerle una tumba con flores. Y sin embargo no lo conocía.* Cruz podía recordar la fuerza de Saldivia cuando tuvieron que enterrar al sueco en “la patria del mar”, como él dejó encargado. Y podía recordar la medusa gigante que formaron los pelos y la camisa blanca de Jonás descendiendo en las tierras del mar, mientras Cruz empezaba el duelo con la sombra. Ahora estaba prendiendo el cigarrillo de chala por segunda vez y veía los cartuchos violentamente hinchados por el viento de octubre. Se dio cuenta que amaba a Lobos como al mundo (y ahora volvió a escuchar lo que decía Saldivia con la boina en la mano y el larguísimo cuerpo encorvado demás después de la faena: “Mire que uno los mata. Pero qué bicho lindo que es el lobo, Cruz”.) Cruz escuchó el barullo de los hombres jugando al gofo en los galpones y más allá el aullido circular de los lobos. Entonces sintió orgullo. Fue un orgullo extendido a todos los loberos que tuvieron que mearse de miedo en una fila o volar por las piedras o aguantar la mordida o perder las falanges o morir de borrachos. Los perdono, carajo, pensó el viejo parándose de golpe. Pero esa noche no quiso dar el brazo a

torcer y no cenó con ellos y aceptó la invitación de la madre de Alondra. Liborio estaba tranquilo. Cruz le enseñó al Negrito cómo se hace una cola de cometa y después le sirvió unos restos de pescado al gato. Entonces miró a Alondra -que entreabría su sonrisa de acompañamiento- pero no se apiadó. *Porque el diablo se ve. Pero la luz del mundo sólo podemos verla cuando la vida nos rompe los ojos* pensó eructando amargo.

Al otro día llegaron el doctor Pettorossi y el señor Gurméndez. *Me llamó la atención porque lo conozco hace veinte años y nunca lo había visto ahicarse -y menos pude concebirlo teniendo en cuenta cuáles eran las "jodas" que me planteó desconsoladamente. Me dijo que iban recién por los siete mil lobos y que a algunos muchachos no iba a poder ni verlos porque tenían "el culo chato de las timbas". Eso me hizo reír. Pero él me llevó aparte y nos sentamos en uno de los bancos de la cocina y ahí me largó sin vueltas que quería retirarse. Entonces me di cuenta que la cosa era grave. "Pero Isaías" le dije: "Si recién en la Chancha estábamos comentando con Carlitos que parecés más joven que todos nosotros". Él desencorvó el cuerpo como un gallo y después me miró con los ojos al rojo. "Esta vez me tocaron el amor propio, señor Gurméndez" porfió solemnemente. "Qué pasó" pregunté. "Nada, señor Gurméndez. Pero le puedo asegurar que esta vez me lo tocaron. Y quisiera pedirle también si no podrían llevarme ida y vuelta al Polonio pa refrescarme un poco". "Bueno" le dije: "Si no querés contarme lo dejamos así". "Mire" porfió Isaías ahuevando los ojos: "Es que no sé quién fue el que me tocó el amor propio, ¿entiende?". "No: no te entiendo nada". "Es que ayer nos mamamos demasiado, señor Gurméndez. Y yo tuve otro ataque y me quedé sin aire en la cancha de bochas. Entonces uno de estos sabandijas me tocó el culo. Es eso". Y salió como chifle.* Hacía tiempo que Cruz no iba al Polonio (desde la última zafra) y cuando empezó a ver los mazaricos y las águilas caracoleras girando en los bañados de la ruta a Castillos se calló de contento. Era una tarde limpia, con un viento Noreste que levantaba talco iluminado sobre la ruta que vadea el Valizas. Un turbión de cotorras hizo un viraje ronco y voló como un ruido esmeralda entre palmeras. Desde la Ranger Rover saludaron al carnicero, y al doblar hacia el mar se dieron cuenta -corcoveando en el barro- de cuánto había llovido. La suspendida camioneta roja desembocó en la playa y empezó a trabajar sobre las correntadas que plateaban el oro arenoso y se borraban bajo el jadeo del mar. Cruz vio el Cabo Polonio al final de la curva, recortado en la tarde azul cobalto. Tuvo la sensación de no llegar jamás mientras veía crecer el lomo con su faro y sus casas opacas y desparramadas. Después subieron y dejaron al doctor en su casa y bajaron saltando y Cruz vio los racimos de casillas y ranchos marginando el barroso callejón espejado donde pidió

bajar. Vio seguir a Gurméndez hacia la lobería y saludó a dos perros mientras vadeaba un collar de corrales. El olor de los bichos -pato, gallina y chanco- le dio un hambre feroz. Se metió en un ranchito quinchado de madera y bloques. Antes de entrar vio un trasmallo empezado y al entrar encontró a su hijo menor -Pablo o el Piava- durmiendo abrazado de una guitarra. Cruz copió la sonrisa del rostro del Piava y estudió la guitarra con sorpresa. El barniz de la caja levantaba un cobrizo resplandor hacia el rostro picado de viruela. Cruz volvió a caminar circundando corrales y esta vez olió el pan recién horneado y el bacalao secándose en los saladeros. Eso le dio más hambre, pero conversó meticulosamente con toda la gente: se enteró que había estado saliendo el gatuso y que hacía cuatro días que no se entraba al mar y anunció, indiferente, el final de la zafra. Un cansado contento le adormecía las piernas mientras chuequeaba en dirección a la casita revocada de Caupolicán. Vio un garage cerrado y otro abierto y vichó la silueta de un flamante camión a través de la hendidura. Esto es un pescador, pensó orgullosamente. De la casa salió su nieto César y lo abrazó y entraron abrazados en la casa olorosa a revoque reciente. Una mujer embarazada lo besó en la salada claridad que aleteaba en el nailon de los ventanucos. Era Virginia, la mujer del Coco. Cruz besó al nieto chico, que dormía en un cajón pintado de celeste, y aceptó un vino tinto y matambre casero. Ella estaba feliz, con su cortante cara de gitana embellecida por el embarazo y dos trenzas brillando entreazuladamente. Virginia le contó que el Coco recién llegaba el domingo de Montevideo, porque había ido a arreglar una venta buenísima. “¿Y no fue a verla a su hija, todavía?” le preguntó después, ensombreciéndose. Cruz se dio cuenta que algo había pasado y tuvo una palpitación. “No” contestó: “¿Pasó algo con el Felpa?”. “La semana pasada se pelearon con Coco y Coco le habló al Piava para empezar a salir con él” contestó la mujer: “Ya se cansó del Felpa. “Y ahora su yerno quedó sin trabajo ni chalana tampoco”. Cruz sacudió la cara interminablemente. “Recién vi al Piava sesteando prendido de una guitarra: ¿la compró?” preguntó. “No. La encontró en el Taquarí”. Y Virginia le contó.

Fue rarísimo. Porque el Coco y el Felpa y el Piava y el Pelé se volvían de calar los trasmallos con una chaira bárbara, parece. Estaba oscureciendo. Coco dice que el mar se había picado y que él miró para atrás y vio al Piava parado arriba de la otra chalana con la cara torcida contra el Taquarí. “Dice que oyó sonar una guitarra allá adentro del barco” les gritó de repente el Pelé con los ojos salidos para afuera del susto. Después lo vieron zambullirse al Piava y nadar hasta el barco vacío ya hacía meses. Y esperaron un rato. Coco cuenta que el Felpa empezó a sacudirse de la risa y en ese momento un relámpago rojo los encandiló. Después

vieron que el Piava se tiraba otra vez al agua y empezaba a nadar levantando una guitarra con el brazo izquierdo. La había encontrado adentro de un ropero, dijo. Esa noche salieron cinco o seis para Castillos y parece que el Felpa alborotó el Macondo con el cuento del Piava y se gastó el millón del bacalao invitando a tomar a todas las mujeres. De repente el Pelé lo vio prendiendo un cigarrillo con un billete de cien mil y trató de apagarlo. “Eso es basura” gritó el Felpa: “Es mugre”. Y no quiso tocar a ninguna mujer y las hizo bailar a todas con sus hombres y cuando amaneció se paró en una mesa y les echó un discurso sobre el corazón. “Caracoles de mar” dicen que les gritó llorando antes de desmayarse: “Eso tenían latiendo y nadie se los dijo”.

Cruz terminó el matambre y chuequeó hacia los ranchos recostados contra los tamarices y encontró al Felpa frente a un esqueleto flamante de chalana. Lo miró serruchar con el pucho colgando (y saltar por el barro descalzo, de saco azul y rompevientos blanco) y algo le hizo saber que esta vez se salvaba. Se acercó a saludarlo y miró su mirada con un denso candor. Eso emocionó al yerno, que prestidigitó con gestos afiebrados el futuro triunfal de la chalana. Más allá, en la frescura del atardecer los dos nietos más grandes de Cruz corrían radiantemente, aprendiendo a driblear con el Pelé. Cruz los vio balancearse y rodar y gritar y los dejó tranquilos. Después se metió al rancho. Encontró a su hija Chela apilando paquetes -yerba, azúcar, tabaco, té y café- mientras una sartén burbujeaba espejando el sol anaranjado. Chela estaba vestida totalmente de negro -pantalón y saquito y botas de lobero- y se parecía tanto a su mujer, que el viejo se erizó. La única diferencia era el pucho constantemente clavado en la boca, empañando unos lentes de aumento insondable. Chela le sirvió vino y empezó a cocinar y a la vez terminó de apilar los paquetes (que compraba en Castillos para la reventa) mientras le iba contando el problema del Felpa. “Mirá: él ya sabe que si no me trabaja se acabó la paciencia. Y ahí lo viste prendido a la chalana” dijo bombeando un farol a mantilla: “Yo le dije que si era un pescador de veras no podía depender de la chalana de otro. Yo mantengo la casa, le dije, y voy al camarón y al mejillón y playeo y vendo naco. Pero tenés que entrar al mar o salir de esta casa”. De golpe apareció el Piava. Entró con la guitarra y la puso en la cama y se la mostró a Cruz. El farol a mantilla reverdecía el azul de los ojos del viejo. “El doctor Pettorossi sabe tocar bastante” dijo al rato riéndose: “Él te podría enseñar alguna milonguita”. “Yo ya sé” dijo el Piava, y le arrancó un berrinche de gato rabioso. “Basta” le gritó Chela: “Tú te creés que se toca igual que a una mujer”. El Piava se rio en silencio y volvió a colocar su mujer en la cama. Después comieron el pescado frito y siguieron tomando vino tinto. Cuando el Piava volvió a su rancho se acostaron. Cruz miraba la punta del

pucho del Felpa y sus ojos ardiendo como charcos de fiebre. Entonces eructó toda la pena muerta de la tarde anterior. “Felpa” dijo despacio: “Cuesta mucho ser gente. Pero vale la pena”.

Cuando se despertó Cruz tomó algunos mates y subió por el filo del amanecer hasta el lomo del cabo. Se escurrió entre las rocas agrutadas con las huellas impresas de los dedos de Dios en sus racimos ocres y se sentó a ver la rompiente. Un fino jugueteaba sobre los lomos de las olas color de león que reventaban tejiendo un encaje espumoso y constante -hasta que otra puntilla tronadora desmelenaba un arcoiris fugaz y el lobito rielaba y desaparecía. Cruz estuvo dos horas viendo cambiar la luz y dejándose hundir en su otra lucidez. Se dio cuenta que pronto podría vivir de nuevo en el Polonio, porque su esposa Chela era un cielo sin duelo en las dunas doradas de la lejanía. Después fue a saludar a la gente del faro y empezó a caminar a contraviento por la playa Noreste. Se entrepasó un momento y miró para atrás: el Taquarí brillaba como un dije atrapado entre escombros de plata. Un relumbrar de plomo bamboleante envolvía la Encantada, el Islote y la Rasa. Cruz volvió a caminar hacia Punta del Diablo viendo el rojo rocaje acastillado de la isla de Marcos y el titilar sombrío del Don Guillermo. Eso lo hizo acordarse del Bonito. Después vio un lobo sin cabeza pudriéndose en la orilla y un bagre-sapo y un tiburón gris y otro (angelito) recién expulsado. El viejo se agachó para estudiar la paz del angelito. Entonces arrancó de vuelta hacia las casas con la campera inflada, empujado y no triste y siguiendo el planear de gaviotas aisladas o mirando los teros remolinear sobre los ríos de talco que soplaban las dunas. Las dos chalanas nuevas (pulcramente pintadas de naranja) de su hijo el Coco apenas lo frenaron. Después entró al boliche y no quiso quedarse y buscó en los galpones al doctor Pettorossi hasta que lo encontró. *Me preguntó si no podía acompañarlo hasta el rancho del Bonito después de almorzar. Yo le dije que sí, pero que no me parecía seguro que el Bonito siguiera bajando todos los días a la casilla. Isaías se hizo el sordo y salimos del cabo a las dos de la tarde. Por el camino yo fui juntando caracoles y después encontré una vértebra de gliptodonte y empezamos a hablar del cuaternario y seguimos de largo con los indios del sur. Yo ya sabía que a Cruz le gustaba leer (el Papalote, Guillermo Tomillo y él deben ser los únicos loberos que han desempolvado en forma la biblioteca de la isla) pero esta vez confieso que me dejó asombrado. Porque conocía exactamente la historia de Solís y hasta los instrumentos musicales que usaban los indios, y me hizo gracia cuando dijo que los charrúas “veraneaban” en la rinconada del Valizas. “Mire doctor” me dijo: “Ahora ustedes escarban y todavía aparece un pulidor o una lasca de flecha. Pero cuando mi padre me trajo a Valizas alcanzaba nomás que un viento fuerte*

para desenterrar todo. Pantaleón, el farero del Polonio, me daba un centésimo por punta de flecha y cinco por boleadora. Al Bonito y a mí”. “¿Así que el Bonito vendría a ser primo suyo por parte de padre, Isaías?”. “Sí, Magnolia, la madre del Bonito, era hermana de mi padre. Mi madre era catalana y perdió la razón viviendo en Maldonado, cuando murió mi hermano Pedro. Yo tenía nueve años. Después murió mamá y volvimos a Valizas”. Nos llamamos un rato. Ya estábamos a medio camino cuando nos dimos cuenta que atrás nuestro venían el Piava y el Pelé. Nos pasaron como postes y nos dijeron que si estaba el Bonito nos iban a avisar pasando entre el rancho y las dunas, y si no entre el rancho y el barco. Como a la media hora los vimos hormigüear por las dunas y Cruz se alegró. “¿Sabe una cosa, doctor?” dijo mientras llegábamos: “Quiero ver al Bonito porque me gustaría saber si mi padre no habrá sido farero allá en la Isla de Lobos. Yo escuchaba decir que había sido farero pero nunca alcancé a saber en dónde. Lo que sé es que enseguida de casarse perdieron el primer hijo y mi padre jamás volvió a subir a un faro. Es lo único que sé. Pero Magnolia debió saber más” dijo Cruz empujándose la boina.

El Bonito había sido el cuidador a sueldo de una barcaza de desembarco americana que encalló en Normandía cuando la guerra y acabó transportando madera bahiana hasta que un temporal la colgó de la Punta de las Calaveras y al zafar descansó definitivamente en la playa Noreste del Cabo Polonio, para que Bonifacio Caltieri volviera a nacer. Bonifacio Caltieri vivía con su familia más allá de las dunas, pero el “Bonito” vivía con su perro y su resto de barco -el Don Guillermo- en una cabaña de madera lijada por los temporales. El doctor recordó que lo había conocido recorriendo la playa cuando todavía manejaba una escopeta y salía a encañonar el asombro de los caminantes, aunque del Don Guillermo ya no quedara más que un retorcido herrumbre transparente. Se alegraron de verse con el primo Isaías. El Bonito los hizo pasar a la cabaña prolijamente puesta donde hacía cuatro lustros se ganaba su sueldo (que empezó por ser plata de la compañía de seguros marítimos -los primeros cinco años- y acabó por ser paz) desde media mañana hasta el crepúsculo. El doctor preguntó cómo le había marchado la gastritis y el Bonito afirmó que no tomaba más pero que andaba bastante jodido de la carraspera. Se dejó revisar y auscultar y hasta ofreció dejar completamente el naco cuando el doctor le aconsejó fumar nada más que durante los ensueños. Entonces Pettorossi sacó el tema de las balleneras a vela que iban hasta las islas de La Coronilla a comienzos del siglo y eso hizo que los primos chispearan en remoto contacto. Cuando Isaías se animó a preguntar por el oficio de su padre, el Bonito aclaró sin la menor vacilación que su madre contaba que “tío Leocadio fue a pasarse la luna de miel en un nido de Lobos”. Cruz

parecía cansado cuando se despidieron y empezaron a andar tratando de ganarle a la tormenta azul que venía del Sureste. “¿Sabe doctor?” le dijo al llegar al Polonio: “Me parece que tengo un hermano enterrado en Lobos hace un siglo. Y recién esta tarde empecé a darme cuenta”.

EL ECLIPSE

Papá sacó la lotería porque una noche se quedó dormido en la plaza de Punta del Este sin devolver las participaciones que vendía por Gorlero. A la otra noche nos sacaron fotos para los diarios y después hubo fiesta y papá le gritó al hermano muerto que ahora iba a tener casa y a ser alguien. La plata duró mucho, porque aparte de la edificación mamá pudo comprarme los remedios que me mandaba el oculista de Montevideo y unos champions blancos cuando la comunión y una pelota número 5 para el Negro -aunque él lloraba siempre por la bicicleta. Me acuerdo que la noche después de hacer la comunión me desapareció un champion blanco de abajo de la cama y yo casi me muero. Lo buscamos por toda la casa con mamá como locas, pero no hubo caso. Entonces de repente ella se agarró la cabeza y salimos corriendo a lo de tía Felipa. La encontramos escuchando la radio, recostada en la cama. Mamá le dijo que nos devolviera inmediatamente mi champion y ella primero puso cara de boba y al final terminó mirando el retratito del primer marido (que estaba arriba de la radio abajo de una flor). “Yo no creo en brujerías, vieja, ya sabés” decía mamá, furiosa: “Alondra está tratada por un especialista y yo seré ignorante pero no creo en los brujos, ¿me entendés?”. “Tch” dijo tía Felipa, parándose de a poco: “Brujos son los malos. ¿Qué te pensás que no hay médicos brujos, también?”. Pero al final nos llevó a una casilla que quedaba a la vuelta, toda llena de yuyos. Doña Pepa debía estar esperándonos, porque apenas entramos se acercó a hacerme la señal de la cruz y me bajó los párpados diciendo: “Santa Lucía Santa Lucía sácame esta porquería tú con tu mano y yo con la mía”. “Eso ya se lo recitaron, doña Pepa” le protestó mamá. Y entonces ella sacó una tijera del bolsillo y empezó a recortarme todo por alrededor, mientras entreveraba rezos raros. Después quedó mirándome con ojitos de rata. “Esto no es para mí: llévenla a Jeremías” dijo alcanzándole el champion a mamá y agarrando una plata que la tía le alcanzó con cara de enojada.

Jeremías tenía pinta de médico y de carnicero, porque tenía una túnica de manga corta (y un mostrador lleno de santos entre los azulejos) pero la papada sin afeitar y las manos rajadas. En la sala de espera nos dijo el viejo Souto -un carolino que mamá conocía desde chica- que el doctor le sacó la peladilla a toda la familia. Cuando entramos al consultorio Jeremías escuchó lo que mamá le contó atrás de un escritorio y después me miró. Entonces nos llevó al mostrador y le dijo que se fijara bien en la estatuita de Santa Lucía. “¿Ve? No está atada” dijo. “Y yo voy a estar lejos. Y ahora mirala fijo” me pidió (Santa Lucía era rubia y tenía una bandeja con dos ojos azules sueltos como bolitas). De golpe se cayó. Mamá vino a abrazarme y Jeremías nos dijo: “Santa Lucía no puede ver el mal que te enterraron, hija. A ella le duele el mal”. “¿Y qué hacemos, doctor?” le preguntó mamá. “Tener fe” dijo el hombre: “Yo ya no puedo hacer nada porque el mal se hizo carne”. “¿Se hizo carne?”. “Sí, hija. Se hizo enfermedad”. “¿Pero cuál es el mal, doctor?”. “Alguien le va a decir el nombre de la enfermedad” contestó Jeremías: “Pero el mal es el mal”.

GUIARRERO y papá no quisieron comer el cordero de Cruz porque se habían emborrachado demasiado temprano. Pero estaban contentos los dos, contando cuentos de cuando eran chicos. Yo escuchaba charlar a mamá y a la esposa de Juan Calamares, que se llama Damiana. Los chiquilines se quisieron sentar en la otra mesa, y mi hermano ya estaba chupando los huesos de todos. Cruz entraba y salía trayendo más cordero. De repente Damiana le contó a mamá que la cosa más linda que le pasó en la vida fue una vez que un murguista se bajó del tablado para ponerle una flor en la mano. Mamá no dijo nada. Entonces yo bajé al gato de mi falda y avise que iba al baño. Cruz ya estaba cantando Uruguayos Campeones sentado con los hombres. Afuera había tormenta pero no me dio miedo. Se escuchaban los ruidos de las brasas y las zinnias moviéndose adentro del cantero. No se oía ningún lobo, y yo pensé en las cruces y en Jonás y en el Padre. Fui al cantero corriendo y primero corté una flor para mamá y al final una para cada uno. Después volví corriendo al galpón, pero al entrar no me animé a hacer nada: los hombres se callaron y papá se dio cuenta quién robaba las flores del cantero. Entonces dio un rugido y se me largó arriba y me pegó dos brutos cachetazos verdes. Lo último que sentí cuando me caí al suelo fueron unas chupadas que él me daba en los ojos, mientras gritaba que ya no había peste que pudiera enfermármelos de nuevo.

DOS: COMO UN JAZMÍN DEL PAÍS

PRIMERO

Dijo el muchacho a la moza:

*“Desde el comienzo te vi
en el sueño, en la vigilia
como un jazmín del país.*

*Perfume de la alta noche
pequeña flor constelada
en el patio con aljibe
y en mi corazón guardada”.*

CUANDO Pablo Regusci desembocó en la plaza y observó unos segundos la blanca Torre del Vigía (desde donde alguno de sus antepasados pudo haber avistado un siglo y medio atrás la terrible invasión de los ingleses) tuvo la escandalosa certidumbre de no entender la vida. Había salido del caserón de su tía segunda -Natacha Regusci Tomillo- cerca de una hora antes, para tomar un ómnibus que lo trajera desde Punta del Este a Maldonado. Eran casi las siete de la tarde. Había subido hasta Gorlero por la cuadra en declive haciendo bambolear su guitarra enfundada y sintiéndose solo, pegajoso y ridículo entre el curso de turistas de principios de enero. Entonces tuve la tentación de abandonarlo todo y bajar hasta el muelle que hay más allá del puerto para fumar mirando atardecer sobre la isla Gorriti, pero me aguanté firme en la parada: eran ganas cobardes. Desde la esquina donde estaba esperando veía brillar el puerto como una maravilla inalcanzable. Las muchachas turistas pasaban en sus coches, motos o bicicletas -o caminando en barra abrazadas o solas- alrededor de mí, que era un muchacho virgen de diecisiete años incapaz de aceptar las alegrías tribales. Escuché el vuelo de *If I fell* desde una máquina tragamonedas y me dolió otra vez tener que renunciar a un conjunto beatlero para ser concertista. Y al cruzar por la ex-Plaza del Recreo casi una hora más tarde (viendo la blanca Torre del Vigía sobredorarse en luz horizontal) supe que dudaba mucho más del sentido de todo que de la utilidad de ser un guitarrista clásico. Ahora veía la casa de la vieja que iba a visitar a pedido de Natacha y sentía oscilar el temor y la curiosidad por

conocer a mi remota recontraparenta, aunque definitivamente no tenía las más mínimas ganas de tocar para nadie.

La casa estaba repintada con un fresco rosado colonial: dos ventanas con rejas daban hacia la plaza. Una de las ventanas de vidrios cuadrados estaba toda abierta, y el muchacho miró su propia sombra transitando la luz polvorienta que atravesaba en barras un cuarto embaldosado para lamer los fondos del patio español. Pablo no vio el aljibe pero lo imaginó debajo de la pérgola, cuando la brisa lo refrescó al pasar con un sesgo impoluto: era el viejo perfume del jazmín del país, estancado en el tiempo. Dobló la esquina y golpeó un par de veces con la aldaba de bronce. Lo atendió una mujer que no prestó atención a sus explicaciones, aunque lo hizo pasar con un fijo recelo. Era gorda y madura, y tenía una expresión de aburrimiento en bruto que no me cayó bien: daba la sensación de que la pobre vieja podía comunicarse mejor con algún gato que con aquella dama de compañía. Magdalena Tomillo entró al zaguán levantando los brazos, casi doblada en dos por sus noventa años. Vi que no me veía. Me adelanté a besar el pergamino de su rostro ascendiendo en contraluz, bajo el fulgor lunar de la escasa melena. Después me hizo pasar al patio, donde el aljibe estaba justamente debajo de una pérgola. También estaba el gato -un enorme barcino- simulando dormir sobre la mecedora. Lo que empezó a desconcertar al muchacho fue una televisión funcionando en completo silencio bajo la galería radiante de azulejos. Magdalena Tomillo recogió al gato y se sentó con él y se puso los lentes para observar mejor a Pablo. Yo me senté en un banco azulejado que había empotrado a la pared linder a y apoyé la guitarra contra los arabescos de una de las columnas de la pérgola. Devolví una sonrisa y aspiré hasta el embrujo aquel denso perfume que me rozó en la calle: el jazmín del país se enredaba en la pérgola como constelaciones de fragantes estrellas sobrevolando el hierro. Ahora la luz del patio era tenue y dorada. “Bueno, una no termina nunca de conocer a todos sus parientes. Tú no eres feo” me dijo Magdalena con una risita. Le costaba fijar los ojos en un punto. “¿Qué vas a tomar: vino? Yo tomo vino blanco cuando estoy contenta” dijo con un acento que parecía español. Le contesté que sí moviendo la cabeza. No me di cuenta de su sordera hasta que la mujer le preguntó a los gritos si nos cortaba queso. “Córtale un salamín, también” le ordenó Magdalena sin dejar de mirarme: “Yo soy vegetariana desde hace muchos años pero a ti ha de gustarte”. Entonces me di cuenta que la respiración se le hacía pedregosa con cada frase larga. “Pero fumo” agregó: “Muy poco, pero fumo”.

La sirvienta hizo un gesto de protesta y se fue a la cocina. “Bueno, dice Natacha que eres una promesa: ya hace tiempo que quiero escucharte tocar. Sé que te vas muy pronto para Montevideo”. “El domingo” le dije, y ella se apantalló una oreja contra el hombro. “El domingo” grité: “Voy a vivir a la casa de un tío”. Magdalena me ofreció un cigarrillo mentolado pero yo saqué un negro de los míos, y ella se adelantó a prenderlo con un pulso tan firme que me desconcertó definitivamente. La sirvienta les trajo un botellón y dos copas talladas. Después trajo tres platos con queso salamín y pedazos de pan, mientras Pablo empezaba a servirle a la vieja. “Suficiente” dijo ella dándole un pedacito de salamín al gato: “Ahora yo te propongo un trato. Tú me tocas tu música y yo voy a contarte cosas que nadie sabe, ni siquiera Natacha. Tú estarás enterado de que yo fui la novia de Justo Regusci, el hermano de tu abuelo ¿verdad?”. “Sí” dijo el muchacho escondiéndose detrás de la copa tallada. “Bueno: antes de que te vayas para Montevideo me gustaría contarte lo que él me recitó detrás de una de aquellas rejas que dan a la plaza la última noche que nos pudimos ver” murmuró Magdalena: “Y algunas cosas más, todavía”. Hizo una sola seña para ordenarle a la sirvienta que se llevara la televisión y a Pablo que terminara el cigarrillo. Yo desenfundé la guitarra con un poco de miedo mientras mi desconcierto se transformaba en asombro: tenía la sensación de que aquella mujer estaba despojada hasta la eternidad de palabras o gestos que no expresaran algo desnudamente puro. Sobrehumano, pensé probando la guitarra en la quietud del patio.

MAGDALENA te dijo que ya no se oían dianas pero no se besaron por segunda vez montaste en el tordillo y levantaste un brazo y saliste al galope viendo aquella silueta apoyada en las rejas como la flor lunar del sueño y la vigilia y al doblar galopando hacia la plaza grande con la guitarra en bandolera llevabas un jazmín del país prendido en la solapa y aquel silencio fúnebre que adensaba la noche del primero de año te curvaba la boca en un terco festejo que te hacía contemplar hasta con alegría la masculinidad vaciada de las casas Porque en el caserón rosado frente a la Torre del Vigía también me está esperando una mujer pensaste recordando maravilladamente la mirada sin lágrimas que te ofrendó en silencio a través de las rejas: Habían quedado de verse con Lucas en el Café y Billar de Juan Stuart pero al desembocar en la plaza no encontraste a los hombres de la divisa blanca Ya se fueron carajo pensaste enderezando sin ninguna razón hacia el Billar de Stuart donde viste al gigante que parecía esperarte en la vereda revoleando el chambergo en reconocimiento desmontaste asombrado porque lo conocías nada más que de vista y hasta tuviste miedo porque unos días atrás lo habías visto agarrar a latigazos a la media docena

de náufragos del Santander que se atrevieron a timbear justo frente a la Iglesia de la Virgen del Carmen en plena Nochebuena pero después pensaste Fue amigo de Sabino y te tranquilizó la mirada aljibosa de aquel sueco que los peones llamaban el Cristo Amarillo Mucho gusto te dijo Lucas dejó un mensaje para usted Soy Jonás Erik Jönson y te obligó a tomar la copa del estribo tranquilizándote con la noticia de que Bethencourt había telegrafiado a Montevideo para pedirle explicaciones a Batlle sobre los telegramas interceptados a Vázquez y a Ruprecht Tiene tiempo de sobra te aseguró y tomaron una caña de La Habana hablando de Sabino pero no de la guerra hasta que sugeriste lo de Magdalena y en la segunda copa empezaste a dudar escandalosamente de tu fibra guerrera y eludiste los ojos empozados del sueco que te estaban tentando a no entrar al ejército de la divisa blanca Me voy con Aparicio le dijiste de golpe Falté el año pasado pero esta vez me toca y Jonás terminó la caña y no volvió a decir una palabra hasta que desataste el tordillo-sabino Dios lo acompañe mijo murmuró con acento de gringo redomón: Al contornear la plaza mudamente apagada viste cadáveres de serpentinatas de la noche anterior bajo la bosta fresca que humeó toda la tarde entre dianas que no te horrorizaron salvo hasta ese momento en que la sucia garra de la guerra emergió para desamarrarte del amor y empujarte contra la soledad de los primeros médanos y las primeras chacras y los postes de haciendas de alambrada invisible y los pueblos de ratas desde donde zarpaban las siluetas a pie para ir con Aparicio Vamos con Aparicio le decías al tordillo que jadeaba chasqueando a contraviento Hermano le decías al caballo Estrellero varón vamos a defender la tierra con los dientes y aquel viento nocturno era una irreflexión que borraba palabras pensamientos palabras A lo mejor no hay guerra se te ocurrió soñar ya cerca de San Carlos y aflojaste las riendas antes de una cañada y el tordillo espumó los bellos contra el barro durante tanto tiempo que al final permitiste desmontar a tu cuerpo y acuclillarse en posición fetal No me quiero morir Magdalena rezaste pero quiero ser hombre y al escuchar las dianas arreciando en San Carlos te paraste amparado por la deflagración de los ojos del flete y montaste diciéndole Ahora hay que relincharle al coronel Muñoz hermanito estrellero relinchar sin cagarse y decirle Presente: Pero al llegar al pueblo ya había sonado el toque de reposo y un centinela amigo te contó que Campisteguy había citado a Bethencourt a una conferencia telefónica donde le aseguró que el país estaba en calma y le ordenó que disolviera las milicias y volviera a la capital del departamento aunque el Jefe Político le contestó que en Rocha circulaban partidas coloradas que perseguían a los nacionalistas hasta obligarlos a buscar refugio en Maldonado y el Ministro insistió con lo del país tranquilo Pero nadie es tan zonzoso terminó el centinela Estamos en batalla hasta que el general nos ordene otra cosa y vos te desinflaste y bordeaste la plaza hacia lo de tu hermano Florián que te

abrazó asombrado Pensás ir a la guerra te preguntó en la mesa Pienso dijiste vos y estuvieron callados hasta que el otro habló sin mirarte a los ojos Batlle defiende tanto las libertades cívicas como todos ustedes Yo voy por otra cosa retrucaste rabioso y escuchando berrear a un chiquilín en el fondo El campo está pudriéndose y ese Batlle no entiende un carajo del campo Pero vos sos muy joven argumentó Florián Tengo la misma edad pa pelear que pal voto compadreaste impostando la carcajada célebre de los Saravia: Muñoz te miró fijo bajo el sopor solar que entumecía la plaza en la tarde del dos Así que usté es hermano de Sabino Regusci preguntó masticando regocijadamente un habano jediondo Me honro mi coronel respondiste sin rabia al notar que un relámpago de admiración azul refrescaba los ojos del hombrecito rubio Yo no escuché hablar bien de tu hermano te dijo Pero espero que usté sea valiente como él y te alcanzó un cintillo mitad blanco y celeste que anudaste al sombrero en la casa de Lucas donde tomaron mate con rosquetes volados Lucas te vio poner el jazmín del país debajo del cintillo y recién se acordó de preguntar por ella Voy a pedir su mano dijiste sin poder espantar el rubor Y sabés si los hermanos ya se fueron con Dutra preguntó tu amigo No quiero ni saberlo contestaste agregando un salivazo verde Muñoz está en un brete dijo Lucas entonces para cambiar de tema Salió una comisión con bases pacificadoras desde Montevideo a ver al General A lo mejor no hay guerra resonaste en voz alta No sé Justo No sé me parece que quieren librarse del caudillo y acariciaba un Winchester que su padre garreó en el desarme en la Cruz en el 97 vos mirabas el rifle con simulada envidia porque no le habías hecho un miserable espacio a la idea de matar justo en ese momento sonó el toque a revista de armamento y municiones y al llegar a la plaza encontraron más hombres de los que se esperaban Somos más de quinientos dijo Lucas frotándose las manos y hay buena caballada y aquel atardecer hasta disfrutaste del carnaval tristísimo que poblaba la plaza de harapientos mezclados con policías puebleros y hasta con hacendados de cinturón repleto mientras la gurisada corría inocentemente de fogón en fogón y otro ejército blanco de mujeres flotantes desgranaba rosarios dentro y fuera del templo y sonaban acordeones mezclados con relinchos y voces que no podían cantar la vidalita heroica que rimaba con Acevedo Díaz: Esa noche empezaste a preparar el tordillo asperjado de transparencias rubias Lucas recomendó que llevaras tabaco un pedazo de queso sal y carne fiambre sin cargarte demás No voy a llevar libros porque igual se consiguen pensaste colocando la carta de Sabino que hablaba sobre Darwin dentro de una maleta Cuando termine la revolución me voy a suscribir a *La joya literaria* pa desasnarme un poco y criar hijos en forma y voy a escribir versos y a cambiar de trabajo pa que nadie me llame mocito mostacilla Florián entró a la caballeriza casi sin hacer ruido Un caballo no aguanta una guerra muchacho te advirtió dulcemente Esta va a durar poco pronosticaste a secas

Te hace falta más plata te preguntó Florián sin ganas de porfiar No gracias cobré el último sueldo el veintinueve y tenía algún ahorrito mentiste: Se abrazaron a la noche siguiente cuando se supo lo del telegrama del General Saravia que le ordenó a Muñoz marchar a Treinta y Tres por el camino a Minas evitando cualquier encuentro con el enemigo besaste a tu cuñada y a tus sobrinos al sonar el clarín que ordenaba a caballo y pensaste en tu madre muerta cuando naciste y en tu padre enterrado cuando tenías diez años y en la guitarra nacarada que te dejó Sabino al irse a Buenos Aires y que ahora abandonabas y escuchaste a Muñoz diciéndole a Zeballos Con Ruprecht acaso nos rozaremos el coronel Vergara no me preocupa mayormente el mayor peligro es Basilisio Saravia por la posición que ocupa pero pienso que podré burlarlo al amparo de la rapidez de la marcha que haremos A portarse estrellero pensaste en formación y al contornear la plaza después de haber vivado al Partido Nacional y al General Saravia y escuchar un remedo de marcha militar que hizo la banda lisa manoteaste el jazmín del país debajo del cintillo con la cara torcida en dirección al sur.

CUANDO el sueco Jonás vio pasar a la moza recortada en el oro transparente de aquella tarde de fines de abril, supo que la desgracia ya debía estar chasqueando con rumbo a Maldonado. Ahogó la sensación terminando su caña de La Habana y salió del café para sentarse a esperar en la plaza. Magdalena Tomillo no había alcanzado a verlo al pasar hacia la confitería Al siglo XX del brazo de Priscilla: iban como esculpidas bajo el triángulo negro que les velaba el rostro desde mitad de marzo. Pero si fue capaz de salir a esperarlo a la confitería fue porque la venció la desesperación, pensó Jonás nervioso. Hacían muy pocas horas que circulaban rumores de un combate librado en el Paso del Arroyo entre la División Departamental comandada por Maurente y los hombres de Muñoz que se habían separado en Nico Pérez del general Saravia. Jonás prendió la pipa. Pasó una diligencia provocando chispazos en las piedras de cuña. Pronto se van a suspender los viajes, pensó el sueco mirando con dolor los matungos huesudos salvados de la arreada. Vio filtrarse el contorno bamboleante de los caballos entre la arboleda y emerger la silueta de un jinete avanzando en dirección opuesta. Entonces me asusté. Lucas Rosso cruzó frente a la iglesia como bordeando un caserón en ruinas: su identidad carnal superó mi miopía con ese escalofriante contraluz que se les atribuye sólo a los fantasmas. Yo me había refugiado en un banco esquinero que no pudiera verse desde Al siglo XX. Me paré levantando mi chambergo con la certidumbre de estarme descubriendo frente a un redoble fúnebre. Lucas tenía las riendas con una sola mano. Debe tener un brazo entablillado, pensé. Pero después que desmontó para ofrecirme a secas su blanda mano

izquierda, vi el destrozado remo del muñón enclavado en el poncho. No intentamos reírnos. “¿Se terminó la guerra?” le pregunté flanqueándolo al cruzar la calle de manera que ella no lo pudiera ver. “Para mí está terminada” dijo Lucas saludando con un asentimiento de cabeza a algún viejo que lo reconoció. Nos sentamos al fondo del Billar. “La guerra es una mierda” dijo Lucas hiriéndome los ojos con esa brillantez desconfiada y asqueante del horror no cicatrizado. “¿La guerra o la vida?” le preguntó Jonás. “La vida es una guerra” retrucó Lucas Rosso. Jonás no dijo nada. “Justo Regusci murió hace más de un mes. Fuimos heridos en Paso del Parque” dijo el otro, recuperando algo como el orgullo. Los ojos de Jonás reflejaron un ramalazo de odio. “Pero la guerra sigue” dijo Lucas virando imperceptiblemente a la locuacidad: “El General espera conseguir municiones”. “Lo que espera es morir como les corresponde a las águilas blancas” sentenció el gringo a secas. Dos oscuras siluetas femeninas pasaron recortándose sobre los vidrios malvas. “Allá va Magdalena” dijo Jonás con voz adelgazada: “El hermano mayor murió a mitad de marzo”. Lucas se agarró el rostro durante unos segundos. “Sí: ellas son el espejo de la guerra. Después que resucites te aconsejo leer a William Makepeace Thackeray, un novelista inglés contemporáneo. Debe estar traducido al castellano”. Pero Lucas no oía. “La noche que tu amigo salió para San Carlos a incorporarse al escuadrón del coronel Muñoz me sugirió lo que tenía que hacer en caso de que pasara esto” siguió hablando Jonás: “No te preocupes, hijo. Yo frecuento la casa de la novia de Justo. Se lo voy a decir en cuanto tenga la oportunidad”. Eso me sacudió. De golpe me di cuenta de la prolijidad profesional que ostentaba la barba de Jonás Erik Jönson. Le miré el traje negro engolillado y rocé sus botines debajo de la mesa sin poderlo creer. “¿Desde cuándo se viene de la chacra pa frecuentar salvajes?” le pregunté inclinándome amenazadoramente. “Mijo, tome otra caña y quédese tranquilo” me contestó Jonás: “La última Navidad supe que yo no servía como profeta, ¿entiende? La señal más profunda que les dejé a los náufragos del Santander fueron los verdugones de los latigazos y no las ordenanzas de purificación frente a Nuestra Señora. Así que abandoné la chacra: el Inspector Camacho me había ofrecido hacía bastante tiempo la cátedra de astronomía de la sección de Secundaria anexa a la Escuela Ramírez y acepté por un tiempo. La enseñanza es gratuita, pero él me da hospedaje y me consigue alumnos de francés y de inglés. Aunque lo que yo quiero -por lealtad al oráculo- es poder ser farero. *Ahora es tuya la luz pero en silencio* me reveló la Virgen la última Navidad”. Lo miré emocionado. Carajo: un vikingo que mide dos metros y es políglota astrónomo y recorrió los mares y cree en la Virgen como los gurises, pensé un poco borracho. Me acordé de Sabino, también. “El Inspector Camacho me presentó en la casa de don Pedro Tomillo este verano” siguió explicando el sueco con su regocijante acento apaisanado: “Se lo pedí para poner directamente al tanto

de mis aspiraciones a un miembro de la Junta Económico Administrativa. Y hay posibilidad de que consiga un puesto en el equipo del nuevo faro que se está construyendo en la Isla de Lobos, frente al resto del barco donde aprendí -velando a la Virgen del Carmen- que la fe es más tremenda que todos los horrores”. Lucas se rio en silencio. “Usted recién me aseguró que ya no predicaba” murmuró entreparándose para salir. Jonás no dijo nada. Después se despidieron bajo un farol de gas de acetileno que reverdecía el viento arenoso de la plaza.

AQUELLA noche de reyes Pablo tenía once años y esperaba un milagro aunque no lo supiera. Afuera había mosquitos mezclados con luciérnagas. Pablo estuvo rascándose las picaduras de las piernas mugrientas durante mucho rato, hasta que su hermanito terminó de ponerles el pan duro a los reyes y las ollas con agua y pasto a los camellos. De golpe se apagó el rectángulo bilioso que proyectaba la puerta fiambarrera sobre el embaldosado del pequeño porche donde se amontonaba la familia las noches de verano. Pablo escuchó a su madre advertirle a Leonardo por centésima vez que le parecía casi imposible que los reyes trajeran el encargo completo, y volvió a esperanzarse. Pero cuando escuchó el Buenas noches inexplicablemente prematuro que murmuró el abuelo (mientras su madre le fregaba las piernas a Leonardo y lo obligaba a acostarse temprano entre amenazas típicas de una noche de reyes) sintió la oscuridad del porche como un presagio. Estaba por llover. Mi padre iluminó el porche con el punto rojizo de una espiral mata-mosquitos. “Estás aquí” me dijo como si no supiera. Se sentó en el sillón de mimbre del abuelo y abrió un paquete de Sinniko fino y empezó un cigarrillo con esa pose triste con que lo había encontrado recostado en la cama algunas madrugadas, de paso para el baño. Ahora también estaba en camiseta y pantalón pijama. Yo no podía aguantar el olor metafísico de la espiral.

“Hijo” me dijo al rato de fumar hamacándose: “Este año no es cachada lo que dice tu madre. No podemos comprarte una guitarra de medio concierto”. Pablo vio el pucho aterrizando al lado de las zinnias y no sintió otra cosa que un agradecimiento parálticamente silencioso por su padre sacando otro Sinniko fino. (Pero no se dio cuenta de que aquel sería el mejor -por no decir el único- recuerdo verdadero que la fiesta de reyes le dejaría en el alma.) Estuvieron callados hasta que las luciérnagas se fueron apagando entre gotas pesadas y un perfume terroso empezó a refrescar la oscuridad del porche. “Suerte” dijo mi padre: “Se precisaba lluvia”. “Es divino que llueva” comenté aguantando las ganas de llorar con las ganas

trenzadas sobre la entrepierna. Entonces a mi padre se le ocurrió ir a buscar una cerveza a la heladera y volver a contarme (como en los campamentos que hacíamos con el tío Pacho cuando yo era muy chico) la historia de los dos tíos que no pudo llegar a conocer. Se tomó un litro entero de cerveza mientras crecía la lluvia y Pablo lo oyó hablar de Sabino y de Justo como en una sesión de catequesis. Aprendió de nuevo que Sabino fue el Romeo de San Carlos que acabó por burlar los cuatro enclaustramientos impuestos a Carolina Tomillo por una aristocrática familia fernandina que encerró a la muchacha en quintas y conventos de Maldonado y de Montevideo (y hasta en un torreón de la isla Gorriti) sin poderla librar del rapto enamorado. “Un día que tengas ganas le pedís a Natacha que te cuente la historia con todos los detalles” dijo su padre inclinando el rebrillo ámbar de la botella para evitar la espuma. Después habló de Justo, el hermano menor de su padre -Florián- que cayó con Saravia a los veintidós años. “Mi padre me contaba que Sabino tenía una guitarra española toda incrustada en nácar que no pudo llevarse a Buenos Aires” dijo antes de irse a acostar: “Se la dejó en custodia al hermano menor. Justo también tocaba, y también tuvo amores con una fernandina de apellido Tomillo. Sería lindo encontrar esa guitarra - si es que todavía existe en algún sótano- y mandarla a arreglar. ¿Qué te parece, Boy?”. Yo contesté que sí, con revuelta amargura. Y esa noche soñé desenfrenadamente con la guitarra nueva que se me había escapado al borde de la lluvia.

Fue la primera mañana de reyes que Leonardo lo tuvo que despertar a él. Pablo se puso un short una camisa y un par de zapatillas, y dejó que su hermano lo aventajar entrando al comedor en slip y descalzo a romper los paquetes. Encontró una camiseta del Atenas un calzoncillo una pelota una remera y un Segovia nuevos sin poder ni reírse. Del otro lado de la estufa había un gran envoltorio que ni se atribuyó. “A ver” dijo su madre: “Me parece que ese también es tuyo, nene”. Pablo rompió el paquete y encontró la guitarra de sus antepasados: fingió un asombro extático y maravillado hasta que se dio cuenta que no quería tocarla. Parece un guitarra de carnaval, pensé: Y es demasiado chica. No puede ser gran cosa. “A ver” dijo mi padre: “El luthier montevideano que le cambió los clavijeros y le hizo algún otro arreglo dice que es una joya”. Pablo estuvo afinándola hasta la exasperación y tocó el Estudio Nro 9 de Sor y *Adelita* de Tárrega sin ganas de luchar contra el cambio de monta. Desde el espacio cinco para arriba no le cabían muy bien los dedos ni le sonaban limpios los acordes con ceja: tuvo unas ganas locas de correr a buscar la maldita Sentchordi que ahora amaría rabiosa y evanescentemente durante el tiempo infiel que ocupa una ex-amada. Después me puse a escuchar el long-play de Segovia sin poderme dar cuenta de si aquel mascarón sonaba bien o no. “No

quedaste contento” dijo mi madre al terminar el Allegretto de la Sonatina de Moreno Torroba. Yo le dije “estás loca” y recién estudié la triple franja de astros que tenía la guitarra no sólo alrededor de su labio central sino todo a lo largo de sus caderas. “Vamos a ir esta tarde a mostrársela a la tía Natacha” dijo mi padre, sin dejarse vencer.

No durmieron la siesta. Salieron en el ómnibus que Pablo tomaba cada lunes a las tres menos cuarto para ir a recibir la clase de guitarra a Punta del Este. Mi padre le sacó la funda a la Sentchordi y envolvió “la estrellera” (como empecé a llamarla desde ese momento, sin decírselo a nadie) prometiendo comprarle un estuche decente cuando tuviera plata. La llevaba él. Al arrancar el ómnibus me mostró una fotografía que había sido encontrada junto con la guitarra en un arcón del sótano de lo de tío Aparicio (o Pacho) allá en Montevideo. “Este es Sabino con la tía Natacha” dijo: “Fijate qué figura. Pensar que al poco tiempo de tomada esta foto Carolina murió tuberculosa y mi tío abuelo empezó a enloquecerse y escribió a Maldonado para que fueran a buscar a la chiquilina. Natacha tendría cinco o seis años cuando la trajeron: Carolina murió de veintinueve y Sabino de treinta, pintando frescos en un manicomio”. Pablo miró el cartón carcomido y manchado de aquella foto sepia y no le interesó. Le parecieron ridículos los pantalones que le caían bolsudamente sobre las polainas al hombre flaco y alto, y hasta le causó gracia que fuera orejudo. Habían sido retratados contra una balaustrada pintada en perspectiva como telón de fondo. El bombín y el bastón de Sabino Regusci reposaban encima de un sillón floreado que flanqueaba el enorme pedestal donde estaba parada la niña. Ella tenía un rodete un prendedor y un vestido de vieja, y abrazaba a su padre alzando la cabeza con boca de susto. El hombre de bigotes y peinado impecables (como el cuello los puños el paletó el chaleco y el plastrón enjoyado por un alfiler) tampoco sonreía. Tenía un erguido soplo de invencibilidad en los rasgos perfectos mientras rodeaba el talle de la chiquilina para semicubrirle la mano derecha. En la parte de abajo del cartón había un letrero impreso: *Mateo Ricciardi MR Buenos Aires*.

Natacha Regusci Tomillo observó aquella foto casi sin pestañear. Pablo estaba sentado sobre el gran baúl forrado con pieles de lobo que ostentaba la frase de Rimbaud bordada a grandes trazos, y veía a su padre vigilando la reacción de Natacha. “Así que la encontraron en la casa del único sobrino que nunca me visita” dijo la mujer fingiendo enojo y mostrándole el cartón al gato gris y blanco que frotaba sus piernas hacía bastante rato. “Esperá Dominique, que ya te doy la carne. Mirá mi padre, gato: un verdulero de la Boca también podía tener su conjunto paquete ¿no te

parece? Nos sacamos la foto para mandársela a tío Florián y a tío Justo a San Carlos, me contaba mamá, que no quería posar en grupo de familia desde que se murieron mis hermanos mellizos. Pero este no es papá, Dominique: vos no les hagás caso a las fotografías”. Entonces se dio vuelta y torció la cabeza sobre la guitarra que mi padre acababa de desenfundar y se escuchó el tamborilear del llanto sobre la caja incrustada de nácar. Yo crucé una larga y asustada mirada con mi padre hasta que ella se levantó una punta del batón para secar la guitarra. No dejó de llorar hasta que la pudo afinar a fondo y tocar una sarabanda de Roncalli. “Es algo milagroso” dijo: “Papá me hablaba siempre de la *estrellera* española que había comprado en un remate: fue su primer amor. Suena como esos vinos medio ajerezados, y eso que las incrustaciones le sacan resonancia. ¿A quién se le habrá ocurrido arrancarle la etiqueta del fondo?”. “¿Le decía la *estrellera*?” le pregunté, parándome de un salto. “Sí” contestó Natacha: “Y cuando se enteró que Justo había muerto peleando en la revolución dijo que iba a volver a buscar la guitarra a San Carlos”. Pablo ya no escuchaba. Tampoco razonó que un mecanismo absurdo ciegamente accesible oculta la verdad sólo hasta aquel momento en que nos conocemos frente a un espejo humano. “Cuando sepas tocar como se lo merece esta guitarra quiero que vayas a darle un concierto a Magdalena Tomillo, una tía mía que fue novia de Justo” dijo Natacha rejuveneciendo: “Vive frente a la Torre del Vigía, en el mismo caserón donde quedó esperándolo cuando él se fue a la guerra. Ahora debe tener ochenta y pico largos. Pero yo sé que va a vivir hasta que toques bien”. Entonces se despidieron. Mi padre me invitó a comer algo en un bar de Gorlero y yo supe sonriendo que había que festejar. Volví a verlo tomarse un litro de cerveza bajo la noche azul lavada por la lluvia y fumarse un Sinniko en la parada con las dos manos libres, porque ahora no dejé que nadie me llevara la *estrellera* sin fondo.

SEGUNDO

*“Yo me voy con Aparicio:
sé que otra divisa labran
tus manos, y llevarán
los varones de esta casa.*

*Yo me voy con Aparicio
pero mírame a la cara:
que lo que voy a decirte*

se dice una vez y basta”.

LOS padres de Magdalena Tomillo -don Pedro y doña Luz- volvieron al anochecer de un corto viaje de negocios a Punta del Este. Era el último día de la temporada balnearia que nos quedábamos en Las Delicias. Don Pedro estaba entusiasmado por la adquisición de tres barricas de harina cuatro pipas de vino y un cajón de pimienta en el remate de los artículos salvados del vapor inglés Wind, que naufragara una semana antes en la restinga de la Isla de Lobos. A la hora de cenar papá esperó sonriendo que nosotros rezáramos y después levantó la cuchara de plata para probar la sopa y ordenarnos comer. Don Pedro habló eufóricamente durante la comida de su tocayo Risso, el *pioneer* fundador de un balneario con proyección internacional como Punta del Este en el insignificante pueblito Ituzaingó. “Ayer de tarde también aprovechamos para ir a visitar un rato a la tía Julia” dijo mi madre: “No me gusta el castillo que mandó edificar. Parece una mezquita”. “Tampoco te hacen gracia las mujeres que se pintan los labios y usan polvo facial mientras están de luto” ironizó don Pedro. “¿Sabés lo que me dijo cuando te fuiste para la Aduana a la hora del remate?” siguió mamá enojándose: “Que Carolina va a volver en cualquier momento con algún hijo auestas para que se lo críe. Le volvió a echar toda la culpa de la muerte de Fausto y tomó tanto oporto que casi se me desparrama al salir a la puerta”. “Mi hermano se murió de fiebre tifoidea” reconoció don Pedro: “Pero a decir verdad, hay que tener mucha mala suerte para que tu única hija se escape con un loco”. “Eso está discutido tantas veces que no vale la pena que sigamos porfiando eternamente por Sabino Regusci. Dicen que el carnaval va a estar triste este año” dijo mamá para cambiar de tema. “¿Por qué?” saltó el hermano mayor de Magdalena: “¿Por qué se va a acabar la presidencia del títere de Cuestas?”. “¿Cómo te fue en el cumpleaños?” me preguntó mamá, sin prestarle atención. Magdalena se puso colorada. Pero no me animé a decir una palabra. “Si Batlle sale presidente va a respetar el pacto de La Cruz porque es un hombre honesto” dijo don Pedro sirviéndose otra copa de vino nacional de la casa Cavallo: “Se acabaron las guerras, José Luis: este va a ser el siglo del progreso”. “Batlle no va aguantar tener que consultar a este señor Saravia para tomar decisiones gubernamentales. Tiene que terminarse el feudalismo primero que la guerra, papá. Y eso lo veo difícil” le contestó mi hermano. Magdalena observó los aleteos de horror que enloquecían las rubias pestañas de Priscilla, su flamante cuñada. Traté de hacerle una guiñada para tranquilizarla, pero ella no me vio. “Basta” gritó don Pedro: “Tomate otra copita de vino blanco fresco y no pienses en la guerra”. “Papá: ¿sabe quién está empleado en el molino de lo de Cavallo?” dijo mi hermano César: “El hermano menor de Sabino

Regusci. Y parece que también es blanco como queso'e bagual". Magdalena Tomillo pidió permiso para retirarse. Me fui a sentar al ángulo de la veranda donde había visto levantarse la luna aquella tarde, reviviendo el lancero de la noche anterior igual que si lo dieran en un cinematógrafo. Magdalena volvió a danzar el vis a vis de la media cadena con la domesticada vergüenza de una niña de veinticinco años frente a un mozo menor, aunque cuando subió los ojos por segunda vez -al cambiar los saludos- tuvo la sensación de ver relampaguear algo como la libertad en los ojos de Justo. Por supuesto que yo no tenía idea de que aquel era el hermano de Sabino Regusci. Durante el molinete las visitas y la última cadena se dejó transportar hacia la plenitud de la revelación. Y al terminar la danza y anunciarse el final del cumpleaños porque venía tormenta -entre las airadas protestas de los bailarines- vi que él se me acercaba y eché a mi chaperona. El muchacho anunció su linaje montesco con inocencia eufórica: Magdalena bajó la cabeza adornada por fragantes jazmines del país cuando escuchó su nombre. "Mejor que le pregunte a la dueña de casa quién soy yo" murmuré subiéndome el vestido sin el menor cuidado para salir del patio. (Porque no tenía miedo de que Justo Regusci vichara sus tobillos.) "El domingo que viene hay retreta. Viene la banda lisa de Punta del este. Podríamos encontrarnos" me pidió desde atrás. "Nosotros veraneamos en el chalet de Las Delicias hasta fines de enero. Nos vamos este sábado" contestó Magdalena girando suavemente hacia un medio perfil: "Pero podemos vernos durante el carnaval, si es que usted no desdeña la plaza San Fernando". Y me escapé corriendo. Esa noche llovió y al otro día la muchacha no pudo darse el último baño marino y esperó en la veranda que subiera la luna y llegaran sus padres sin temor al estigma. Soy una Capuleto, pensaba descubriendo que después de quince años me gustaba vivir en Maldonado y que amaba a aquel pueblo tapado por los médanos como a mis espejismos de Montevideo. Doña Luz se paró detrás de la muchacha con una cucharita y el frasco de elixir digestivo de pepsina, aunque no lo destapó. "Te enamoraste del hermano de Sabino Regusci" me dijo: "Y creés que es un pecado. Pero yo te prometo que si es hombre cabal no precisa raptarte de esta casa, hija. Estás en libertad de formar tu familia como Dios te lo indique". "¿Y la guerra, mamá?" preguntó Magdalena. "La guerra no es más larga que el amor, Magdalena. Me lo decía mi madre" dijo mi madre y desapareció. Entonces la muchacha flotó desmelenadamente en una sosegada felicidad sin tiempo hasta los campanazos de la medianoche.

La tarde del entierro del carnaval -postergado por Juan José Muñoz para el 8 de marzo, debido a las elecciones presidenciales del domingo anterior-

Lucas Rosso se vino especialmente desde San Carlos para entregarle a Justo una carta de Sabino. (1)

(1) *Querido Justo la noche que nacieron los mellizos no me dejaron quedar en el hospital yo estaba con Natacha que apenas caminaba y tomamos un tranvía para el centro y de repente se me ocurrió meterme a ver una orquesta sinfónica y desde el gallinero del teatro escuché la Misa Brevis IK 220 de Wolfgang Amadeo Mozart Die Sostznnesse según decía el programa y vi a la humanidad peleando por entrar en el rayo del Faro dentro de un escenario si alguna vez llegás a ir a Montevideo no te olvides de ver una orquesta sinfónica Darwin tenía razón y la Iglesia no entiende que lo único que Darwin no llegó a concebir fue la forma final del animal humano y escuchando cantar a la soprano ungida por los focos eléctricos y ver piafar al hombre que tenía la batuta para ordenar los vuelos del coro y los violines lloré de admiración con Natacha dormida entre los brazos y al salir a la calle empecé a caminar porque ya había pasado el último tranvía que iba para la Boca cuánto tiempo tardaron los pescados en saltar a la tierra le preguntaba a Wolfgang Amadeo y cuánto tiempo más necesitó la vida para que a este animal con cuello almidonado le naciera el instinto de conservación que lo clavó al madero y empezara a imponerse la Palabra por la ley del más puro cuánto tiempo nos faltara señora luna cuánto la Boca estaba lejos y me emperreé en llegar sin permitirme un alto Natacha iba tosiendo y yo me descarné y al llegar al Riachuelo iba como flotando hasta que nos metimos en nuestra única pieza y la acosté a Natacha al lado mío y pensé en Carolina y en los dos hijos nuevos y entendí que la vida era justa a pesar de las crucifixiones Die Sostznnesse Die Sostznnesse repetí sin saber lo que quería decir y recé prometiendo vivir todas las horas al servicio del faro eternamente. S.*

Yo me había disfrazado de pirata y desfilé integrando la comparsa que se llevó la palma: *Los locos de 1903*. Lucas llegó a la plaza cuando el corso venía de recorrer el pueblo con un fragor de cohetes y pistones que terminó por darle dolor de cabeza. Atrás nuestro venían entremezclando marchas *Las niñas uruguayas El nudo gordiano y La prole del negro Timoteo*, además de las mascaritas sueltas que no tenían problema en violar el edicto firmado por Muñoz donde se había prohibido arrojar a los transeúntes agua o polvo o cualquier otra sustancia del modo que fuera. Lucas cruzó al Billar de Juan Stuart a despejarse con una cerveza y averiguar si Justo desfilaba en alguna comparsa. La señorita Jazmín del País -como la bauticé la noche del lancero, antes de averiguar su verdadero nombre- seguía el corso en un carruaje adornado: no llevaba disfraz. Cuando Lucas se espumó los bigotes

con la cuarta cerveza osciló umbrosamente entre la melancolía que lo hacía despedirse de su ardor juvenil y la rabia por ver a los desarrapados festejando el entierro de aquella tregua anual. Durante la retreta le tiré dos serpentnazos y ella me sonrió: no quiso contestarme, pero dejó las cintas de papel color cielo adornar su vestido hasta la hora del baile. Lucas siguió la marcha al compás de la música que se hizo en dirección a la residencia del Sr. González, por un trayecto iluminado con bamboleantes farolitos pendientes de miríadas de sombrillas chinescas. Esa noche bailamos la polca limpia-bancos por primera vez, abrazos y al paso de trote de zorrillo con las correspondientes corriditas y pataditas para atrás. Lucas se metió al baile y escuchó a una matrona recitar una copla que lo hizo reírse solo durante un rato largo: *Son el shotisch y polka muy airosos / si se bailan, cual saben, con decencia / si no en giros obscenos y furiosos / se estropea el pudor y la inocencia*. Magdalena se fue con doña Luz demasiado temprano, después de prometerme vernos en las retretas otoñales o en las tertulias organizadas por el Casino Uruguayo los domingos muy fríos. Entonces Lucas Rosso reconoció al pirata que levantó su brazo en la vereda y corrió y le arrancó bruscamente la máscara: fue como descuajar de un solo sacudón los siete años pasados desde la procesión de la Virgen del Carmen y encontrar reencarnado el enamoramiento de Sabino Regusci. Cuando Lucas me dio la carta de mi hermano yo le conté enseguida quién era la muchacha. El otro hinchó los ojos con incredulidad, aunque no abrió la boca. Me llevó a grupas hasta Las Delicias y al pasar por la Torre del Vigía y ver los farolitos chinescos iluminando el frente del caserón rosado, yo le conté que los habían colgado para festejar la elección de don José Batlle y Ordóñez. “¿Quién es Batlle, al final: el Marqués de las Cabriolas?” resopló Lucas Rosso. No volvimos a hablar hasta que nos bajamos en las caballerizas del molino Cavallo y acariciamos juntos mi tordillo-sabino. Lucas besó la frente del muchacho, en el momento de la despedida. Yo entré al balcón mugriento donde dormíamos la mayoría de los peones y prendí varios fósforos para releer la carta de mi hermano, escrita como siempre en papel de envolver: no la entendí del todo, pero al rato agarré la guitarra nacarada y me fui pa la playa y canté algunas décimas en homenaje al gringo que había inventado aquella Misa con título en inglés.

AL promediar el cuatro estaban acampados despachando los fiambres y amargueando cerca de un arroyo cuando cayó el bombero que confirmó la información adelantada por algunos vecinos Ruprecht los esperaba emboscado en el paraje estratégico del Cerro de los Cigarros con sus tropas de líneas reforzadas por las milicias departamentales acaudilladas por el coronel Dutra Joder con mis cuñados pensaste al estribar y al sentir

empozarse la oscuridad entre los matorrales donde sobrevolaba la majestuosidad de los cuervos girando contra el atardecer te sentiste molido habías sesteado un rato la tarde anterior para poder tranquear la noche sin problemas pero no aprovechaste ninguna de las treguas más que para cerrar los ojos resoiando la lentitud gloriosa de la escena del beso que cruzó aquellas rejas de repente Muñoz desprendió una vanguardia de doscientos hombres armados para desalojar las vanguardias avanzadas del general Ruprecht cayendo por sorpresa con el resto por un camino de contrabandistas Lucas Rosso se fue adelante con Muñoz y a vos te agarrotó la irrigación del miedo cuando sonaron los primeros tiros sobre la medianoche Deben estar muy cerca pensaste con cuidado de no desbarrancar No soy un maturrango le decías al tordillo y mientras se filtraban por las oscuridades rodantes de la sierra te mantuviste fresco hasta que ya clareando circuló la noticia de que la maniobra pudo hacerse sin bajas y que había cancha libre para seguir a Minas aunque a marcha forzada y el famoso Barbudo mentado por los veteranos del 97 te aneblinó el paisaje como una cataplasma goteando cloroformo del sombrero a las botas te rodaban las babas del sudor pesadillescamente Lo importante es seguir arriba del caballo decía una telaraña de voz en el confín combado por el vértigo Aunque eso sea imposible repechaban al trote las colinas de aquel fondo de mar evaporado en verdores caldosos cada vez que chocabas con Lucas o con otro emergías del sopor carajeando en silencio Lo importante es seguir arriba del caballo repetías recordando el bautismo de fuego Aunque eso sea imposible hubo alguna parada que duraba una ráfaga de tiempo amortajado por la sombra del poncho hasta que a media tarde te despabiló el susto cuando los alcanzó la división colorada de Minas y se cambiaron tiros en la retaguardia Ay mi culo pensaste y al zafar de los Bichos te despabiló el hambre había orden de seguir otra noche a caballo y devoraste el queso saboreando la cáscara y las fungosidades y dormiste de a ratos bajo la insobornable boya de la vigilia conjurándote a flote Al llegar a Treinta y Tres te comés una vaca y amargueás a destajo y tendés bien las garras pa dormir a lo príncipe decía la telaraña de la voz del confín mientras el Olimar rebrillaba en el abra de tu imaginación como un final de penca luchada con el ángel de repente escuchaste los relinchos humanos de la incorporación de la gente de Minas y aguantaste la marcha casi doce horas más pensando a cabezazos Lo que importa es poder empezar la patriada los mordía un retumbar de caballos salvajes Basilisio Saravia era el perseguidor Hermanito estrellero esta penca ya es nuestra le dijiste al tordillo te portaste Sabino y al nadar por el vado del Olimar nocturno se te voló el chambergo y pegaste un grito que paralizó al flete El jazmín del país aullabas manoteando el barrizal del agua chapoteada por sombras de centauros de la divisa blanca veías rodar siluetas de jinetes dormidos entre los cangrejales sin poder recular y al ganar la otra orilla y escuchar los

clarines de la entrada triunfal a Treinta y Tres tiritaste aplastado por la supersticiosa intemperie del símbolo Perdí el sombrero Lucas te quejaste al echar pie a tierra y el otro desmontó escupiendo con fiereza También perdimos hombres rezongó y taladró tus ojos de potrillo hasta largar la clásica carcajadita señalándote un anca del tordillo-sabino donde se había prendido igual que una ventosa tu chambergó sagrado: *Por orden del General en Jefe del ejército revolucionario se hace saber lo siguiente Que todo el que cometa un robo un asesinato o una tropelía con los vecinos o que se ensañe con los heridos del enemigo será pasado por las armas después de formársele un consejo de guerra* fue la Orden de Saravia del catorce de enero que te hizo gritar vivas desaforadamente para el águila blanca aunque esa noche mismo Lucas te desasnó después que fabricaron un buen camaranchón con alambres y mantas porque llovían relámpagos Parece que Muñoz es uno de los oficiales que prefería el repliegue en las Sierras de Sosa para esperar el refuerzo de Abelardo Márquez y organizarse en forma te empezó a contar mientras se atroquelaban espalda contra espalda en la tienda charrúa donde se te cansó el pescuezo de esquivar filtraciones que te roían las vértebras La Orden del Día de hoy ya estaba demostrando que el General Saravia se había confiado mucho en cuerpear a Muniz antes que le llegaran los refuerzos por tren hasta Mansavillagra seguía explicando mientras vos cabeceabas sintiendo el espinazo como una estalactita Dicen que esta mañana hubo que retirarse espantando a los Bichos con un amague a lanza porque las avanzadas no tenían municiones y todavía resulta que nos mandan venir desde la retaguardia para entramparse en Illescas seguías oyendo el denso repicar del monólogo sin darte por dormido hasta que Lucas dijo Saravia está emperrado en que las avanzadas del Tobiano son farsa y las farsas las hacen nada más que las águilas y un viborazo eléctrico te hizo ver por el hueco del camaranchón el madero partido de un poste de alambrado rechinando en la lluvia: Dormiste algunas horas hasta que la luz gris de antes de los clarines te hizo alzar la cabeza sobre el eje de las remotas vértebras acollaradas por un sisal de hielo intentaste ordenarle un movimiento a los brazos reunidos sobre la rigidez de las botas y escrutaste la atmósfera imaginando el mate y las fogatas constelando la paz de esa amargura verde y esperanzada que arde en un campamento Lo difícil va a ser prender las ramas húmedas calculabas oliendo el cojinillo Ojalá salga el sol para secar las cacharpas y empezaste a sentir abrojos en la sangre entonces se escucharon las primeras descargas perforando los flancos del alba por sorpresa y zafaste chirriando de la fetalidad y lo ayudaste a Lucas a desentumecerse los clarines aullaban ordenando a ensillar El Tobiano carajo dijo Lucas mirándote con la espantosa y dulce fijeza del adiós al restallar las órdenes A formar tiradores y Los carros de equipaje y la gente desarmada retirarse a retaguardia te chorreaba el aceite caliente del sudor sobre la costra acuosa iban

amontonándose flanqueados por manchones de caballos vacantes Esto es una batalla pensaste armando el flete para mirar atrás y ver los tiradores desplegarse en guerrillas sierra arriba entre víboras de mangueras rocosas Tiren nomás salvajes gritaste de repente y empezaste a esperar rodeado por los rostros de los desarrapados Las hordas de Saravia pensabas lagrimeando Diarios hijos de puta las hordas de Saravia son el campo con hambre señor Batlle y Ordóñez y nadie nos obliga a morir por la patria y no se peleó al ñudo en el 97 el Presidente sabe que no se peleó al ñudo porque él también peleó por libertades cívicas con frac y con discursos hasta que se las tuvo que defender el águila diarios hijos de puta te mordías el bigote borracho por el odio en la media mañana las nubes reventaban sobre cada explosión de la metralla y el sol los azufraba intermitentemente de repente rodó el rumor de la derrota mientras la División reculaba empujando los bueyes a pulmón viste un jinete blanco volar sobre un tostado y ayudar a sacar cajas de municiones de una carreta abandonada y lo reconociste antes que un veterano de la Guerra Grande levantara un penacho de voz estropajosa Viva Artigas gritaste sin saber bien por qué cuando volvía el tostado escarceándole a los vítores y Aparicio hizo girar los ojos hasta tu corazón solamente un segundo y se perdió al galope mientras vos precisabas la gravedad de un rifle Vamos a defendernos apenas haya un Winchester estrellero anunciaste sin pensar en matar: Aquella noche se acampó a tres leguas del menjunje de restos humanos y vacunos y equinos que amasó la batalla contaban amargueando que era una olla podrida de aperos kepis media botones arpilleras fusiles descompuestos Y hermanos degollados dijo Lucas tascando la bombilla ni siquiera pudieron dormir como la gente porque hubo disparadas toda la perra noche No soy un maturrango le decías al tordillo con la lengua pastosa por el sonambulismo en cada levantada donde rehacías por cábula el nudo potreador mientras el retumbar de los caballos pisoteaba las quejas de los heridos Esto es horrible Lucas le dijiste a tu amigo antes de amanecer Todo es horrible Justo no hace falta la guerra para darse cuenta de eso te contestó emponchado por el fin de la noche: Hubo marcha forzada durante tanto tiempo que perdiste el recuerdo de los degolladores Lo importante es durar con el sombrero puesto decía la telaraña de la voz del confín mientras cumplían jornadas sin comer ni dormir hasta que se cayeron sobre la paja brava de los bañados del Quebracho y veinte horas después los clarines rompieron la curación del sueño y al desendurecerte y aclimatar los ojos no encontraste al tordillo y empezaste a trotar por el estero a gritos Sabino lo llamabas No me dejes aquí te hiciste media legua entre las circunvoluciones de las águilas caracolas y el titeo sibilante de los desarrapados Cajetilla escuchabas Maturrango pueblera y no encontraste a Lucas y seguiste la marcha con el freno en la mano sin poder recordar si habías desenredado el maneador o clavado la estaca antes de zambullirte sobre la paja brava ya no le

preguntabas a nadie por el flete para no darle pasto a la burla infernal contaste treintaiún carretas con heridos además del estorbo de los caminadores Soy más lento que un buey pensaste al escuchar la defensa del Paso de Santa Rita del Yí contra los cañonazos del Tobiano y estoy mucho más solo que un buey hasta que una mañana te pareció escuchar que alguien gritaba Justo y arrastraste los huesos rumbo a las pestilente boca de una carreta donde un octogenario capitán de la urbana de Melo deliraba cegado por los bulbos violáceos de un monstruoso antifaz provocado al rodar del caballo en Illescas barajando episodios de la Tricolor y del Quebracho y del 97 bajo un vendaje añil moteado por los piojos y un chambergo blanqueado por una divisa donde se descifraba espiraladamente *Salvajes tenga pasencia que yo degüeyo con la esperensia* el capitán había perdido un hijo en la patriada que se llamaba Justo vos seguiste la marcha espantándole los tábanos y escurriéndole gotas de un pañuelo en remojo que el viejo succionaba con fruición animal diciendo Estoy contento con las alas del cuerpo hijo agarrá mi rifle y corré hasta la carpa de Diego Lamas y del Teniente Herrera a ofrecerles hospedaje cuando entremos en Melo y si podés pedile a Timoteo Aparicio permiso pa sacarme el turbante y peliar se quería desprender las vendas y vos pasaste noches trabándole las manos hasta que se amansaba murió al cruzar el Paso del Gordo y te rompiste los huesos enterrándolo y amañando una cruz con dos fusiles rotos y te sentaste al lado a velar el cadáver fresco de tu inocencia frente al amanecer pidiéndole a la vida que volviera el tordillo Que vuelva mi caballo pediste al embolsar el cinto y el facón y el chambergo del viejo para entregarlos en la ciudad blanca A mí me toca el Winchester resolviste aceitando las entrañas de acero y al rebasar el paso de la Arena de Fraile Muerto ese mismo mediodía lo viste coronar la luz de una colina Mi caballo carajo resucitaste a gritos no podían con el alma pero se abalanzaron como dos animales escuálidos y espléndidos Voy a dejarte en Melo estrellero anunciaste y te vengo a buscar en cuanto pueda hermano No soy un maturrango soy un hombre Sabino agregaste montado armado hacia vanguardia.

TAL vez exactamente el día de la sentada de Aparicio Saravia -cuando vadeara el Tacuarí con unos diez mil hombres para volver a avanzar por sorpresa sobre el campo uruguayo, mientras los gubernistas perseguían el señuelo de Basilio Muñoz (guiados por la destreza de su Grouchy tobiano) y la chistosa prensa parisina preveía el hundimiento del águila blanca en el golfo de México- Jonás Erik Jönson abandonó la chacra donde había predicado su evangelio mariano cerca de nueve años, para aceptar la cátedra de astronomía que le ofreciera el Inspector Camacho. Aquella

noche no pudo dormir. Escuchó los ronquidos de los náufragos fumándose una pipa que le avivó la brasa del remordimiento por haberlos curtido a latigazos la última Nochebuena, cuando los encontró timbeando como bestias apóstatas frente a la Casa de Nuestra Señora. La gente nos perdona, pensó lúcidamente: Pero la vida no. Se fue sin despedirse antes de amanecer, caminando a la sombra que hacían los eucaliptos bajo el brumoso brillo del estrellero. Entonces recordó. Recordó a su ex-mujer - Liv Palme, una famosa equilibrista sueca que se fue con el dueño del circo de Malmö tras el primer aborto impuesto por su profesión- y la ciencia del cielo que Erik Jönson (todavía no Jonás) abandonó enseguida para vagabundear desde los veinticinco a los veintiocho años por el resto de Europa, hasta que se cansó de buscar la verdad como a un nuevo planeta prometido a la vez por el positivismo y el París comunero. Al final me enrolé en el Ciudad de Santander tratando de pudrirme sin contagiar a nadie. En el 94, gracias a un encadenamiento de varios temporales tocamos Beirut y fuimos en carretas a conocer las ruinas de Byblos con la tripulación: ellos timbearon y se emborracharon sobre un esplendoroso anfiteatro proyectado hacia el mar, y yo me terminé de asquear de la bestialidad tirado arriba de las margaritas que escarchaban el amontonamiento de ruinas medievales y árabes y romanas y griegas y fenicias. Aquella misma tarde, sin embargo -solo en una letrina- me arrodilló el llamado. Tuve que rechazarlo como el viejo Jonás, y naufragar como él unos meses más tarde frente a la Isla de Lobos y acostarme a pasar de un sueño al otro hasta que me obligaron a velar a la Virgen del Carmen con la tripulación: ella flotó sonriendo alucinantemente en la branquia nocturna (los barcos de Lussich llegaron a buscarnos recién cuando aclaraba) y yo me enamoré del equilibrio heroico de la esfinge evangélica, y acabé predicándolo hasta el desequilibrio.

El sueco se sentó en la plaza San Fernando después de haber gastado casi todo el jornal mandándose a hacer un traje negro y botines de medida. Había almorzado fuerte -y caminado mucho- y tomado más vino del que necesitaba su fatigada soledad carnal: tenía cuarenta y cinco años y hacía cerca de quince que se enclaustraba en una castidad sólo maravillosa al no olvidar a Liv. En Londres y en París tuvo alguna mujer por una sola noche y entendió para siempre que la fornicación se paga con las rentas de recuerdos sagrados. Al rato fue al café para comprar un diario, pero apenas leyó los titulares que anunciaban el desbande total del ejército blanco vio a don Pedro Tomillo entrar al templo flanqueado por las dos mujeres. A don Pedro Tomillo y a su esposa los conocía de vista: a Magdalena no. Jonás volvió a mirar los titulares con incredulidad y se acordó de Justo y cruzó el empedrado a las zancadas. Cuando yo me di cuenta -con el rabo del ojo- de

quién era aquel hombre, me dio un poco de miedo. Había acabado de hincarme para agradecerle al Señor el final de la guerra y pedir por mis hijos (y también por el novio de la nena, no me importa decirlo) cuando escuché las botas y vi al gringo parado al final de la fila. Quise hacerle una seña a Magdalena pero me dio vergüenza interrumpir el Credo. Yo nunca lo había visto, pero conocía bien las descripciones hechas por los vecinos desde los tiempos de la procesión hasta el último escándalo que armó frente a la iglesia. Fui torciendo la cara disimuladamente y le vi las bombachas y el poncho (y el sombrero colgándole en la mano izquierda) tan remendados y llenos de barro que me dio cortedad. Era tan alto y rubio y barbudo y peludo como decía la gente: lo que yo no esperé fueron los ojos color agua de pozo puestos en Magdalena como si estuvieran mirando el altar. Doña Luz se sentó y agarró a la muchacha y empujó a su marido para salir por el pasillo izquierdo. Jonás ni se dio cuenta del pavor matronal. Magdalena Tomillo no estuvo arrodillado ni creyó haber rezado: tampoco creía ser una mujer hermosa, estoy seguro. Rezó sin comprender (ni retener a nadie) y salió de la iglesia entre un halo velado que amansó mi nostalgia definitivamente. Tengo que conseguirme un puesto de farero, pensé yendo al Billar para agarrar mis cosas y marchar a la casa del Inspector Camacho.

A los pocos días del revés gubernista en Fray Marcos el Inspector y Jonás Erik Jönson visitaron la casa de don Pedro Tomillo para ponerlo al tanto de las aspiraciones del nuevo profesor de la sección anexa a la Escuela Ramírez. Don Pedro era un admirador ferviente de la reforma vareliana y tenía una amistad casi reverencial con el maestro Dodera y el Inspector Camacho. Pero Jonás notó que estuvo casi ausente de la conversación hasta que se tocó el tema de la guerra. “Mis hijos se atascaron con Muniz en el norte” se quejó terminando el segundo jerez: “Y quedó comprobado que los saravistas no están en el Brasil como se suponía”. El Inspector lo distrajo exponiéndoles las bases de un proyecto que le iba a presentar al Dr. Abel Pérez en febrero, sobre la creación de una Escuela Agraria en el Rincón de San Rafael. “Hay que buscar la entrada de los desocupados en los actuales centros ganaderos” explicaba Camacho cuando empezó a sonar la lejanía de un piano que iluminó en secreto a Jonás Erik Jönson: “Como en los Estados Unidos y un importante número de países progresistas. Actualmente perdemos -con la ganadería extensiva- una cifra incalculable de cabezas de ganado por año nada más que por falta de pastos naturales durante las sequías, para darle un ejemplo. Y eso es imprevisión, mi amigo: si nosotros formáramos nuevas generaciones de elementos idóneos en la ganadería intensiva (gente que fuera diestra en el cultivo de forrajes artificiales, por citarle un renglón imprescindible) no solamente nuestro proletariado rural no sería una amenaza sino que se transformaría en un

auxiliar indispensable para los ganaderos”. Jonás pidió permiso, saludó y salió solo del caserón rosado. No debe ser tan fácil proyectar una Escuela Agraria mientras están pasando a degüello a los futuros alumnos, pensó al doblar la esquina jalado por el vértigo crepuscular del piano. Bach emergía en la luz anaranjada por un postigo apenas entreabierto. Entonces recordé -acercándome a la música sin delatar ni el paso de mi sombra- dos párrafos de un libro de textos daneses escogidos que leíamos con Liv cuando nos conocimos. Los recordé palabra por palabra, sin preocuparme por desenterrar el nombre del autor. *Sola, sentada al piano se encuentra una muchacha* decía uno de los párrafos: *La puerta queda entornada, de modo que se pueda encontrar sin ser visto. La que está tocando no es una “virtuosa”, porque, si lo fuera, la puerta no se habría abierto.* El otro decía así: *Y de los dedos le fluían, corrían a través de las notas, estremecimientos de una pasión tan intensa que trajeron a mi espíritu el recuerdo de la virgen Mittelil, a quien le corría la leche de los senos cuando tocaba el arpa de oro.* Jonás subió a la plaza antes que se fugara el preludio de Bach.

EL primer domingo que doña Julia trajo a Natacha desde Suelo Santo se cumplían ocho meses de la muerte de José Luis Tomillo y de Justo Regusci, y un mes y medio de la muerte de Aparicio Saravia. Yo le estaba comprando los bastoncitos a Priscilla cuando las vi bajar del carricoche abierto y meterse a la iglesia entre los dos enjambres que se formaron bajo las columnas para ver a la niña. Ya hacía varias semanas que doña Julia había desembarcado en Punta del Este con su única nieta, pero inmediatamente se encerró en Suelo Santo y mandó buscar médicos y pedagogos sin explicarle a nadie más lo que estaba pasando. “Esa nena que acaba de entrar a la iglesia es la hija de Sabino y Carolina: él pidió que la fueran a buscar a Buenos Aires cuando murió mi prima” le expliqué a mi cuñada. Magdalena contrabandé un bastón de caramelo bajo el velo enlutado de Priscilla y lo clavó en sus dientes: hacía bastante tiempo que monologaba con su cuñada loca (y babeante y golosa, a punto de parir) saboreando el absurdo igual que una venganza contra la Creación. “Podría haber sido sobrina política mía, además te sobrina segunda ¿te das cuenta?” le dije: “Y parece que no habla una palabra con nadie, aunque tía Julia jura que la oyó despedirse del padre en Buenos Aires perfectamente bien. Pero aquí no le ha hablado una palabra a nadie”. Priscilla Barnes de Tomillo se había estancado en la infantilidad de una locura lánguida después de saberse la muerte de su esposo, el día que descubrió que estaba embarazada (José Luis consiguió una licencia en febrero y no llegó a pasar más que un almuerzo breve y una siesta con ella, antes de la reincorporación al ejército gubernista): chupaba tantos caramelos que ya no hablaba más que remotas

frases en inglés. Yo la llevaba misa los domingos sin falta, con una mezcla repugnante de vanidad y lástima. Magdalena y Priscilla se sentaron muy cerca del confesionario. Yo no llegué a saber por qué seguía importándome la iglesia -el

ritual insufrible y casi no creyente de todos los domingos- hasta que vi a mi sobrina arrodillada frente al confesionario. Natacha Regusci Tomillo tenía apenas seis años esa primera mañana en que fue obligada por su abuela a llorar frente al silencio oscuro de las rejas de roble. Señor, pensé: Por algo me traías a tu casa. Vio pararse a la niña con sus ojos de pájara asperjados por una amordazada libertad azul, y evitó saludar a su tía Julia mientras pensaba: Dios y la Virgen saben que te la robaría, vieja maldita. Y fue en ese momento que por primera vez pude pensar en Justo sin odiar a la vida. Al terminar la misa doña Julia hizo el cuento del desembarco en Buenos Aires a medio vecindario -insultando a Sabino y volviendo a acusarlo abiertamente de matar a su hija- mientras Natacha parecía un esculpido ángel irreverente. Yo acompañé a mi cuñada hasta la casa y le dije al llegar: “Esa nena que viste era sobrina de él, también. Del hombre que iba a ser el padre de mis hijos”. Magdalena rozó la barriga enlutada y deforme de Priscilla antes de alzarle el velo: la irlandesa lloraba babas multicolores con el bastón a medias derretido enclavado en los dientes. “Take my doll” murmuró. Magdalena Tomillo no entendió lo que dijo, pero quedó erizada durante un rato largo. Entonces me decidí a pedirle a Mr. Barnes la custodia de su futuro nieto. El reverendo Barnes era un irlandés lóbrego que abandonó su iglesia y emigró con Priscilla a los muy pocos meses de enviudar, fácilmente imantado por un francés aventurero que hacía de cónsul móvil de la Compañía Boeth. Cuando nosotros llegamos a Maldonado Priscilla era una niña, todavía. El reverendo contrató a una ex-esclava para criar a su hija y trabajó en el mar durante casi un lustro sin perder aquel aura de orfandad de mujer y de congregación que asustaba a la gente. Le decíamos el muerto, en casa. Al fundirse la Boeth Mr. Barnes se instaló como carpintero y repechó la década trabajando en equipo con los Decaux (que restauraron el altar mayor del nuevo templo donde fue instalada la Virgen del Carmen) y observando crecer a la muchacha rubia con la nostalgia inválida de quien exhuma una fotografía. Priscilla fue la gringa más hermosa que yo he visto jamás en Maldonado. El reverendo Barnes tomaba mate de café cuando entró Magdalena a pedir la custodia de su futuro nieto. Se lo pedí sin miedo, aunque no pude levantar la vista de su barba auriblanca y pulcra y sin bigote. En los ojos del hombre hubo una explosión desorbitada que reflejó simultáneamente la incredulidad, la agresión y la paz: Mr. Barnes sonrió con horrenda dulzura y le pidió a la negra que cebara otro mate. Cuando dijo que sí -moviendo la bombilla de arriba para abajo unas cinco o seis veces- me pareció que se había vuelto un viejo, de repente. Pero no era verdad (como no era verdad que hubiese

estado muerto antes de la locura de Priscilla y tampoco después): Barnes no estaba viejo sino libre -por fin- se asumir de una vez el desafío supremo. “Al nieto te lo regalo” me dijo: “A Priscilla la vendo. Cuesto medio quintal de bastoncitos dulces”. Magdalena volvió a cruzar la plaza San Fernando mientras el carricoche que llevaba a Natacha Regusci Tomillo se recortaba sobre la intemperie de las primeras dunas batidas por el viento.

Dieciséis años antes la familia Tomillo había bajado del ferrocarril en terminal La Sierra, donde los esperaba una diligencia de La Comercial del Este para llevarlos hasta Maldonado. Cuando zanjaron la primera de las siete vertientes de las Ánimas oyendo el bambolear crujiente de la baca demasiado cargada (y escuchando el piafar chapoteador de las veintiocho patas de los mancarrones, mientras el mayoral pretendía exorcizar el desastre vociferando algo como un ritual imprecatorio) Magdalena empezó a sentir el miedo. La sierra de Las Ánimas parecía un monstruo pardo echado detrás nuestro, aunque el triángulo azul del cerro Pan de Azúcar recortado en la niebla del amanecer me hizo acordar a una postal alpina. Don Pedro recobró su euforia mercantil cuando cruzaron entre los pinares ya formados por Piria y aburrió a la familia por centésima vez haciendo el panegírico de Maldonado: aquella inexplotada promisión virreinal que no se pudo consolidar nunca -por las malditas guerras- como puerto de entrada y salida libre de productos marinos, ganaderos y agrícolas. En el corral de la primera posta había un solo caballo y el cuarteador tuvo que salir a juntar el resto de la muda: tardó tanto que me dormí en el hombro de mamá (y hasta llegué a soñar con el *Cid Campeador* del Capitán Martínez sobrevolando el Prado). Magdalena se despertó temblando. Recién me daba cuenta de que además de mi Conservatorio me faltarían los globos aerostáticos y el alumbrado eléctrico y los grandes cantantes que soñaba con ver en el teatro Solís. Después de haber vadeado la barra de la laguna del Sauce el mayoral hizo bajar a los hombres para cruzar las dunas hasta el Portezuelo. Yo saqué la cabeza y le quise preguntar a papá si tampoco iba a haber tram-ways en Maldonado, pero un chorro de arena me empantanó la boca. Magdalena empezó a entrever a los caminadores que ofrecían sus sombreros -firmemente prensados por los puños rojizos- al ataque frontal de la sudestada. “Tengo miedo, mamá” dije con el vestido encharcado de arena. “¿De qué?” le preguntó doña Luz sonriendo. La entrada a Maldonado la hicimos antes de oscurecer. Vieron los campos con carretas (y paisanos y mujeres y niños levantados del surco para hacerle un saludo al nubarrón rodante) y enseguida las quintas los rancharíos el cementerio el Molino y las torres de la iglesia inconclusa rebrillando en la póstuma llamarada solar. Yo escuchaba el aullido de los médanos sobrepuesto al oleaje lejano: era como si el pueblo estuviera emergiendo

interminablemente de una invasión salobre. Se distinguían los túmulos de construcciones semiderruidas, mientras la diligencia iba sorteando perros que apenas lloriqueaban con los ojos llorosos de hambre o de rabia. Terminamos cruzando callejones donde alguna silueta mateaba en un portal frente a inclinadas tapias coronadas de hinojo: las grietas parecían rayos petrificados. Al llegar a la plaza al vieron al carricoche del tío Fausto esperándolos para llevarlos hasta Suelo Santo. Después que nos lavamos y cambiamos de ropa en aquel palacete encolumnado -y recién edificado a una legua del pueblo, entre un enorme monte de eucaliptos no crecidos del todo- bajamos al salón, y a mí se me fue el miedo por un rato cuando mi prima Carolina me sentó en el Steinway y toqué Bach y Schumann sin pararme ni nada. Carolina era apenas cuatro mayor que Magdalena, pero tenía los ojos aterciopelados por la madurez triste de una infancia vacía. Nadie más me escuchó. Los hermanos Tomillo bebían whisky escocés sin prestarle atención tampoco a los *hors d'oeuvre*, mientras don Fausto inventariaba los adelantos conseguidos por la Compañía Boeth en el último mes: ya estaban funcionando los primeros criaderos de ostras y langostinos, y el vapor Maldonado (propiedad de la empresa) había hecho el quinto viaje para Montevideo. Tía Julia le contaba a mamá que se acababa de presentar un proyecto de un gran hotel casino estilo Montecarlo en la playa Las Delicias, conectado a la plaza San Fernando por modernos tram-ways. Doña Julia también habló de los *touristes* que de a poco empezaban a darle lustre a la región con su *charme* europeo: su encorsetada (y mustia) belleza cuarentona apestaba a lujuria. Esa noche dormimos en el palacete y escuché un rato largo -despierta por el miedo- aquel coro ventoso de los eucaliptos perfumando el balcón donde Sabino y Carolina se rozarían los labios en un pacto sagrado, como a los pocos años hicimos Justo y yo.

TERCERO

*“Sólo una cosa podría
detenerme: una palabra.
Di que me quede y me quedo,
jazmín del país, muchacha”.*

*Ella lo miró a los ojos
pero no le dijo nada:
y nada dijo después,
cuando cayó con Saravia.*

CUANDO los concesionarios de la explotación de la industria lobra consiguieron arruinar a la Compañía Boeth demostrando la merma de animales que producía el itinerario de los barcos pesqueros, los hermanos Tomillo estuvieron a punto de sufrir un infarto cada uno. Los franceses se fueron y nosotros perdimos lo invertido en acciones, y además nos quedamos enterrados acá. Lo que sobrevivió de la Compañía Boeth fue un insignificante almacigo de pinos marítimos encontrados por Enrique H. Burnett en la Isla Gorriti, con el cual inició su batalla (que duró casi un lustro) contra la invasión de los médanos. Yo recién me doy cuenta que lo que verdaderamente me importó en esos años fue la supervivencia de aquellas estratégicas -y no sé cuántas veces arrasadas- plantaciones flotantes con que el agente de la Lloyd's defendía el flanco sur de su casa pintada del color de la nuestra. Los hermanos Tomillo repecharon la década retomando el empuje legendario de Francisco Aguilar en el negocio de las importaciones y las exportaciones (empuje tan febril que antes del medio siglo se concretó la importación de una exótica flota de camellos para cargar mercadería con más agilidad a través de los médanos). Yo tuve que esperar varios meses a que me trajeran el Pleyel desde Montevideo, en uno de los barcos de la Compañía. Magdalena Tomillo era considerada un futuro prodigio por León Ribeiro y Juan Llovet, sus profesores del Conservatorio *La lira* allá en Montevideo. Pero cuando me pusieron el piano en un rincón del cuarto -para que no apestara los salones del frente con el olor a pescado podrido que le dejó la travesía- pensé: No estudio más. Al terminar los estudios de la escuela Ramírez tampoco quiso hacer los estudios de la sección Secundaria. Solamente me gustaba pasear o leer a Shakespeare o juntarnos a cambiar partituras con mi prima Carolina, que en ese entonces ya era la muchacha más hermosa del pueblo. Ni las beldades gringas -como Priscilla Barnes- despertaban mayor admiración en los dandys ingleses o porteños que cada temporada elegían retorcerse los bigotes con la gomosa sal de las playas del Este. Mi tía Julia soñaba conseguirle un partido que incorporara un apellido robustecedor a nuestra indiscutible aristocracia criolla. (Casar a la muchacha con un extranjero hubiera sido como generar anticuerpos redentores para los escapistas espejismos maternos, ironizó el doctor Bergalli una noche de tertulia en el Casino Uruguayo.) Hasta que al poco tiempo de la procesión donde se enamoraron fulminantemente Sabino y Carolina, el comisario resolvió hacerle caso a las denuncias (que a mí me resultaban aterradoras, a pesar de tener ya bien cumplidos los diecisiete años) de aquella ultramundana luz ensombrerada que langosteaba entre Punta Ballena y Suelo Santo en las noches sin luna. Sabino tropezó con los cables atados de tronco a tronco

por la policía, y no se defendió más que con la mirada cuando emergió del disfraz fantasmal: unos zancos un farol una sábana y la capelina blanca estrenada por Carolina la tarde misma de la procesión de la Virgen del Carmen. Nunca más vi a mi prima. La noche del primer escándalo Sabino fue encerrado y enseguida expulsado del departamento, aunque dejó la chacra de Punta Ballena -en donde estuvo conchabado junto con los náufragos del Santander- con una información fundamental que alguien le deslizó hasta el calabozo: el nombre del convento donde Carolina Tomillo iba a ser internada en Montevideo. En casa se contaba que el comisario llegó a simpatizar imperdonablemente con aquel carolino enajenado y para colmo blanco como güeso'e bagual. Sabino no formó parte del Ejército Nacional revolucionario en el 97: la muchacha fue internada recién a mediados de ese año en un convento montevidiano vigilado día y noche (a pesar de la leva) por el Romeo saravista licenciado de filas. Hasta que una mañana se supo en Maldonado que la tarde anterior había llegado una monjita -expulsada días atrás del convento junto con Carolina- a pedirle disculpas a tío Fausto por el encubrimiento de los recientemente desenmascarados encuentros clandestinos que tenían los amantes los domingos de noche en pleno dormitorio. Doña Julia ya estaba en Montevideo, donde compró una quinta suburbana y se encerró con la muchacha y su nodriza negra a esperar la infalible pudrición (como ella hubiera dicho, de poder formularlo) del amor insurrecto. Casi un año después nos enteramos de que Carolina fue raptada en la plaza Libertad durante su primer paseo por Dieciocho de Julio, apenas se bajó del break a tomar un respiro a la sombra de un plátano. Sabino estuvo preso unas cuantas semanas: a ella la confinaron en la isla Gorriti bajo la vigilancia de tres primos a sueldo. Pero mi tía se equivocó dejando a la nodriza comisionada para todo servicio en la torre enrejada construida durante el peor de los exilios que afrontó Maldonado. "Fue culpa de esa negra" aulló don Pedro al mediodía siguiente de la consumación del cuarto escándalo (rapto y fuga triunfales y definitivos, y casamiento en Buenos Aires a las pocas horas de desembarcar): "Ella contrabandé la carta-mapa escrita con la sangre de mi sobrina y se las arregló para hacerla llegar a las manos del loco allá en Montevideo, Ella limó las rejas, ella-". "Fue culpa del amor" le retrucó mamá. Doña Luz frenó la furibundez roja irrigada en el rostro de su esposo, con la mirada de nácar inhóspito que transparenta a los fríamente amados. Y aquella noche le prendimos dos velas en secreto a la Virgen del Carmen. Doña Julia enlutó Suelo Santo desde el hall a las últimas bohardillas y se encerró a esperar la filtración de su larga vejez entre los cortinajes, hasta que en el 98 el tifus acabó con don Fausto Tomillo durante la semana final de la epidemia. Nunca voy a olvidarme del entierro. Volaba tanta arena que el cortejo tuvo que detenerse casi a medio kilómetro del cementerio nuevo: el mismo presidente de la Junta Económico

Administrativa ofició de orador. Gorlero no habló mucho, y cuando se formó la comitiva para seguir a pie tía Julia largó un alarido y se cayó redonda arriba de nosotras. Doña Luz alzó el velo de la mujer chorreada y Magdalena pudo ver parpadear la caverna en la última mirada que su tía otorgó al féretro. Después cerró los ojos, mientras la comitiva empezaba a subir por el médano. “Ojalá que los hijos se te pudran adentro antes de salirte traidores Carolina” murmuró doña Julia con el polvo facial recamado de arena. Yo la escuchaba y miraba a los hombres perdiéndose de vista con el féretro a cuestas, y me acordaba de la diligencia donde empecé a sentir aquel miedo mortal. Magdalena observó la comitiva negra (y reluciente y empequeñecida, como una procesión de escarabajos) transitar por el filo dorado del planeta hasta ser devorada por el telón azul, y entendió que aquel vértigo incubado en un infancia no era miedo a morir. No, pensé: Fue otra cosa. No fue miedo a morir, sino a perder la vida.

El reverendo Barnes se enfermó a la semana de haberle otorgado a Magdalena la custodia de su futuro nieto. Bergalli me explicó que aquella era la primera meningitis tuberculosa que atendía en su carrera rural. Este hombre va a morir perfectamente a tiempo, reflexionó el doctor al sellar el diagnóstico: ¿Pero cómo encontró la enfermedad de golpe? Yo lo fui a visitar cuando nació Guillermo y mamá no se opuso. “No te le acerques demasiado” sugirió doña Luz incrustando el pezón hemipléjico de Priscilla Barnes en el rostro irlandés de Guillermo Tomillo. Mr. Barnes me escuchó con los ojos mojados por un turbante color azafrán que la negra empapaba cada cinco minutos. “Dame la Biblia” ordenó el reverendo torciendo la cabeza en dirección a la mesa de luz. Yo me asusté porque nunca en mi vida había visto morir a nadie. Barnes prensó la Biblia entreabriendo los ojos y le sacó de adentro un pliego polvoriento. Me lo alcanzó: lo desdoblé y encontré los diseños para la construcción de un caballito mecánico. “Decaux se lo va a hacer” explicó el reverendo: “Es un regalo mío”. Murió recién a los diez días y Rosaura (la negra) me contó en el velorio que tía Julia terminó por hacerse llevar a Suelo Santo -después de tanto médico especializado traído de Buenos Aires y de Montevideo- a la vieja nodriza ya medio paralítica, que hizo hablar enseguida a Natacha. Pero fue otra vergüenza para doña Julia. Porque lo que hacía hablar a mi sobrina era una guitarra desarrumbada del sótano por indicación expresa de la negra. (Y lo que vociferaba Natacha Regusci Tomillo era una sola frase donde se mencionaba a Carolina y a los mellizos muertos, mientras desportillaba el encordado con una exasperante arritmia machacona.) Tía Julia terminó por vender Suelo Santo y mudarse todo el año a La Torre, aunque ya resignada al estigma invencible de la chiquilina. Natacha tomó clases (de música y de todo) durante mucho tiempo con la impagable hermana María Luisa,

siempre guitarra en mano: repetía las lecciones operísticamente y después se callaba. El día que Guillermito cumplió un año mamá empezó a sentir hormigueos en los pies, y a las pocas semanas ya no tenía más fuerzas para ayudarme a cambiar a Priscilla. (La irlandesa había salido del parto con una hemiplejía que le petrificó el lado derecho de la cara: tenía una media risa arremangada bajo el párpado yerto, y el ojo izquierdo en vela hasta la eternidad.) Guillermito ya caminaba bien cuando mamá quedó paralizada, aunque de las dos piernas: ni ella ni mi cuñada podían controlar los esfínteres. Magdalena cuerpeó durante tanto tiempo la rutina infernal de cultivar al niño entre una realidad enlutada de mierda (hasta en sus pensamientos) que acabó defendiéndose mientras dormía con un bruxar histérico que le desmadejó la dentadura en menos de diez años. Nunca más fui a la iglesia. Una tarde no tuvo más remedio que sacarse una muela y abrevó en el embrujo remoto del alcohol, cuando el doctor la convidó con caña mientras iba envolviendo el vástago de hierro de la llave de Garengest con un paño empapado para no triturarle las encías. Entonces le empecé a robar botellas a mi padre. Don Pedro era un fantasma estragado por la fiebre de los mercaderes que acabó consumando después de siete décadas el espejismo oceánico (o paraíso zafra) de Punta del Este. Mi padre venía a casa nada más que para cenar y yo veía las ruinas de lo que habíamos sido en su digestión hinchada por la indiferencia, cuando chupaba un rato el habano apagado cabeceando al costado de la cama donde mamá lloraba nombrando a mis hermanos: uno muerto, otro lejos. Magdalena cruzaba la alta noche y se escurría en el cuarto de Guillermo a tomarse unas copas a oscuras, aspirando el perfume del jazmín del país como si fuera mirra derramada en los goznes de la aldaba para esperar a Justo. Me gustaba decirle que ya no podía más, solamente: que no aguantaba más. Era un rosario curda murmurado en el ámbito del sueño de Guillermo como una pasacaglia donde sobreolaban las variaciones lóbregas del exorcismo. Pero así iba aguantando. Guillermo abandonó el caballito mecánico y entró en la adolescencia embozado por la zarca maldición de su madre, que todavía engullía bastones acaramelados con la mitad de la boca. Yo tenía una sola obsesión: no dejarlo estropear por la tristeza. Desde que Magdalena no pudo emborracharse (debido al crecimiento de su sobrino-hijo) en el cuarto donde la besó Justo, consumó la secreta celebración del rito con tragos distribuidos a lo largo del día -y enjuagados por pocillos quemantes y amargos de café. A veces trasnochábamos con Guillermo, y yo tocaba un rato el piano y él volvía a hacerse repetir la historia de Natacha. Hasta que un ambarino atardecer de marzo de 1919 Magdalena lo estaba esperando en el portón de la caballeriza cuando vio aparecer su pelo calle abajo. Lo vi tirar la gorra para arriba mientras crecía trotando entre la polvareda y no pude creerlo. Magdalena sintió -frente al oro flotante del pelo del muchacho- que por primera vez en casi quince años Guillermo era

feliz. “Natacha habla” me dijo: “Habla sin la guitarra. Se lo escuché contar a uno de los cocheros de tía Julia en la plaza”. Y abrazó a Magdalena y la arrastró girando en una danza muda hasta adentro del patio. “Voy a contárselo a la abuela” dijo. Yo quedé cerca de la tina donde se habían amontonado los dos últimos pelotones de ropa encastrada, y levanté los ojos durante tanto rato que alcancé a ver salir todo el estrellero. “Esta se debe haber tomado medio litro de oporto sin respirar” le dijo la cocinera a la sirvienta acurrucada detrás de una columna de la galería a oscuras: “O alguien la habrá avisado a Guillermito -con nueve años de atraso- que pasaba un cometa”. Entonces me di cuenta que ya era capaz de cuerpear cualquier cosa sin miedo. A los cuarentaiún años y con los dientes flojos y las uñas bordeadas por una franja de excremento perpetuo, Magdalena Tomillo se abrazó al universo y humilló la cabeza. Justo, pensé al entrar: La vida está ganada.

EL primero de marzo acamparon al sur del Daymán a una legua de Paso del Parque por orden de Saravia buscando buena aguada ya que pensaban estar dos o tres días mientras Nepomuceno hostilizaba Paysandú tratando de sacar a la guarnición salteña y dejarle cancha libre al pasaje fluvial de los tres mil fusiles y el millón de cartuchos que se necesitaban para alzarse de manos y enfilarle de frente a los zumacos aquella última tarde clareó lo suficiente para soñar con secar las cacharpas se carneó de amargueó y se churrasqueó temprano mientras otros potreaban hasta que ya al oscurecer volvió Ramón Burgueño trayendo parte cierto de haber visto a vanguardia algunos enemigos sueltos durante la salida que hicieron con el general la reacción de Muñoz fue reforzar la guardia y ordenar que a medianoche estuviese la División pronta para marcha y Hoy hubo escaramuzas dijo Lucas después que armaron conciliábulo con el caballo de la rienda para fumar a medias un resto de cigarro Parece que Gutiérrez le ha dado parte al Jefe hasta el aburrimiento de que es la carne gorda del Tobiano Muniz lo que está encima nuestro con cañones y todo y el Jefe se ha emperrado con que el otro ve mal se lo dijo a Muñoz esta mañana y no aceptó el consejo de relevarlo como correspondía además hoy temprano vi pasar al galope a los recaudadores de vuelta al campamento y me asustó la cara de lobo del letrado ese Javier de Viana cuando un zarpazo de lluvia hizo chistar el pucho en la boca de Lucas y putearon a dúo y se separaron para buscar cobijo sin aflojar la rienda de los redomones que ya estaban triscando demasiado Que no se dé batalla rezaste al agacharte contra un tala raquítico hasta que se filtró la emanación del miedo Me estoy meando sin levantar la pata igual que los cuzquitos rezongaste embolsándote el badajo de la virilidad con una mano libre Por no tener cojones para poner la jeta en la

batalla eso es lo que me pasa Sabino murmuraste al sentir la erección del Winchester en bandolera como una gravidez que te impedía sentarte o arrumbarte de culo entonces recordaste a cada hermano lívido defendiendo la vida en su rincón terrestre y soltaste tu entrepierna para ver si seguía jugando bien el resorte del Winchester todavía te dolía el hombro derecho de tanto culatazo absorbido en las sobas que le dieron a Doria y a Manduquiña Carabajal los dos días anteriores a Fray Marcos nunca te dabas cuenta si matabas salvajes pero al regreso de cada jornada te rendías a dormir borracho por la pólvora y el orgullo de ser un tirador de Juan José Muñoz hasta que los clarines revolvían la resaca de faena de matadero que deja una batalla y rozabas el cintillo sin entender la guerra Lo que importa es ganar la patria Magdalena pensaste aquella noche viendo la luna llena detrás de la tormenta y cerraste los ojos para recuperar el incienso estrellado que rodeó a la muchacha mientras improvisabas la última serenata entre el insoportable clamoreo de las dianas del primero de año entonces un pináculo de carne amartillada se alzó bajo la noche donde seguías de guardia viendo aflorar de golpe imágenes del prostíbulo donde te desnudaste por primera vez a los dieciocho años doblado por el frío y evitando mirar a la mujer huesuda que fumaba en la cama se llamaba Dolores y una noche invernal te otorgó el privilegio de sacarse el corpiño y dejarte abreviar en sus ciruelas lóbregas entonces te contó secamente su vida y terminaste viendo amanecer sobre el rostro de la mujer dormida y cuando abandonaste el bajo para siempre y tuviste que darte inyecciones vegetales contra la gonorrea juraste defender la miseria del campo aunque te degollaran los tiranos de turno conseguiste el empleo en lo de Cavallo te fuiste de San Carlos y en menos de seis meses te habías enamorado del océano y en un solo lancero del verdor esmeralda de los ojos de la muchacha pálida vulnerable y purísima que hamacaba sus músculos con la delicadeza y el coraje latentes de una vara de mimbre estremecida entre su anonimato y aquel treinta de marzo le fallaste a Saravia en la demostración de Nico Pérez tenías catarro y fiebre y la respiración terriblemente corta aunque no estabas triste y cuando te sanaste ya había pasado todo y Lucas taladró tus ojos de potrillo en el próximo encuentro que tuvieron durante los festejos de honra al Patrono carolino Se te ve poco dijo y no agregó más nada pero te avergonzaste y aquella primavera no hubo excursión campestre terminada en carrera de sortijas con magistral retreta en la plaza San Fernando iluminada *a giorno* que no te recordara la epidemia jurídica del abigeato o el reparto de vacas recolectadas por Juan José Muñoz entre los estancieros para desmigajarlas en los pueblos de ratas donde desocupados y vagos y mendigos que vivían de la zafra y de la changa y la timba o la venta de pasteles en los domingos hípicas recibían la visita de emplumadas matronas que presidían la comisión de caridad del pueblo y al ver a Magdalena de blanco en la tertulia bailando unos lanceros y luego el

pericón te olvidabas de todo y corrías al ritual de cada serenata donde oías el manar de las constelaciones perfumando el embrujo carnal de la muchacha rendida en la penumbra hasta que se besaron por primera vez entre el insoportable clamoreo de las dianas de primero de año y ella apoyó sus pechos sobre tus puños agarrados a las rejas de hierro y entonces el pináculo de carne amatillada se derramó en la noche donde seguías de guardia contra el tala raquíptico y el corcoveo de la eyaculación te obligó a abrir los ojos definitivamente: Antes de amanecer el coronel Muñoz volvió a mandar a su ayudante al Cuartel General para recabar órdenes y al hacerse las ocho de una mañana oscura y lloviznosa sin que hubiese señales de Ramón Burgueño el coronel sacó la conclusión de que podía haber sido tomado por el enemigo y mandó abrir la marcha rumbo al Paso del Parque del Daymán A portarse estrellero pensaste en formación aunque ya no le hablabas al caballo de turno sino al recuerdo de la fosforecencia de los ojos del flete que te esperaba en Melo A portarse Sabino murmuraste pegando una palmada sobre la maleta donde estaba la carta de tu hermano mayor releída hasta el cansancio y recién comprendida después de eyacular frente a la luna llena que asomó para vos como un bulbo del Faro desempozado en seco del fondo de la noche A portarse varón repetiste al romper la marcha esa mañana iban de cuatro en fondo y se habían repartido cerca de unos cincuenta cartuchos por cabeza lo que no era andar mal municionados teniendo en cuenta que según Saravia sólo habría escaramuzas en vanguardia pero a poco de andar ya se oyeron los tiros detrás de la cuchilla que iban repechando Para mí que entramos en fuego le dijiste a un curtido camarada de fogón que mascaba tabaco sin prestarle atención más que a su propio miedo entonces te amoscaste y volviste a probar el resorte del Winchester bajo el poncho cribado por la garúa de nácar que casi los cegaba aunque ya al coronar la cuchilla vieron gente dispersa convergiendo hacia el paso y enseguida al centauro de Ramón Burgueño echando espuma gris por las ancas y bigotes cuando comunicó que era el ejército gubernista en pleno lo que tenían encima y apuraron la marcha y encontraron columnas enemigas desplegadas en guerrillas sobre la izquierda esperando atacarlos al pasar el río entonces el coronel Muñoz reunió a sus tiradores para salir al encuentro del enemigo y entretenerlos mientras el grueso de la División vadeaba en retirada vos te sacaste el poncho y cargaste tu Winchester viendo cómo los Bichos se replegaban en una columna a esperar el ataque y antes de que el clarín ordenara a la carga te colocaste cerca de Lucas por las dudas y los viste desplegarse otra vez en guerrillas en un orden perfecto Bichos de mierda aullaste Pelean a sueldo aullaste frente a los penachitos como cohetes de fiesta que llenaban la loma mientras el sibilante siseo del fuego fuerte te resultaba irreal hubo que replegarse casi inmediatamente al tranco y gastando un cartucho cada veinte metros hasta que cayó Lucas y volviste a buscarlo viendo crecer las

banderolas rojas de los degolladores Viva el Partido Nacional y Aparicio Saravia gritaste al apuntar para cubrir a Lucas que se te subía a grupas y tras el culatazo se derrumbó un salvaje y enseguida una suave penetración cortante te traspasó la bota Una víbora mierda le gritaste a tu amigo taloneando el caballo sin saber que la muerte ya te había envenenado relampagueantemente con un diente de plomo.

CUANDO el sueco Jonás vio a don Pedro Tomillo recortarse en el oro transparente del mediodía abrileño para entrar en la iglesia del brazo de su esposa, sintió que Magdalena debía estar esperándolo. Se levantó de un salto. Había estado sentado desde el amanecer en la plaza desierta y apelmazada de hojas amarillas que se pudrían girando sobre los polvorones arenosos. Casi no había dormido: esperó la salida del sol mateando en la cocina del Inspector Camacho prácticamente a oscuras, entre el evanescente bermellón de las brasas y el resplandor del hemisferio austral que aprendió a descifrar a bordo del Ciudad de Santander y ahora desmenuzaba sobre los pizarrones de la Escuela Ramírez. Estaba recordando a Sabino Regusci. Recordaba la noche anterior a la procesión de la Virgen del Carmen, cuando el muchacho se cobijó en la chacra de Punta Ballena junto con Lucas Rosso y Jonás le explicó que el sol era una estrella y que por lo tanto estaba condenado a apagarse: Sabino le retrucó enseguida que él no creía en esas bobadas, pero empalideció como si lo incrustaran en un vitral macabro. Apenas tuve tiempo de arrepentirme, pensó el sueco sonriendo. Porque ese mismo día lo vio resucitar detrás del moño áureo de Carolina Tomillo, arrodillado sobre uno de los bancos de la catedral enjorada por la colocación de la Virgen del Carmen. Y a las pocas semanas -cuando el muchacho abandonó San Carlos para conchabarse en la chacra de Punta Ballena- supe que era un hombre perfecto. Las últimas noticias que tenía de Sabino me las había dado Lucas Rosso el primero de año, antes de irse a la guerra. Yo me pasé toda esa tarde en el Café de Stuart, mirando con tristeza el amontonamiento de las milicias de Juan José Muñoz: había tantos borrachos zangoloteándose sobre el serpentinaje de la noche anterior, que aquello parecía un simulacro de batalla carnavalesca antes que una reunión de División del Ejército Nacional Revolucionario. Lucas apareció al atardecer y se sentó en mi mesa para esperar a Justo. “¿Se quedará en amague el alzamiento nomás, como el año pasado?” me preguntó de golpe. “No creo” le contesté: “Me parece que este señor Batlle y Ordóñez no hace pruebas dos veces”. Lucas se puso fiero. Yo pensé en la patriada del 97 -el desgarrón que me obligó a ponerme al día con la historia del pueblo donde encontré mi nombre y mi oficio legítimos- y sentí que esta guerra iba a ser tan distinta que hasta se podría hablar (dentro de

mucho tiempo) del desencuentro armado menos inevitable y a la vez más irónico que hayan desencadenado en el Uruguay dos verdaderos líderes. Lucas volvió a San Carlos con la gente del Coronel Muñoz, después de despacharme un mensaje rabioso para Justo Regusci. “Si viene por acá digalé que los indios del General Aparicio no pueden darse el lujo de esperar a que cada romántico termine su serenata de despedida” ladró sacando un patacón para pagar las cañas. “No mijo” dije: “No. Ni permito que pague ni acepto transmitir un mensaje textual y todavía grosero. A propósito: ¿qué sabe de la vida de Sabino Regusci?”. Lucas bajó los ojos. “Recibí carta suya hace un par de semanas” murmuró entreparándose para salir: “Tienen una hija mujer y perdieron unos mellizos, parece. Y hasta me da la sensación de que Carolina ha de estar tuberculosa. Pero le puedo asegurar que ellos son más felices que todo San Carlos y Maldonado juntos: basta con leer la carta para darse cuenta de eso”. “Me imagino” le dije. “La carta no se la muestro a nadie. Disculpe don Jonás” siguió porfiando Lucas. “Yo no le pedí nada” retruqué: “Suerte, mijo. Y que Dios lo acompañe”. “¿Dios?” ladró Lucas: “¿Dios?”.

Jonás cruzó al Café de Stuart con la firme intención de apurar una caña de La Habana para darse coraje. Pero después pensó: No le puedo dar una noticia de estas a una muchacha como Magdalena con olor a borracho. Entonces se le ocurrió enseñarle a Juan Stuart a preparar un grog. Cuando bajó la cara sobre la superficie del segundo grog que humeaba en el estaño, el sueco atravesó las oleadas del miedo para hacer que el reflejo de sus ojos radiantes nadara en la dulzura del té y el ron mezclados. Tuvo la sensación de bucear por el fondo silencioso y dorado de la desgracia trasmutada en gracia (era maravilloso transportar calle abajo el dolor de la muchacha: ser ella antes que ella, ser otro antes que él). Después se llevó el vaso a la mesa del rincón donde estuvo sentado con Justo Regusci el primero de año. Seguí mirando el grog y recordé al muchacho, facción por facción. Se parecía a Sabino, aunque no era tan alto ni tan iluminado. Cuando me confesó la intención de casarse con Magdalena Tomillo dijo rápidamente: “Si no vuelvo, hay testigos”. Y me miró a los ojos. Así que esa mañana dejé el segundo vaso intacto en lo de Stuart y arranqué calle abajo a las zancadas, porque ahora tenía miedo de haberme demorado mucho. Jesús veía crecer la Torre del Vigía como una cresta blanca incrustada en el mediodía abrilero mientras se iba acercando a la Plaza del Recreo. No pensó qué decir. Golpeó sólo una vez con la aldaba de bronce y esperó proyectando su sombra gigantesca en la puerta raspada por los vientos oceánicos. La llave y el pestillo se movieron despacio, pero de golpe la silueta del sueco enlutó doblemente a la muchacha (que abrió de un tirón): él se sacó el chambergo y bajó la cabeza sin hablar. Ella lo miró fijo hasta que un ramalazo de

humedad le despojó los ojos de la última esperanza. “¿Cuándo fue?” preguntó. “En la batalla de Paso del Parque” contestó Jonás: “Pero además quería decirle-”. Ella empezó a retroceder por el zaguán con las manos trenzadas: el sueco la siguió unos pasos y después se detuvo. Pobre hombre, pienso siempre: ni lo volví a mirar. Me fui corriendo al cuarto y ni siquiera alcancé a agradecerle que hubiese esperado a que mis padres no estuvieran en casa. Entonces pude tocar el piano por mi hermano y por Justo como correspondía, sin miedo a los escándalos. El sueco escuchó a Bach durante unos compases y se dio media vuelta para irse, pero Priscilla apareció en la puerta del salón con la cara chorreada por babas de colores. “Take my doll” murmuró señalándose la pequeña barriga. Jonás no pudo más y estuvo en dos zancadas (y un portazo) en la calle, ya vaciado hasta el asco del embrujo dorado de los grogs. Guerra de mierda, pensó al volver mordiéndose el bigote a la plaza San Fernando.

DIJO el muchacho a la moza: *Desde el comienzo te vi / en el sueño, en la vigilia / como un jazmín del país. / Perfume de la alta noche / pequeña flor constelada / en el patio con aljibe / y en mi corazón guardada.* Eso me lo cantó: fueron los versos más hermosos que nos cantó en los meses que nos conocimos. La ventana enrejada de Magdalena Tomillo sólo había sido visitada -hasta el momento de la aparición de Justo- por un par de galanes fernandinos que repetían los mismos estribillos en cada serenata. Me cantaron los dos esa coplita zonza donde rima el donaire con el clavel del aire y no sé que otra cosa: pero lo peor fue que cualquiera de ellos ya había desparramado la dichosa coplita por todos los balcones de las muchachas casaderas que yo conocía. Hasta que en el momento de la aparición del Romeo saravista hermano de Sabino (lo que podía considerarse como el colmo de la mala suerte, pensaba Magdalena) doña Luz ya rezaba para que su única hija no quedara soltera, y eso contribuyó a desbaratar de entrada el escándalo previsible. Mi padre y mis hermanos no me hablaron por una o dos semanas, y allí quedó la cosa. En realidad, doña Luz no hizo más que moverse socialmente con la increíble eficacia de una matrona -bienintencionada o no- que defiende un casorio. Pero yo temblé siempre por la guerra. Justo le hablaba poco a la muchacha de sus ideas políticas, aunque más de una vez ella le vio relampaguear los ojos cuando la serenata perdía el hilo melódico y él seguía recitando cuartetas o tercetos donde se entretejían las palabras libertad y justicia con los versos de amor. La última noche pasó algo parecido. “Yo me voy con Aparicio” dijo Justo de golpe: “Sé que otra divisa labran tus manos, y llevarán los varones de esta casa. Yo me voy con Aparicio, pero mírame a la cara: que lo que voy a decirte se

dice una vez y basta”. Entonces me besó. Magdalena Tomillo dejó de oír las dianas durante la fracción de tacto intemporal que los hizo reinar a cada uno por siempre en la carne del otro. Me murmuró el te quiero y enseguida agregó con los ojos cerrados: “Sólo una cosa podría detenerme: una palabra. Di que me quede y me quedó, jazmín del país, muchacha”. Magdalena sacó los pechos de la reja. De golpe me miró otra vez y me asusté, porque parecía otro. Entonces Justo fue a calmar al caballo y se volvió a plantar frente a la imagen triste que bajaba su rostro dentro de la hornacina. “Podés hablar” me dijo: “Decidite y hablá, porque me están llamando”. Ella lo miró a los ojos, pero no le dijo nada -y nada dijo después, cuando cayó con Saravia. “Adiós” murmuró Justo, tratando de besarme otra vez. “Ya no se oyen las dianas” advirtió la muchacha ofreciendo una flor en lugar de su boca a través de las rejas: “No me escribas: volvé”.

La primera vez que Magdalena habló con su sobrina Natacha habían pasado siete lustros de la guerra de 1904. Fue después del entierro de tía Julia. Magdalena Tomillo tenía sesenta años y era la mejor enfermera del hospital de San Carlos, donde empezó a trabajar al morir su padre. Se murieron los tres en pocos años: primero Priscilla, después mamá y enseguida papá. El día que la irlandesa se atoró fatalmente chupando un caramelo Guillermo cumplía la mayoría de edad y la veló con desesperación -como nos despedimos del primer animal poco menos que humano que nos enamoró. Y al volver del entierro me anunció sin preámbulos que iba a hacerse lobero. Guillermo remontó varias zafra completas en la Isla de Lobos (en aquel tiempo se hacía una sola zafra anual, desde mayo a setiembre) y perdió las falanges superiores del índice derecho y el anular izquierdo, estragados por la grasa. Pero también perdió la mirada espantosa de los primeros años, cuando se encerraba a esperar el otoño en el cuarto de arriba -donde ya había empezado a dibujar, sin comentarme nada- y al salir a la calle ponía ojos de asesino. Guillermo era querido y respetado en Lobos, aunque no tenía amigos íntimos. A mí no me contaba nunca lo que hacían en la isla, pero una vez me dijo que el farero era un astrónomo sueco que jugaba ajedrez y leía sin parar (dijo que casi todos los loberos lo trataban de loco porque de vez en cuando se pegaba unas vueltas carnero por el pasto con la misma frescura con quien sale a estirar las piernas a la plaza) y yo respiré hondo. Hasta que llegó el viaje que tuvieron que hacer a Montevideo cuando murió don Pedro en el año 34, para solucionar asuntos de la sucesión. Guillermo se hechizó con una conferencia de don Joaquín Torres-García y decidió alquilar una pieza en el puerto y quedarse a pintar: entonces yo me presenté como voluntaria en el hospital de San Carlos. La tarde que Magdalena visitó a su sobrina por

primera vez no demoraron mucho en confesarse. A veces nos reíamos, como cuando Natacha me dijo de golpe: “¿Tu cuñada y tu madre: las dos paralíticas? Me ganaste por una, tía. Aunque mi abuela Julia valía por media docena, te puedo asegurar”. (Natacha atravesó cerca de cuatro lustros engrillada a la descomposición de la vieja miasténica que se hacía maquillar desde temprano y perdía los estribos cuando el anochecer inundaba La Torre: entonces obligaba a su nieta a escuchar las versiones de un asqueroso pasado de puta que soñaba tener empecinadamente.) Yo conocía bastante bien la historia del importador francés que se comprometió con mi sobrina durante el carnaval de 1919 y la hizo recuperar el habla de repente, aunque nunca volvió del último crucero para formalizar el casamiento. Sin embargo Natacha había empezado a vestirse de luto unos cuantos años antes de la muerte de su abuela, cuando sacó la conclusión de que su hombre volvió pero fue asesinado y enterrado en la Isla de Lobos. Me lo contó esa noche, entreabriendo el baúl forrado con pieles de lobo (y bordado con una inscripción en francés) que le regaló el hombre para guardar su ajuar. Un gato gris y blanco -Dominique II- hizo una rápida sesión de equilibrista por el filo espumoso del baúl donde morían los trajes hechos para la dicha. “Otros podrán” murmuró mi sobrina: “Así decía papá. Me parece que voy a empezar a estudiar en serio la guitarra. Pero hace falta tanta fuerza para-”. “Si lo sabré” le dije. Natacha subió el rostro en la marea lunar y lloró mansamente, hasta quedar irisada por el reptar baboso de la infelicidad. Yo me acordé de Justo, como casi todas las noches en el hospital. (Magdalena Tomillo ya no se emborrachaba para aguantar el vértigo: ahora fumaba cigarrillos rubios cuando olfateaba a solas el alcohol curativo y entendía sin horror que en cada vida a oscuras agoniza todo. “La cuestión es velar” me gustaba decirle a Justo: “Porque vos no te fuiste para morir peleando contra los gubernistas. Vos te fuiste a morir peleando contra esto”.) Magdalena prendió una lámpara de pie y agarró a su sobrina por los hombros para hacerla sentar arriba del baúl: le sacó las horquillas y la volvió a peinar exactamente igual que como estaba antes. “Así hacíamos con ella cuando nos aburríamos. Con tu madre” le dije, viendo cómo se le aterciopelaban los ojos en el espejo del aparador.

CUARTO

*Dijo el muchacho a la moza:
“Desde el comienzo te vi
en el sueño, en la vigilia*

como un jazmín del país.

*Perfume de al alta noche
pequeña flor constelada
en el patio con aljibe
y en mi corazón guardada”.*

PABLO Regusci recordaba con total precisión su segundo nacimiento, aunque siempre ignoró un detalle que hilvanaba misteriosamente aquel día transcurrido diez años atrás con el de su visita a Magdalena Tomillo. Él tenía siete años. Los sesgos de aquel inolvidable viaje a Montevideo (el escorzo del ómnibus contra el amanecer y la infinitud verde de las carreteras que orillaban los cerros o se despedregaban entre hormigueos coníferos al aparecer los médanos de los nuevos balnearios) se podían confundir con cualquier otro viaje hecho a Montevideo por su padre y por él. Íbamos siempre los sábados, y llegábamos justo sobre la hora del cierre de un registro de casimires donde mi padre elegía algunos cortes para la sastrería y cruzaba a tomarse unas grapas con dos o tres empleados del registro, antes de ir a almorzar a lo de tío Aparicio. Siempre había picaditos, y Pablo disfrutaba además de un refuerzo especial de jamón y queso -aunque por sobre todo había aquella alegría que mezclaba a los hombres como en un resplandor, tras el reciente embrujo de las grapas cortadas con Campari y la decantación del espejismo del fin de semana. La primera diferencia importante fue la presencia de mi madre, aquella vez. Íbamos para un velorio. Me acuerdo que al bajarnos del ómnibus ella se separó enseguida de nosotros no sé con qué pretexto, y mi padre me puso dos dedos en un hombro para guiarme a través de los plátanos de la plaza Libertad en dirección al Sorocabana. El gran café brumoso tenía una diferencia impresionante con el boliche del registro. Estábamos sentados contra uno de los ventanales que dan a la plaza, y mi padre pidió café con leche y medialunas. Yo le pregunté enseguida qué era una medialuna y él sacó una lapicera del bolsillo y dibujó en el mármol un gajo transparente que me hizo imaginar algo no comestible. Fue como si mi padre me hubiese perfilado de golpe un claror imborrable en el cielo de la infancia. Mi madre apareció cuando ya habíamos terminado los bizcochos y no quiso comer ni tomar nada. “Recién pasé por el Palacio de la Música y vi los precios de las guitarras, nene: imposible comprártela” dijo mientras salían: “Se la vas a tener que pedir a los Reyes”. Pablo no se puso ni triste porque ahora lo aterraba la idea ya convenida de esperar que sus padres volvieran del velorio en donde iba a cuidarlo un empleado del registro que estaba de licencia. Era a la vuelta del Sorocabana: se llama Taller Torres-García.

Bajaron una escalera de dos tramos sextuplicando el eco en aquel gigantesco sótano saturado por el perfume amargo del aguarrás y el óleo. En el fondo había luz artificial, y dos hombres parados frente a una fila de piezas de cerámica. Uno era Giovanetti, el empleado del registro que le caía mejor a Pablo: un hombre casi gordo de bigotes marrones y mirada fluvial. Su padre lo abrazó y le dio la mano al otro hombre. Su madre apenas les sonrió a los dos. Entonces Giovanetti los hizo pasar a una especie de trastienda en donde funcionaba el horno y Pablo se sintió acariciado al unísono para que mirara algo que fulguraba en un rincón. Se abalanzó sobre la guitarra y encontró una tarjeta donde se hacía constar que aquel era su premio por haber salido abanderado en la escuela. Transcurrido el ritual de los besos y las exclamaciones, sus padres se escaparon a confrontar la muerte como calzando el eco de un paso acorazado. Yo me quedé recordando que a la tía Natacha no le gustaban nada las guitarras Sentchordi, aunque estuve mucho rato prensando el instrumento caderudo y dorado con un fervor sensual. También pensé que para algo servían -a fin de cuentas- los pomposos viacrucis hechos por los abanderados de la escuela en cada soporífera celebración patriótica. Los hombres terminaron de colocar las piezas en el horno y enseguida picaron una gran longaniza y tomaron un trago de un botellón etiquetado que decía Anís del Mono. El otro hombre (el Gallego, como lo llamaba Giovanetti) me ofreció longaniza y yo dejé la guitarra arriba de una silla para comer con ellos. Después me enseñaron a patear penales dándole efecto engañoso a una pelota fabricada con papel de diario, y volvieron a sentarse y a comer esperando la hornada. La lengua me picaba, pero estaba contento. Ahora aquellos dos hombres sonreían sudorosos y escrutaban el horno donde se cocinaba un trabajo amasado sin pensar en la plata. Al rato llegó otro hombre con unos cuadros abajo del brazo y se quedó embebido mirando la Sentchordi, después de haberlos saludado a todos con dulce parquedad. Se llamaba Guillermo: era rubio y muy alto, y cuando pidió permiso para agarrar la guitarra Pablo notó que le faltaba un pedazo de dedo en cada mano. Eso lo lastimó. El tal Guillermo hizo sonar unos armónicos en el espacio doce y le dijo al Gallego: “Conocés la *Canción del ladrón*, catalán?”. “No” contestó el Gallego. Guillermo hizo sonar otra vez los armónicos y volvió a colocar la guitarra en la silla. “Es una canción popular que recogió Miguel Llobet. Una belleza” dijo: “Siempre me hizo pensar que si Dios existiera vendría a ser una especie de ladrón dueño de lo que roba”. Y miró al chiquilín a los ojos rápido y hondamente. “¿Así que vas a ser guitarrista, gurí?” preguntó colocando los cuadros uno por uno contra la pared. “Sí” le contestó Pablo: “Y voy a tocar eso”.

Cuando Pablo Regusci terminó de tocar la *Canción del ladrón* eran como las once y media de la noche. Había fumado y tomado demás mientras oía los tramos zigzagueantes de la historia contada por su ya no tan remota recontraparienta. Había abierto la noche con el saltarello atribuido a Vincenzo Galilei y la *Gallarda del Rey de Dinamarca* y una giga de autor inglés anónimo, hasta que se animó a largarse con Bach y De Visée después que Magdalena recompuso el exilio de su infancia y le pidió más música. Pablo no tocó bien, aunque pifió muy poco durante la ascensión - innecesaria y prolijamente cronológica- de Sor a Villa-Lobos con la que fue contrapunteando la historia de la vieja. Recién cuando Magdalena Tomillo terminó de contar (y fumaron un último cigarrillo entre el silencio azulejado del patio y ella se despegó del labio una hebra color hierro y pidió para ver la guitarra de cerca y él transportó el instrumento recostado en la pérgola hasta el huidizo asedio de aquellos ojos de momia enamorada) necesitó tocar como si se muriera. Entonces le saqué la estrellera de las manos y dejé que aflorara la *Canción del ladrón*. Al levantar la cara volví a ver a la dama de compañía y al gato barcino flanqueando la mecedora. La empleada me preguntó si tomaba café. “Yo también tomo un poco” le pidió Magdalena. “Si usted toma no duerme” vociferó la empleada con abrupto cariño. “No importa. Porque si me desvelo releo a Shakespeare” retrucó Magdalena. Y agarró al barcino y se quedó mirándome. “La tocaste muy bien” dijo después de un rato: “Es una lástima que no te oyera Guillermo. Le gusta mucho eso”. Entonces un relámpago azufrado por el óleo me retrotrajo al sótano de la memoria y entendí para siempre que no hay casualidades, sino tramas secretas que nos pisan la espalda del alma como Eurídicés. Pablo no pudo recordar exactamente qué le había dicho Guillermo Tomillo, aunque le reprodujo a Magdalena la escena de su segundo nacimiento con total nitidez. “¿Usted cree en Dios?” le preguntó de golpe. “A veces creo que creo” contestó Magdalena volviendo a sonreír: “Pero no creo en el mundo. Cualquiera día de estos ponen a funcionar una de esas bombas horrendas y se termina todo”. Aquello me mareó. El muchacho acababa de vaciar la quinta copa de vino y cerró los ojos taponeando la náusea con los dientes mientras el triperío se le volaba por una oquedad donde un viento terrible de caballos oscuros trituraba el perfume de un jazmín del país. “Qué te pasa. Estás pálido” murmuró Magdalena, apantallándose la oreja. “Nada” le contesté. Pero pensé: Es la nada. “Voy a tener que irme porque si no pierdo el último ómnibus” atiné a gritar enfundando la guitarra. Me acerqué a la vieja extendiendo una mano para ayudarla a levantarse, pero ella se agarró a los brazos de la mecedora en señal de protesta. “Eso nunca” me dijo: “Yo me levanto sola”. No trató de pararse porque en ese momento llegaba la empleada a traernos el café. “Mejor que no te sientes” me aconsejó la vieja: “Ni vuelvas a cerrar los ojos: o va a ser peor. Tomate un cafecito como

debe tomarse: Caliente Amargo Fuerte y Escaso, y se te pasará. Yo sé por qué lo digo”. Le hice caso. Entonces Magdalena Tomillo se decidió a pararse. Fue una batalla cotidiana entre ella y su esqueleto que duró el tiempo interminablemente elástico de cualquier agonía, hasta que la mujer zafó de su sexta flexión sobre la mecedora con un crujir bronquítico y huesudo. “Ves cómo puedo” dijo al recobrar el aire: “Ahora voy a buscarte la dirección de Guillermo allá en Montevideo”. Pablo se quedó solo, respirando el hechizo indeleble de las flores que estrellaban el pozo. Magdalena volvió escoltada por la dama de compañía y el gato barcino, y le extendió una tarjeta impresa con la dirección de Guillermo Tomillo. Le había agregado una temblorosa frase de recomendación redactada sin puntos ni comas, donde le decía a su sobrino-hijo que Pablo tenía condiciones para llegar a ser un artista digno del instrumento que heredó. Caminaron del brazo hasta la puerta. Se intercambiaron el beso y el agradecimiento correspondientes, y al dar vuelta la esquina el muchacho enarboló su mano libre para gritar Adiós. Ella no podía verlo ni escucharlo (ella: aquella silueta diminuta y gibosa irradiando su sobrehumanidad en la puerta de calle) pero no se movió de su lugar hasta que Pablo desapareció para enfrentar la Torre del Vigía.

CUANDO cruzaron el Daymán junto con el coronel Muñoz y su ayudante ya había vadeado casi todo el ejército y antes de que vadearan la otra orilla los salpicó una bala de cañón que picó en unas laguna sobre la izquierda hubo otros cuatros tiros aunque sin consecuencias Es el machito nuestro dijo Lucas jadeándote en la oreja En fija que perdimos el cañón que garreamos en Fray Marcos y vaya a saber cuántas carretas del Parque estos Bichos de mierda me ensartaron el brazo A mí el tobillo izquierdo dijiste Aunque al principio parecía una mordida mientras sentías arder una segunda espuela engarfiada en la carne y el hormigear del miedo bombeado por tu estómago cuerpo arriba y abajo mientras la División se reagrupaba para tomar distancia dentro de aquel ejército en total desorden allí fue que Lussich les hizo la primera cura y los mandó seguir para no perder tiempo hasta que fueran recogidos por alguna carreta vos tenías orificio de salida y muy poca hemorragia pero el brazo de Lucas parecía desguazado por un azadón Felicitaciones los consoló Lussich Acaban de contener nada menos que al Sexto de Caballería pronto tuvieron suerte y se apelotonaron en una carreta donde fue más profunda la sensación de abrigo que el horror de encontrar un hombre desangrándose y otro regurgitando un ininterrumpido aullido con timbre de fagot y dormiste profundo hasta que el primer chucho te hizo saltar palpándote el pulso crepitante que te hinchaba las vendas Mala señal pensaste sumergido en un caldo de sudor

congelado Lucas se había dormido y los otros dos hombres apenas respiraban de repente escuchaste una voz enronquecida y aflautada y jadeante preguntando al final de un retumbar de cascos Ha visto coronel lo que pasa y agregando con furia Qué cadetada he cometido No se ofusque General y tratemos de salvar el ejército contestó el coronel Y adónde vamos ahora preguntó el General No sé dijo Muñoz Sólo voy marchando para alejarnos del enemigo Y adónde nos llevará este camino Por aquí no conozco preguntemos en aquella estancia y escuchaste el galope chapoteante de Muñoz y Saravia y volviste a palpar aquel aire siniestro que te hinchaba la pierna Esto ha de ser gangrena columbraste arreciado por un chucho solemne Doctor Lussich gritaste hasta perder la voz cuando cayó la noche sobre la retirada del Ejército Nacional Revolucionario Voy a morir nomás razonaste con incredulidad y al acampar supiste que Lussich no había vuelto de hacer la recorrida Lucas se despertó pero apenas hablaron después de recibir doble ración de agua porque los otros dos ni siquiera tragaban y escrutaron la luminosidad de un fogón culebreante que se amustió enseguida para dejarle paso a rabiosos relámpagos que explotaban como auras de magnesio sobre el hombre encharcado en sangre estropajosa y el del aullido con timbre de fagot Vamos che dijo Lucas No te va a pasar nada Te parece que lloro solamente por mí preguntaste llorando: Volvieron a marchar antes de que aclarara y Lussich se les reunió recién por el camino porque se había perdido al terminar la recorrida y tuvo que encontrar la División a la luz de los rayos durante aquellas horas en las que te amansaste balanceando tu vida sin desesperación ni furia ni esperanza Lo que importa es haber peleado por mi gente repensabas palpando cada pocos minutos la hinchazón crepitante Y haber tenido un amor de verdad: Hay que cortar la pierna lo antes posible dijo Lussich después de revisarte y vos no protestaste porque hacía demasiadas horas que estabas afiebrado ensopado achuchado lacerado y cagado y cuando te abrasaron la fetidez del buche con un farol de caña viste cómo Sabino empezaba a caminar empecinadamente por la pampa leonada del Río de la Plata con Natacha dormida colgándole de un hombro en dirección a vos mientras te serruchaban los quilómetros blandos de la pierna anteriores al hueso Hay que vadearlo igual dijo la voz del general Saravia Y no nos será posible despuntarlo o encontrar algún paso más arriba mi General le preguntó Muñoz Solamente saliendo para atrás reflexionó Aparicio Pero nos acercaríamos como a una legua y media de Muniz Creo preferiblemente eso que cruzar aquí le aconsejó Muñoz Se va ahogar mucha gente y perderemos muchas armas y esa será la más grande y verdadera derrota Muy bien dijo Aparicio buscaremos un baqueano y esperaremos la noche para operar entonces se te formó aquel rostro tan parecido al tuyo sobre la superficie interior de la herida aunque alargado y verde y con algo de lobo Este gaucho gordito se creía que era un jefe revolucionario y él mismo vio

venir las avanzadas del Tobiano y se emperrió en porfiar que eran cuatro vacas locas igual los tenía a ustedes para carne de cañón y ahora se escapará por la frontera o amañará algún pacto con Batlle y Ordóñez para seguirse forrando allá en el Cordobés decía la voz del otro Lucas gritaste Lucas entreabriendo los ojos mientras un insondable dolor te asaba vivo del muñón a la ingle pero Lucas todavía descansaba hundido en el desmayo que le provocó el corte de su brazo derecho y los otros dos hombres seguramente ya estarían bajo tierra entonces manoteaste el cintillo Y ella qué nos importa te arengaron los dientes del Otro Ella no va a pensar en vos la noche que se case imaginatelá machihembrada con otro decía Otro Pensá pero vos acezabas conteniendo los músculos de la imaginación y Sabino emergió surcando los trigales con Natacha colgándole de un hombro aunque faltaba mucho para tenerlo cerca Falta mucho pensaste Hay que aguantar pensaste y el otro sentenció Todo es horrible Justo no hace falta la guerra para darse cuenta de eso Lucas gritaste Lucas y entreabriste los ojos para verlo empozado en un claror lunar filtrado en pleno día Todavía siento el brazo Justito se quejó Vos cómo te sentís Bien ronqueaste orejeándolo con el rabo del ojo No te vas a morir pensaste Estás salvado pero más asustado que caballo en batalla y una mezcla de compasión y orgullo te obligó a levitar sobre la gusanera para ofrecer la mansa heredad del amor Hay que portarse bien muchacho murmuraste tratando de sonreír aunque un chucho solemne te desflecó la boca El General acaba de ordenar que reforcemos a Nepomuceno en la vanguardia dijo Lucas nervioso No escuché contestaste Estabas delirando dijo Lucas Por eso no escuchaste El general acaba de mandar mensajero para pedir tiradores porque parece que esta noche vamos a contramarchar por atrás del Tobiano Ya sé hermano ya sé lo interrumpiste asqueado aunque no le dijiste Me importa un real carajo esta guerra de mierda y cerraste los ojos para ver galopar el cadáver indómito de Aparicio Saravia en la línea de fuego Da lo mismo morir por Aparicio que reventar cinchando en cualquier otra cosa te consolaba el Otro rezumaba una baba verde por el hocico Morir *con* Aparicio corregiste Es lo mismo porfiaba el Otro igual todo termina en nada vos que no creés en Dios lo tendrías que saber Creo en Sabino porfiaste y de golpe lo viste volar a ras de tierra y escuchaste la tos perruna de Natacha Falta poco pensaste Hay que aguantar pensaste Pero si eso que ves no es nada más que un espejismo se rio el Otro Es un hombre murmuraste Un hombre mientras la palidez de tu hermano se instalaba jadeando sobre tu sesgo izquierdo Por qué hay que sufrir tanto Sabino preguntaste y él descargó a Natacha y te mostró las llagas de los brazos sin contestarte nada La Flor gritaste Hermano descolgame esa estrella de allá arriba y metémela en la boca y él desprendió la chispa que te sobrevolaba y la posó en tu lengua para que paladearas la blancura inmortal Hay que resucitar dijo entonces el hombre

y tu pierna volvió suavemente a su sitio aunque era de otra carne invulnerable al tiempo y al absurdo y al mundo entonces sonreíste.

CUANDO el sueco Jonás vio la vela creciendo en dirección a Lobos aquel mediodía nítido de fines de noviembre, tuvo la sensación de estar frente al milagro esperado durante tantos años. Hacía casi dos meses que estaba completamente solo en la isla -desde el fin de la zafra- y era imposible que el empleado estatal encargado de estudiar la reglamentación de las matanzas lo visitara en esa época. El sueco se sentó para prender la pipa y acechar el avance de la lancha, de espaldas a las únicas tres cruces -construidas y encaladas por él- del cementerio de la Isla de Lobos. La tarde anterior había cumplido sesenta años, y hacía cerca de quince que no bajaba a tierra. Era un confinamiento voluntario que Jonás Erik Jönson se propuso una noche estrellada y pacífica, al volver de Maldonado de hacer el relevo: de repente entendió que el verdadero autocastigo era el viaje periódico a la plaza coronada por las torres azules donde las mujercitas desplegaban sus tules bajo el viento arenoso. Y no fue una avidez simplemente sexual lo que lo trastornó. Hubo un momento en que ya al promediar la segunda copa el sueco retemblaba resoñando paseos bajo las arboledas, donde se imaginaba a sí mismo con el brazo en los hombros de mujeres veladas por la belleza triste. Era su único ensueño. Pero no pude más: la noche que me decidí a enclaustrarme aquí en la isla supe que alguna vez funcionaría un resorte milagroso y una de las mujeres mutiladas por la bestialidad desembarcaría en Lobos para que yo amparara a la esfinge evangélica, de una vez y hasta siempre. Me quedaba la isla: la pelea irrefrenable y asquerosa y fraterna entre bichos y humanos que vivían como bichos, llámense hombres o lobos. Este era mi lugar. Tenía libros de sobra y caña de La Habana contrabandeada puntualmente por el capitán Södergran, además del trabajo del faro. A veces me sentaba frente a los restos del transatlántico donde resucité y pensaba con asombro: La esperanza no es más que una amistad absurda y eterna con la vida. Y volvía a trabajar, menos muerto que vivo. Hasta que un atardecer de verano de 1922 vimos anclar un carguero muy cerca de la isla, y acercarse dos hombres con botes y ataúdes. (La zafra recién empieza en mayo, pero el Mudo Saldivia -el capataz de lobería que vive en Pan de Azúcar- había sido mandado por un par de semanas para arreglar los ranchos, como todos los años.) Los hombres que desembarcaron eran franceses y me pidieron permiso para enterrar dos camaradas de la tripulación. En el momento de empezar a cargar los ataúdes Saldivia hizo una seña y subimos por el trillo que lleva al manantial. El Mudo hizo otra seña a mitad de camino y allí los enterramos. “Dicen que acá hay un angelito desde las épocas del primer

faro” dijo mientras echábamos las últimas paladas. Y a mí se me ocurrió casi inmediatamente formar el cementerio. Ni siquiera le pude explicar a Saldivia por qué: yo tampoco sabía. En la isla había una quinta y canteros suficientes como para poder cumplir con el rito floral durante todo el año. Así que al irse el Mudo coloqué flores frescas en botellas partidas delante de cada cruz y las fui renovando una vez por semana con naturalidad, durante el resto del verano y principios del otoño. Después lo seguí haciendo -bajo estricto secreto- en épocas de zafra, hasta que Isaías Cruz me descubrió una madrugada y perdí la paciencia y terminé por contarle mi vida. Pero no prediqué, lo puedo asegurar: tampoco lo expliqué que no creía en los cementerios como santuarios fúnebres. Le contaba mi vida a un muchacho estragado por la intemperie atroz, y sentía la piedad moviéndome la boca como un músculo inmune a todo pensamiento.

Jonás no distinguió más que un par de siluetas masculinas ocupando la lancha, aunque igual agitó con alegría impasible su sombrero de paja. Esta vez ya no puede ser ella, pensé casi sabiendo que de todas maneras no debía faltar mucho para que una mujer acorralada -que terminó por ser Natacha Regusci Tomillo- lo dejara saciarse al abrigo de su belleza. El sueco reconoció a Lucas Rosso recién cuando lo tuvo a un metro de distancia, ofreciendo con firmeza la mano sobreviviente de la guerra del 4 y un desafío indomable en la mirada. No hablaron demasiado hasta empezar a asar un cordero traído por Lucas desde San Carlos, además de un paquete de libros y cinco litros de vino casero -aunque al principio tomaron lo que Jonás llamaba intrigadoramente *grog* a la *Betteredge*: una sedante mezcla de caña de La Habana con agua recién acarreada del manantial. El pescador que trajo a Lucas prefirió tomar vino. La entrada de la noche pareció hacer crecer los aullidos de los lobos, mientras el resplandor del fuego se agrandaba en el aire azul barrido por las ráfagas del faro. “No está mal” dijo Lucas mirando la bebida: “Y por qué le ha puesto ese nombre tan raro, si se puede saber?”. “Es extraño que usted pregunte eso” se burló el sueco: “Gabriel Betteredge es un inolvidable personaje de una de las novelas que me acaba de regalar: *The moonstone*”. “¿Así que la leyó?” se decepcionó Lucas. “La traducción al sueco” lo consoló Jonás: “Va a ser maravilloso releerla en el idioma original”. “Yo no domino el inglés. La compré para usted cuando pasé por Londres. Me la recomendaron y me acordé de usted. ¿También tuvo ocasión de ver pintura impresionista, por una de esas casualidades?”. “Supongo que habré visto algunos cuadros sin darles importancia, cuando estuve en París. Porque en aquel momento no los colgaban en los museos. ¿Pero qué tiene que ver una cosa con la otra?”. “El asunto es así” demoró en contestar Lucas Rosso, desnudando los dientes al terminar el grog: “Me llevó mucho tiempo -yo diría que por lo menos de

diez a quince años- aprender a vivir con el brazo inservible: un infierno considerable ¿no le parece? Al final aprendí hasta a dibujar, otra vez. Mis dibujos son duros pero dibujo igual. Quería viajar a Europa desde que era muchacho y pintábamos juntos con Sabino en San Carlos, antes de conocerlo a usted. Pero no tuve más remedio que ir después de la *guerra* ¿se da cuenta?”. Jonás lo interrumpió para acercarse al fuego a ayudar al pescador a desparramar brasas. Cuando agarró su vaso de nuevo, tenía el rostro asperjado por reflejos chorreantes”. “¿Si me doy cuenta de qué?” preguntó componiendo un alegre candor. Lucas estaba cerca de los cincuenta años y tenía poco pelo y un perfil afilado por la gravedad ósea de la desesperanza. “Usted me entiende” forzó una sonrisa: “Pero igual se lo explico, si quiere”. Después de vivir unos meses en un continente que acaba de salir de la guerra mundial, uno empieza a tener la sensación de que la mayoría de las personas que ve durante el día duerme en los cementerios y vuelve a levantarse de mañana temprano para ir a trabajar y al final de la jornada disfrutar de unos aperitivos conversando de amor o de política internacional o de manifiestos estéticos. Eso es Europa, don Jonás: cadáveres, cadáveres”. Jonás se puso serio. “Al cordero le falta” dijo arrimándose a la damajuana: “Mejor hago otro grog”. “Hasta que un día cualquiera uno se encuentra colgando en el Jardin de Luxembourg un cuadro de Monet que puede más que todo: que París y que todo” siguió Lucas jadeando: “Una mujer etérea. Una Tomillo ¿entiende?”. “Sí” murmuró Jonás. “Entonces fue que me acordé de usted. De usted y de la Virgen”. Jonás sirvió otra copa. “¿Sabe cómo murió Justo Regusci?” preguntó abruptamente Lucas Rosso: “Masticando un jazmín del país que le dio Magdalena la última noche que se vieron. “Lo llevaba prendido en la solapa” dijo el sueco: “Me acuerdo”. “Sí, pero durante la patriada lo llevó en el sombrero. Estaba delirando y de repente dijo *Por qué hay que sufrir tanto Sabino* y yo no pude ni chistar porque me había atacado una bruta tos perruna y enseguida gritó *La flor hermano descolgame esa estrella de allá arriba y metémela en la boca*. Entonces me di cuenta de lo que me pedía y me las arreglé para encontrar la flor (que estaba hecha un brujón abajo del cintillo) y ponérsela en la lengua. La masticó y murió sonriéndose. A mí siempre me quedó el consuelo de haber podido ocupar el lugar de Sabino, por lo menos”. “Quién sabe” dijo el sueco. “¿Quién sabe qué? Lo que acabo de contar es la realidad” protestó Lucas Rosso. “¿Realidad?” ironizó Jonás caricaturizando la voz de un viejito: “*Tome un poco más de grog, Mr. Franklin, y se va a reponer de la debilidad de creer en la realidad*. Eso le dijo Gabriel Betteredge a un muchacho estafado por la vieja serpiente”.

No quise discutir. Estuvimos callados hasta que crepitó el asado y comimos en paz, paladeando la ternura de la carne y el espesor fragante del harriague

casero. El vikingo habló un rato de la zafra con el pescador que me había cruzado a la isla, y después se fumó una pipa con los ojos posados en el fuego. Debía tener como sesenta años y vivía sin mujer y se pasaba meses completamente solo entre lobos y ratas, pensé: pero había conseguido ese poder constante de transfiguración que necesita un hombre para ofrecerle al resto un espejo capaz de reflejar la invencibilidad. “Si mañana se pudiera cruzar, cruzo mañana mismo” le dije de repente. “¿No se queda unos días?” me preguntó extrañado. “Disculpe, don Jonás: me olvidé de contarle que me vine casado de Europa, al final. Encontré una francesa que estaba viva. Y viuda. Ahora está por parir”. “Cristo” murmuró el sueco: “¿Y usted acá de farra?”. Se despidieron al amanecer, con muy pocas palabras y un rechinante abrazo. Cuando el sueco vio la vela dejando atrás los restos del Santander -serenamente inflada por un oro rojizo- abocinó las manos para vociferar a contraviento: “La vida no es la guerra, muchacho”. El alarido espantó a las gaviotas en la orilla y provocó una doble respuesta indescifrable para los oídos cansados de Jonás Erik Jönson. “¿Qué?” gritó Lucas: “¿Qué?”.

PABLO durmió hasta tarde, torturado por una pesadilla donde tenía que contener la orina a toda costa para no transformar su sábana en un sudario. Cuando se despertó vio a su hermano sentado en la cama de al lado, mirándolo con acumulada fijeza. Leonardo ya tenía doce años, aunque apenas entraba en la estilización adolescente: las piernas y los abrazos se le habían alargado bastante desde el verano anterior, pero su infancia humeaba sostenida por un hilo de tiempo que le aguantaba el rostro -igual que un antifaz- separado del bozo y el acné y la bobera. Pablo escondió de apuro su erección urinaria cuando su madre entró al cuarto a besarlos y a subir la persiana. “Te venía a despertar” le dijo: “Anoche terminé de hacer una valija y quiero que me digas qué precisás poner en la otra”. “Ya voy” le dije: “Andá”. Recién al volver a cerrarse la puerta me di cuenta que Leonardo tenía puesto el equipo completo del Atenas, con zapatos de fútbol y todo. “¿Y vos dormiste así?” le pregunté. “No” contestó Leonardo: “Me lo puse hace un rato”. Y después te quedaste mirándome, pensó Pablo escapándose al baño. Antes de contorsionarse para enfocar el ojo de su sexo en el water se miró en el espejo y entendió que el sentimentalismo lo iba a estar acechando durante todo el domingo como una repugnante baba de oro -un rastro de sirena- por donde revolcarse humillando al coraje. Vamos varón, pensé: Vamos con Aparicio. Su madre estaba terminando de hacer la segunda valija en el comedor. Había puesto tanta cosa que no quedó lugar para las partituras ni para el banquito de la guitarra. “Eso podés llevarlo en un bolso de mano” dijo sin darle la menor importancia.

“¿Eso?” gritó el muchacho: “¿Así que armaste dos valijas grandes como dos casas juntas y todavía viniste a preguntarme que quería poner yo -que soy el que se va- y ahora falta lugar para poner *mis* cosas?”. “No te remontes que no sos cometa” dijo su madre: “Todo esto son tus cosas. Mirá que vos te vas pero nosotros nos quedamos, mijo”. Me dio pereza tratar de entenderla. “¿Y papá?” pregunté. “A papá se le ocurrió ponerse a trabajar justo este domingo de mañana. Andá un rato con él que yo te arreglo esto” protestó suspirando. Al salir me di vuelta para observarla reordenar la ropa y mechar partituras -que quedarían planchadas o arrugadas del todo- y no sé si pensé que la abnegación ciega embellece dañinamente a la gente, aunque lo supe por primera vez. Mi padre me oyó entrar al local de la sastrería (un galpón reformado) y sonrió levantando los ojos por encima de los lentes, sin dejar de planchar. “Hola, Boy” murmuró. Aquello me tocó, porque hacía años que ya no me llamaba como al primogénito de Tarzán. “Hola, Bundolo” dije. Mi padre subió el volumen de la radio y Vivaldi estancó su flotación en el polvo del sol que moteaba la sastrería. “Hace un rato que te perdiste nada menos que el Kanon de Pachelbel” dijo dándome un mate. “Siempre me lo pierdo” rezongó Pablo, con la lengua quemada. En ese momento se proyectó la sombra de su hermano, removiendo la enredadera del ventanal. “¿Venís a hacer jueguito?” le preguntó mostrándole una pelota reglamentaria. “No jodas, Leonardo” rezongó Pablo haciendo una seña espantamoscas. Su padre volvió a alzar los ojos sonrientes, sin dejar de planchar. “Bundolo nunca falla” le dijo. Entonces el muchacho no tuvo más remedio que salir a la calle, donde jugó hasta cansarse y olvidarse que esa tarde viajaba a Montevideo.

Almorzaron tarde. Cuando su padre rezó el brindis de siempre -*Per tutti gli altri presenti e assenti*- con la copa de vino enarbolada, Pablo se sorprendió recordando a Justo y a Sabino. El domingo que viene les cuento lo de Magdalena, pensó perezoso. La sobremesa fue transportada al porche y el muchacho tocó inspirado, entre el perfume amargo de los Sinniko fino y al arcoírico esplendor de las zinnias. Su abuelo se durmió, pero Leonardo aguantó varias obras en completo silencio -cosa casi increíble- y hubo una larga aparición de su madre que lo desconcertó: sabía que había dejado de lavar la cocina para *mirarlo* tocar (porque jamás lo *escuchaba*) y pareció flotar velada por el tul verde de la fiambarrera hasta que se esfumó poco antes de la Suite en Re de Weiss. Ya estábamos todos de acuerdo en que yo tomara la Onda solo en Punta del Este -para no andar formalizando dramatismos inútiles- después de saludar a la tía Natacha. Tuvieron que ayudarme a cargar las valijas y el bolso y la guitarra hasta la carretera: mis padres se pelearon durante varias cuerdas y al final decidieron mandarme una de las valijas por Onda, al otro día. “Acordate que tu abuelo te encargó

que le consiguieras una novia joven” dijo mi madre al final de la discusión: “Y decile al tío Pacho que se largue con vos algún domingo de estos. Ya van a hacer diez años que no viene a San Carlos”. Mi padre la abrazó y yo volví a verlos rebrillar como una indivisible simbiosis submarina. Después apareció el ómnibus por la lejanía negra de la carretera, y Pablo besó primero a su hermano y enseguida a sus padres. Entonces sucedió: Leonardo pegó un salto y lo abrazó con un jadeo mojado que parecía chuparle el costado izquierdo de la camisa. Cuando se lo arrancaron de los huesos y Pablo pudo subir al ómnibus Pablo estaba asustado, aunque se distrajo viendo la imitativa euforia tarzanesca con que su padre se golpeaba el pecho: ahora todos reían. San Carlos desapareció. El muchacho prendió un cigarrillo de apuro y no pudo oír lo que le dijo el chofer al guarda con la boca torcida, apenas lo vieron sentarse: “Este gurí parece uno de los gringuitos de las películas que se van a pelear al frente de batalla”. “A lo mejor se va” retrucó el guarda riéndose.

La tía Natacha invitó a Pablo con café y oporto, y se mató de risa escuchando la receta que le había dado Magdalena Tomillo para la borrachera. El muchacho le mostró la tarjeta de recomendación escrita sin puntos ni comas y ella lo miró fijo y sentenció: “Vas a ser un artista digno del instrumento que heredaste. Pero tené cuidado, nene”. “De qué” le pregunté. “De no desesperarte demasiado” contestó tía Natacha. Tomamos otro oporto y terminamos tocando *If I fell* a dúo: en lugar de cantar en inglés hacíamos la-la-la, ella arriba y yo abajo. Ella arpegiaba la primera guitarra y yo rascaba sin dejar de mirarle los ojos. La despedida casi no existió, porque de todas maneras iban a seguirse viendo una vez por semana. Pablo repechó el declive hasta Gorlero con la guitarra a cuestas (la valija y el bolso estaban depositados en la terminal de la Onda) sintiéndose indiferentemente ajeno al corso de muchachas embellecidas por el lujo. Ahora sí tenía tiempo para fumarme un cigarrillo a solas frente a la isla Gorriti, desafiando cualquier certidumbre escandalosa. Fue contorneando las luces del puerto y bajó al muellecito enclavado en el flujo penumbroso: entonces se sentó -con las colgantes piernas gravitando hacia el Ponto- y al proteger un fósforo del viento y levantar la cara descubrió maravilladamente la flotación de Venus sobre el destino humano, como un astro guardián brillando entre el misterio. Me recordó una flor.

SUPLEMENTO PUNTAESTEÑO

(apuntes de mujer con diadema)

UNO: EL TURISMO Y LA GUERRA

1: Los tiburones las prefieren rubias

Magdalena Tomillo estaba haciendo la plancha entre el “Muelle de fierro” y la tablilla que señalaba el límite para los baños de señoras (según el Edicto del 15 / 12 / 900) cuando escuchó la gritería. Durante unos segundos permaneció con los ojos del color del océano clavados levitantemente en los fondos del cielo, y después se dio vuelta a enfrentarse con el leviatán. Era un dandy desconocido en el paraje, y la espiaba escondido sobre la reverberación -que parecía más nacarada que arenosa- de la lejanía puntaesteña.

Magdalena no se movió. El hombre la había arrancado de un ensueño erótico, y ahora se frotaba los bigotes con impasible impunidad. Ella siguió mirándolo fijo, hasta que los bucles color oro oscuro del dandy desaparecieron.

Cuando llegó a las casillas, las demás mujeres le dijeron de todo. Magdalena Tomillo se defendió como pudo y no se secó la cara durante un largo rato. “Dicen que los tiburones se enloquecen con la sangre” pensó tanteándose los latidos de su pezón izquierdo.

2: La corona de jazmines

La muchacha había conocido a su novio -Justo Regusci- exactamente un año atrás, el 27 de enero de 1903. Justo trabajaba en el molino Cavallo, y era hermano de otro Romeo saravista -Sabino- que causó legendarios estragos en su linaje familiar. El flechazo ocurrió durante un cumpleaños celebrado en un chalé vecino, donde Magdalena se presentó coronada por una diadema de jazmines del país. Alcanzó con un solo lancero para que la

muchacha se deslumbrara irreversiblemente con el oleaje de la libertad que parecía insolarle los ojos al mozo.

Ahora Justo estaba muerto o en retirada con el Ejército Nacional Revolucionario. Magdalena Tomillo se resignó a ir al cumpleaños, pero no renunció a volver a constelarse con la diadema blanca. “No parecéis hermana de dos soldados gubernistas” ironizó su padre, demasiado entusiasmado por los anuncios de la fuga de Aparicio Saravia hacia el Brasil como para enojarse en serio. “No” pensó Magdalena: “Pero parezco la novia de un poeta”.

En la fiesta encontraron al leviatán de la mañana, que había logrado alborotar a todas las mujeres con una musculosa desfachatez. Era porteño, y veraneaba en Punta del Este. El dandy no le sacó los ojos de arriba, pero Magdalena rechazó todas las invitaciones que se le hicieron para bailar. Don Pedro Tomillo estaba más que achispado por el vino de los Cavallo y terminó desparramando a los cuatro vientos las glosas satíricas que *El día* y *El diario nuevo* le dedicaban al “general jockey”. Entonces el porteño aprovechó para acercarse al grupo y reírse Saravia, hasta que señaló el peinado de Magdalena y dijo: “Me parece que esas flores se van a ruborizar en cualquier momento, señorita”. Ella palideció, entre un turbión de risotadas. “Estas flores van a ponerse rojas el día que las mojaras le mastiquen el corazón a los tiburones” casi gritó. Y se escapó corriendo.

3: El paso de los Montesco

Magdalena se sentó en la veranda con la cara bañada por la luna y recordó un esplendoroso mediodía otoñal de 1898, cuando los hermanos Diego y Gregorio Lamas desfilaron por la plaza San Fernando. Recordó que mientras los espiaba desde la azotea de la casa de una amiga, no hizo otra cosa que pensar en su prima Carolina y en Sabino Regusci. “Ahora estarán en Buenos Aires muriéndose de hambre, pero no de amor” pensó entonces.

Su madre se paró detrás suyo con una cucharita y el frasco de elixir digestivo de pepsina que jamás destapaba. “Hace un año te dije aquí mismo que la guerra no es más larga que el amor, Magdalena” murmuró. “Pero el amor te mata tanto como la guerra” retrucó la muchacha: “Y podés ir diciéndole a todo el que lo quiera saber que yo no soy ni blanca ni colorada. Yo estoy con el Espíritu. En la paz y en la guerra. Y aunque me cueste todo”.

4: El fantasma de la libertad

El 1 de febrero los Tomillo terminaron su veraneo en la bahía de Maldonado y volvieron a San Fernando sacudidos por la triunfal y fantasmal reaparición de Aparicio Saravia en Fray Marcos. Ahora volvían a correr tanto peligro las vidas de José Luis y César Tomillo -los hermanos de Magdalena alistados en el ejército gubernista- como la de Justo Regusci.

El carruaje avanzaba sobre el arenoso empedrado de la Avenida Porvenir, y Magdalena sondeaba los médanos esperando que apareciera el fulgor de los pinos porfiadamente implantados por el inglés Enrique H. Burnett. Apenas alcanzó a divisarlos, la muchacha tuvo la sensación de que coronaban la lejanía con el inapelable verdor de la verdad. “Dios mío” pidió: “Que alguna vez la vida perfume la furia libre de las Capuleto”.

5: Me sobra corazón

El caserón construido por don Pedro era muy parecido al de Burnett, y esquinaba la plaza donde se alzaba la Torre del Vigía. Priscilla Barnes de Tomillo -hija del reverendo irlandés Joshua Barnes y esposa de José Luis Tomillo- no había querido veranear en Las Delicias con su familia política, pero esa noche le pidió a Magdalena para dormir juntas.

El cuarto daba a la plaza, y una suave corriente de aire empezó a transportar el perfume de los jazmines del país que estrellaban el patio. La gringa respiraba dulcemente, y Magdalena pudo oler cómo la densidad de su hondón desflorado flotaba entreverándose con la blancura enorme de la noche. Entonces sintió hervir el verano igual que la mañana que el dandy le despedazó la carne del ensueño.

“No quiero morir virgen, carajo” jadeó saltando de la cama y abriéndose la ropa hasta incrustar los pechos en la reja. Allí se los había rozado Justo en el momento de la despedida. Y ahora la luna llena los besó.

DOS: CÉSAR FRANCK Y EL COGNAC

1: Atardecer con cognac

Desde el remozado hotel de don Pedro Risso -surgido en los galpones que la Sociedad de Pesca Boeth abandonara sobre el filo de los '90- se escrutaba un panorama otoñal crudamente dorado. Un joven dandy porteño y un empresario fernandino de melena canosa observaban el crepúsculo tomando cognac en la veranda.

“Ya está fresco” dijo el dandy: “Pero me voy a quedar a ver la última puesta de sol. Mañada zarpo temprano”. El otro sorbió un trago largo y lo mantuvo bajo la lengua, con los ojos entrecerrados. “Qué lugar maravilloso” siguió diciendo el porteño: “Me hace acordar a la Côte d’Azur. Lástima que las guerras desbarajusten todo. En enero fui a pasar unos días a Las Delicias, y los Guardias Nacionales de Maldonado empezaron a utilizar el lugar como campo de maniobras y la gente se escapó”. “No se preocupe. La guerra no va a durar mucho” chistó el viejo: “Y le puedo asegurar que de aquí a dos o tres veranos esto va a florecer del todo. En primer lugar, se va a tener que llamar Punta del este y no Pueblo Ituzaingó. Que no sigan jorobando la paciencia con las batallas gloriosas. La gloria es el progreso, mi amigo”.

El dandy se alisó los bigotes gomosos y abrió una amplia sonrisa. “El progreso y las mujeres” retrucó: “Las fernandinas son algo muy serio. Aunque un poco levantiscas. En Las Delicias conocí una muchacha simpaticante de los desarrapados de Saravia. Linda, pero bravísima”. “¿No sería Magdalena Tomillo, por casualidad?” preguntó el viejo, calentando con fruición la fragancia de la copa. El dandy torció violentamente la cabeza y el otro largó una carcajadita. “Acá se sabe todo” dijo: “Y le voy a deslizar una noticia. La señorita Magdalena Tomillo acaba de llegar al hotel, con los padres y la cuñada. El hermano mayor y el novio -que era nada menos que Justo Regusci, un carolino poeta y anarquista como güeso’e bagual- murieron en la guerra”.

El porteño terminó su cognac, prendió un cigarro y observó el sol color malvón que avioletaba los contornos de la isla Gorriti, la Punta Ballena y el Pan de Azúcar. El rebrillo oro oscuro de su rostro y sus bucles se enterneció de golpe. El viejo se paró. “Bueno” dijo: “Yo voy a ir terminando de arreglar los papeles con don Gorlero, y nos encontramos un poco antes del aperitivo”.

El dandy sonrió, sin hablar.

2: Atardecer con chupetines

Magdalena Tomillo, sus padres y su cuñada Priscilla estaban tomando el té en el salón comedor. La horizontalidad crepuscular chocaba polvorientemente contra el luto de todos. Priscilla Barnes de Tomillo había enloquecido a los pocos días de conocer la muerte de su esposo -que durante una licencia transcurrida en febrero la dejó embarazada- y ahora sólo pronunciaba frases babeantes en un inglés natal. Lo único que le interesaba era chupar bastoncitos de caramelo.

“Hoy hablé con Gorlero, mientras comíamos los *hors d'oeuvre*” dijo don Pedro, clavando una mirada ansiosa en la ventana: “Es algo fabuloso lo que piensan hacer. Antes que nada, un buen camino carretero entre Maldonado y Punta del Este. Y mientras tanto apurar las gestiones para que llegue el bendito ferrocarril. Pero además ahí afuera está el dandy argentino que conocimos en Las Delicias, decidido no solamente a invertir en la importación de pieles de lobo. Eso es historia antigua. Si ustedes supieran lo que son los planos del hotel Biarritz -que con seguridad será levantado en consorcio con capitales argentinos- se caen despatarradas. Te puedo asegurar que los porteños van a tener un Montecarlo y una Niza juntos, aquí”.

“¿Punta del Este va a ser hecha para los porteños?” preguntó Magdalena, bajándose el velo y clavando un chupetín en el hermoso rostro de su cuñada. Doña Luz Iribar de Tomillo también se bajó el velo y don Pedro quedó enfrentado a la locura infantil de la muchacha irlandesa. “I love you” le dijo Priscilla, derramando una rojiza baba acaramelada.

El hombre se paró de un salto y dio dos zancadas hasta llegar a un piano que ocupaba el rincón más desierto del galpón hotelero. “Mirá, Magdalena” gritó: “Yo no fui el irrespetuoso que se puso a tocar el piano cuando murió tu hermano. El luto es una cosa y los negocios son otra. Y eso es algo que las retobadas como vos jamás van a entender”. Doña Luz se paró y agarró al hombre de un brazo y dijo: “No grites más, por favor. Y vamos a visitar a tu cuñada de una vez, que ahí te vas a sentir en tu salsa”. Don Pedro la miró furibundo y doña Luz le sostuvo la mirada por abajo del velo.

3: Cognac y chupetines

Quince minutos después el dandy escuchó un piano en el salón comedor y se sobresaltó. El atardecer crecía como una excavación multicolor, y el caballero de Santa María del buen Aire empezó a tiritar. “No entiendo” pensó levantándose: “Bach intercaló un adagio entre un preludio y una toccata, pero si no me equivoco esto es un coral y el segundo tema amenaza con fugarse. Cristo, qué maravilla. Nunca pensé que pudieran ensamblarse un preludio, un coral y una fuga. ¿Cómo conseguirán partituras tan modernas en Maldonado?”.

Al entrar al salón vio a Magdalena Tomillo tocando de espaldas a su prima. El rostro de Priscilla fosforecía recortado sobre una ventana turquesa: parecía estar mordiendo un habano apagado. El dandy se acercó a la cocina y pidió un cognac. Una negra grandota sonrió con picardía y murmuró: “¿No lo quiere en una taza para que parezca té, como me lo pidió la pianista?”.

El hombre dijo que sí y avanzó en la penumbra sosteniendo la taza floreada. Al pasar junto a Priscilla fue detenido por una mirada infantil. “Take my doll” le pidió la irlandesa, sacándose el chupetín de la boca y señalando su pequeña barriga. El dandy cerró un momento los ojos, pero el horror le recorrió la cara hasta dejarle dos caireles colgados en los bigotes. Entonces sustituyó la taza vacía de la pianista y no se sintió un fantasma cuando ella dijo (con la voz requebrada por el falso té): “Gracias, Justo”.

Durante una fracción de eternidad, el caballero de Santa María del buen Aire se sintió un hombre puro.

1990

EPÍLOGO PARA ESCLARECER

BEATRIZ BAYCE

MORIR CON APARICIO DE HUGO GIOVANETTI VIOLA: SOLEDAD Y PRESENCIAS EN NUESTRAS COSTAS ATLÁNTICAS

(Ensayo presentado como ponencia en el Coloquio Francia-Uruguay organizado en París por La Sorbonne y la UNESCO en 1987)

Cualquier universo posible que intentemos aproximar a esta novela de retornos y recurrencias, de límites imprecisos entre la vida y la supervivencia, deberá estar fuertemente enraizado en este mundo pero invadido por otro, quizá sólo visible para *los ojos del alma*. Se trata de dos estados de la existencia intercomunicados por la palabra, la música y el amor.

Para afirmar su punto de partida que se apoya en la realidad terrena, Hugo Giovanetti Viola precede su relato de un cuadro genealógico preciso de los personajes de la novela, para luego, al entrelazar sus historias, mezclar y cortar los tiempos, desvanecer la individuación de los fenómenos: “Únicamente a estos se aplican las nociones de duración y de fin” (1). De esta manera, en una primera instancia, se recompone y se *juega* el universo de la *filosofía inmanente* de Schopenhauer, para quien es posible colocarse en un punto de vista que excluya el tiempo y sostenga la validez de las esencias (2).

Diversas historias podrían desglosarse como demostración de que la propia trama de la novela está tejida por hechos y fenómenos pasajeros de una *esencia indestructible*, que no termina con la muerte individual. Algo perdura en la renovación constante de las cosas (los objetos y los seres), como por ejemplo:

- la luz simbólica del *faro*, “eterna”, “silenciosa”, mantenida por sucesivos cuidadores de la Isla de Lobos;
- la *guitarra*, la “estrellera” española con incrustaciones de nácar, que reaparece y vuelve a sonar en manos de diversas generaciones;
- el *gato*, “Dominique”, de Natacha Regusci Tomillo, del que se registran seis dinastías de presencia invariable (3);
- los *lobos* que vuelven cada año y cada año se repite la matanza.

Junto a ellos, los loberos. Situación aberrante y compleja la de esos hombres anónimos que cuidan el sueño de los lobos y los tienen que matar: “*Mire que uno los mata, pero qué bicho lindo que es el lobo*”, dice un capataz. Ellos quieren a esos animales “de mirada hinchada y dulce” que a veces se defienden y se enloquecen. Alguna vez pensaron en hacerles una tumba con flores (MA, p. 50) (*); a los recién nacidos les

llaman “angelitos” como a los niños. ¿Ellos también se volverían “de luz” como Sabino y Carolina? Es el “reino del faro” (MA, p. 36), con su doble simbolismo que anuncia el primer acápite de la novela:

“Lobos o ángeles / sostienen la vigilia de la luz” (4)

Por un lado, la vigilia es el permanente *estar en vela* del faro, y por otro, la palabra “vigilia” sustituye a la muerte que no se quiere nombrar: es la víspera o lo anterior al estado “de luz”. Otras formas de luz intramundana, o por lo menos visibles a través del mundo, van a ser representadas.

I

Significativamente, la primera parte de la novela está dividida en capítulos que repiten y alternan dos títulos: *El eclipse* y *Las cruces*.

El eclipse es tal vez la alusión al fenómeno que sirve a Sócrates para referirse a *los ojos del alma*. La posible pérdida de la vista que puede sufrir quien contemple sin precauciones un eclipse de sol explica por similitud el temor de perder los ojos del alma que permite ver la verdad de las cosas.

“Je trouve que je devais recourir aux principes et y regarder la vérité des choses” (5).

Es posible que aunque Alondra, la niña de los ojos de vidrio, no quiera olvidar los colores del mundo, estos ya no la hieran ni la confundan y sea por eso mismo, quien vea mejor ese otro mundo que representan las cruces (MA, p. 44).

Las cruces son tres señales concretas que marcan el lugar donde están enterrados los tres muertos que componen el cementerio de la Isla. Es Alondra quien lleva siempre flores a esos lugares donde dicen que tres personas fueron enterradas. Ella no los ve con los ojos del cuerpo ni le servirían para la percepción de esa otra manera de presencia que acompaña por medio de las flores.

El *otro mundo* no es, en principio, en la novela, un mundo del *más allá*, sino lo que podríamos llamar la comarca de lo perdurable fuera del tiempo y los fenómenos. También Magdalena Tomillo, otro de los personajes importantes de la novela, *ve* de esa manera cuando, ya casi sorda y ciega, nos hace partícipes de ese *otro mundo* con el cual ella puede comunicarse.

II

Morir con Aparicio es el título general de la novela (o más bien díptico novelesco) y también de la segunda parte. A medida que vamos conociendo los detalles de la historia de Justo Regusci, la aparente confusión de los dos mundos, el de la vida y el de la supervivencia, se van iluminando.

Morir con Aparicio significa, para este personaje fundamental de la novela, cumplir con su propio juramento de defender el campo y combatir la miseria (MA, p. 103). Justo, Servidor del Ejército Nacional Revolucionario, fue herido mortalmente en la batalla de Paso del Parque en la guerra de 1904. La historia está relatada por su novia, Magdalena Tomillo quien, ya anciana, empieza por prometerle al sobrino biznieto de Justo, que le contará cosas que *nadie sabe* (MA, p. 65). (Es lo opuesto a un mito, podríamos decir, en cualquiera de los significados que a la palabra “mito” pueda atribuírsele).

No es el relato de un recuerdo lo que oye el joven Pablo Regusci, sino que se encuentra como presenciando una conversación, Magdalena empieza a hablarle a Justo, muchos años después de figurar quizá entre las bajas de la mencionada batalla. Parece recordarle las palabras y los hechos que siguen a la despedida, antes de su partida con el grupo de Juan José Muñoz.

Según los datos de la *Genealogía* que figura al comienzo, hasta los cien años Magdalena estuvo esperando a su novio en la vieja casona de Maldonado. Eso dice la crónica, es decir lo exterior, lo aparente. Pero Magdalena no estaba *esperando*, sino que parece compartir ese mundo al que *entró* un día, sin abandonar, por eso, *la vieja casona*. En efecto, cuando Jonás Erik Jönson le llevó a Magdalena la presumible *noticia* de la muerte de Justo, ella pensó: “*Justo, la vida está ganada*”. Esto lo dijo al *entrar* (MA, p. 102). Es probable que Magdalena estuviera *entrando* para siempre en el mundo de Justo, presenciando su *regreso* a un mundo que está aquí todavía, y fue cantado tantas veces por César Vallejo, como lo recuerda un verso que elige Giovanetti como otro de los acápites de la novela:

“Verán ya de regreso, los ciegos” (6)

Vallejo recoge señales de noticias mesiánicas (Lc 7, 22) que quizá sostienen al héroe en el momento de morir; es la instancia del dolor “con rejas de esperanza” (7) que se relaciona con diversas maneras de *regreso* o de permanencia en el mundo.

“No me escriba, volvé”. Magdalena no le pidió a Justo que se quedara, como él llegó a desear en el momento desgarrado de la partida. Sólo le pidió que volviera. Y parecen estar juntos ahora en una síntesis de vuelta y despedida, en el espíritu de *Palmas y guitarra* de Vallejo.

También están unidos por la música. Magdalena Tomillo, que recibe la noticia de la muerte de Justo sin una lágrima, aprovechando la soledad de la casa se pone a tocar el piano. La música, lenguaje “inteligible e intraducible”, según Lévi-Strauss, es un medio constante de expresión en toda la novela.

“...escuchando la música y mientras la escuchamos, alcanzamos una suerte de inmortalidad” (8).

Se dice también en la novela, que Natacha Regusci, sobrina de Justo, cuando tocaba la guitarra, se iba para *otro* mundo (MA, p. 23). Por mucho tiempo, sólo hablaba tocando la guitarra.

Giovanetti recrea, con singular eficacia, la sordidez, el encierro, la desorientación y el dolor del interior de la batalla donde Justo Regusci vive la situación de tantos caídos, evocados en el *Himno a los voluntarios de la república* de la guerra civil española. Representa el espíritu que sostiene a los combatientes aun en los momentos de desánimo y de dudas. Sus palabras son las mismas que muchos habrán pronunciado en circunstancias similares.

Magdalena, en su coloquio con la realidad invisible de la persona de Justo, le va recordando algunas de sus expresiones:

“No me quiero morir, Magdalena... pero quiero ser hombre” (MA, p. 67).

Ser hombre significa comúnmente, *ser valiente*, pero este no es el sentido que podemos darle, sino que se invoca aquí otro *valor*, el de la dignidad que por el hombre, puede ser rescatada para todos los seres y las cosas.

“Extremeño, dejásteme

verte... padecer

pelear por todos y pelear

para que el individuo sea un hombre, (y para)

que hasta los animales sean hombres,

.....

y el mismo cielo, todo un hombrecito!” (9).

De aquí esa manera de llamar “tordillo-sabino” a su caballo, o simplemente “Sabino”, como su hermano (MA, p. 86), o “Estrellero”, forma masculina del nombre de su guitarra.

“Mi filosofía”, dice Schopenhauer, no explica más que aquello que nos presenta el mundo exterior y la conciencia íntima”. No tiene respuestas trascendentales, pero sin embargo él mismo dice más adelante, que su filosofía no excluye la posibilidad de otra existencia. Lo que a Schopenhauer le interesa y cree haber podido comprobar con *certeza*, según su propia expresión, es la inmortalidad de nuestra esencia, como aproximación a la idea de eternidad:

“El encadenamiento causal, es decir, la materia, nos garantiza una indestructibilidad que debe servir de consuelo y dar seguridad de una eternidad de cierto orden a los que no sean capaces de comprender otra” (10).

Este llamado “bosquejo imperfecto de la eternidad” aparece como primera recreación de la novela. Pero la escena final de la batalla de Paso del Parque evoca a la vez el mundo

del retorno de Vallejo y, desde esta vuelta, y por ella misma quizá, un encuentro con *el más allá*.

III

En los últimos minutos, luego que a Justo tienen que amputarle la pierna gangrenada, le acosan dos *fuerzas* opuestas, las que siempre se han disputado tanto la vida como la muerte en el mundo. A estas entidades, a falta de otro nombre, se las llamó “demoníacas” o angélicas”. Una y otra vez vuelven a acusar a Justo en los momentos angustiados del final.

En primer término, “las fuerzas de la negación y de la nada”, como fueron definidas las entidades demoníacas, le dicen que todo el sufrimiento será *para nada*.

“...*igual todo termina en nada*” (MA, p. 120), le dicen a Justo. La *tentación* se concreta en la imagen de un ser infrahumano que rezuma una baba verde, que parece ser el color del “demonio” en toda la novela. “*Da lo mismo morir por Aparicio que reventar cinchando por cualquier otra cosa*”. Justo corrigió: “Morir *con* Aparicio” y no morir *por* Aparicio; quiere morir por todo aquello que para él representa Aparicio, no por la persona del caudillo (MA, p. 120).

El sujeto de la baba verde sería la *negación* de todas las esperanzas -¿de todas las ilusiones?- por las que vale la pena el sacrificio de los que sueñan que un día cambiarán todas las cosas.

Otra presencia que podemos llamar “angélica” por su carácter de *mensaje*, también se le aparece a Justo. Es, en principio, la visión de su hermano Sabino que luego parece transformarse en otra presencia más significativa. Al *ver* a su hermano, le pregunta:

“Por qué hay que sufrir tanto Sabino”

Antes de otras respuestas posibles de nuestro horizonte hermenéutico, podemos empezar por darle la palabra a Vallejo. Quizá no sea una respuesta sino la comprobación de una realidad:

“Pues de resultas del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren,
y otros que nacen y no mueren...” (*Poemas humanos*).

Si continuamos con el universo de Schopenhauer nos encontramos que, al final de *El mundo como voluntad y representación*, encauza toda su estética del pesimismo rescatando el dolor, como camino de liberación y purificación:

“La vida se nos presenta como un baño de purificación, cuyo ingrediente más eficaz es el dolor”.

Diversas facetas del amor se manifiestan en la muerte de Justo, que terminó mordiendo el jazmín que le dio Magdalena al despedirse:

“Lo que importa... es haber tenido un amor de verdad”.

En el mismo espíritu de entrega fraternal de Vallejo, había dicho:

“Lo que importa es haber peleado por mi gente”... (p. 119),

En el punto de partida que reivindica el amor humano, concuerdan las dos teorías que hemos considerado hasta aquí, pero con diferentes alcances. Para Schopenhauer lo que perdura es “el espíritu del amor” (11). En cambio Vallejo avanza más: y, por ese *espíritu*, el mundo conquista un alma perdurable. “...y el alma (del caído) es ya nuestra alma”. Vallejo ve también una especie de *resurrección* intramundana, que no es en la novela la instancia final.

Volvemos a la batalla. La presencia que llamamos “angélica” está representada por su hermano Sabino:

“No es más que un espejismo” le dice el *Otro demoníaco*. “Es un hombre” le contesta Justo (MA, p. 120).

Es un hombre o El Hombre que como señal inconfundible le mostró sus llagas, aunque seguía siendo su propio hermano. Entonces le dice Magdalena:

“Y tu pierna volvió nuevamente a su sitio, aunque era de otra carne invulnerable al tiempo y al absurdo del mundo” (MA, p. 121).

Podría ser la *primera* resurrección que ve Vallejo, la *vuelta a la tierra* pedida para los justos, o la salvación del hombre por el hombre: “...abrazó al primer hombre; echose a andar...”. Pero aquí parece haber algo más.

Lo que Justo representa es quizá la imagen del *Ecce homo*, imagen del dolor y el sacrificio y también del amor. Es el mismo amor que rescata la epístola de Juan, quien hace del amor humano el preludeo y la base de la virtud teologal que condiciona la supervivencia:

“Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos” (I Jn 3, 14).

La novela termina con una partida que es también un comienzo. Pablo Regusci se va con su guitarra a cuestas. Hace un alto para mirar *el faro* que había iluminado a sus ancestros y a esos territorios desolados que ahora nos parecen menos solitarios.

Notas

(*) Hugo Giovanetti Viola, *Morir con Aparicio*, 1ª edición, Arca, Montevideo, 1985. La sigla MA indica la cita del este díptico novelesco seguida de la página correspondiente.

(1) Schopenhauer define el tiempo como “la forma del conocimiento que tenemos de nuestra existencia y de nuestra naturaleza... este conocimiento es muy incompleto y se

limita a los fenómenos” (*El mundo como voluntad y representación*, La España moderna, Madrid, vol. 3, p. 200).

(2) “Comenzar, terminar, durar, son otras tantas nociones que toman su significación exclusivamente del tiempo...” (ibídem).

(3) La percepción de un gato, es uno de los ejemplos con que ilustra Schopenhauer la presencia esencial de la especie en cada individuo concreto: “Bien sé que si se sostuviese seriamente que el gato que juega en este momento a mi lado es el mismo que hace trescientos años daba los mismos saltos y se entregaba a los mismos juegos, me tomarían por loco, pero sería más loco aun que creyese que el gato de hoy es esencial y enteramente otro que el de hace trescientos años” (ob. cit., p. 183).

(4) Jorge Arbeleche, “Los ángeles oscuros”, Ediciones de la Balanza, Montevideo, 1976, p. 34.

(5) Platón, *Phédon*, Classiques Garnier, Paris, XLVIII, p. 160.

(6) César Vallejo, *Poesías completas*, Losada, Bs. Aires, 1949, p. 252.

(7) Vallejo, ob. cit., p. 250.

(8) Claude Lévi-Strauss, *Mitológicas. Lo crudo y lo cocido*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, p. 25

(9) Vallejo, ob, cit., p. 255.

(10) Todas las citas pertenecen a la mencionada obra de Schopenhauer, Tomo 3.

(11) “...el espíritu del amor que lleva a algún hombre a hacer bien a sus enemigos y a otro le impulsa a arriesgar su vida para salvar a un desconocido, no puede sucumbir ni perecer jamás” (ob. cit. P. 200).